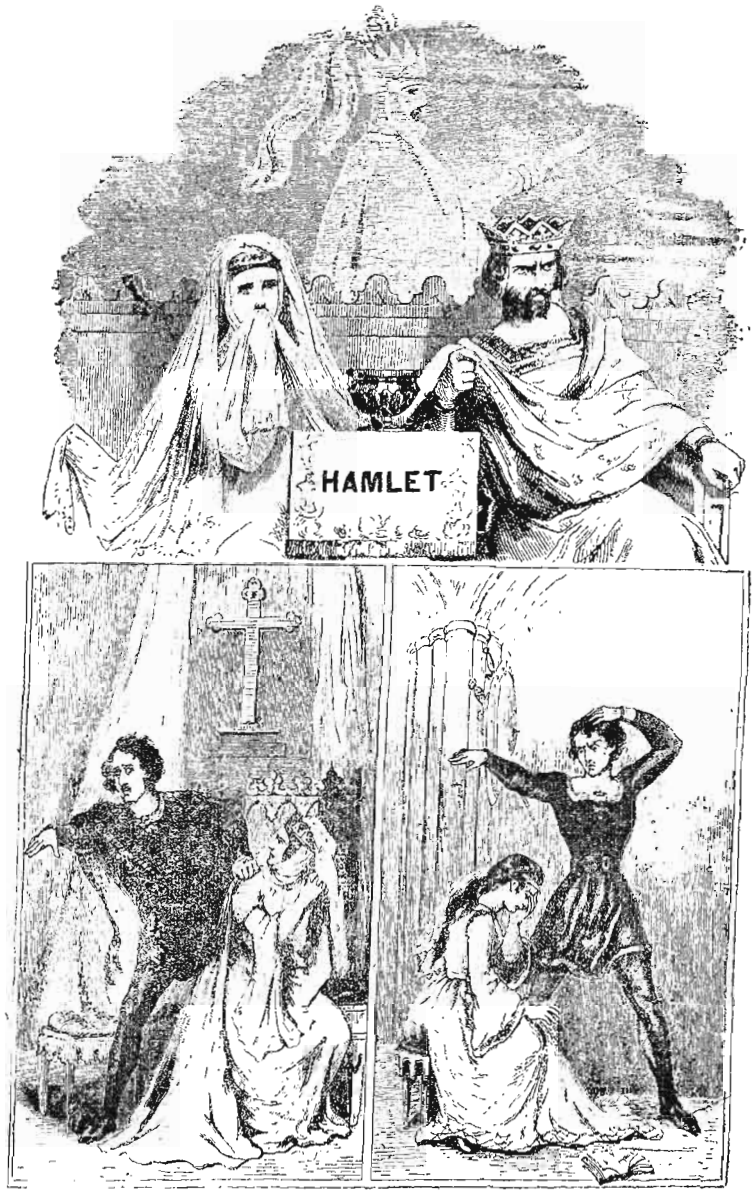
HAMLET
PRINCIPE DE DINAMARCA

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández



scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

HAMLET, PRINCIPE DE DINAMARCA

(HAMLET, PRINCE OF DENMARK)

DRAMATIS PERSONÆ

CLAUDIO, rey de Dinamarca.
HAMLET, hijo del difunto rey y sobrino del actual.
FORTINBRÁS, príncipe de Noruega.
HORACIO, amigo de Hamlet.
POLONIO, lord chambelán.
LAERTES, hijo del anterior.
VOLTIMAND, CORNELIO, ROSENCRATZ, GUILDENSTERN, OSRIC — Cortesanos.
UN CABALLERO
UN SACERDOTE.
MARCELO, BERNARDO — Oficiales.
FRANCISCO, soldado.
REINALDO, criado de Polonio.
UN CAPITÁN.
Embajadores de Inglaterra.
Cómicos.
Dos CLOWNS, sepultureros.
GERTRUDIS, reina de Dinamarca y madre de Hamlet.
OFELIA, hija de Polonio.
Señores, Damas, Oficiales, Soldados, Marineros, Mensajeros y otros Servidores.
LA SOMBRA del padre de Hamlet.

ESCENA.—Elsinor.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Elsinor.—Explanada delante del castillo

FRANCISCO, de centinela en su puesto. Entra BERNARDO, *dirigiéndose a él*

BERNARDO.—¿Quién vive?

FRANCISCO.—¡No, contestadme a mí! ¡Alto y descubríos!

BERNARDO.—«¡Viva el rey!» (1).

FRANCISCO.—¿Bernardo?

BERNARDO.—El mismo.

FRANCISCO.—Llegáis muy puntualmente a vuestra hora.

BERNARDO.—Acaban de dar las doce Vete a dormir, Francisco.

FRANCISCO.—Muchas gracias por el relevo. Hace un frío cruel, y estoy delicado del pecho.

BERNARDO.—¿Ha sido tranquila vuestra guardia?

FRANCISCO.—Ni un ratón se ha movido

BERNARDO. — Está bien; buenas noches. Si halláis a Horacio y Marcelo, mis compañeros de guardia, decidles que se den prisa.

FRANCISCO.—Me parece oírlos. ¡Alto! ¡Eh! ¿Quién va?

(1) Santo y seña de aquella noche.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Entran HORACIO *y* MARCELO

HORACIO.—¡Amigos del país!

MARCELO.—¡Y vasallos del rey de Dinamarca!

FRANCISCO.—Os doy las buenas noches.

MARCELO. — ¡Oh, adiós, pundonoroso militar! ¿Quién os ha relevado?

FRANCISCO.—Bernardo ocupa mi puesto. ¡Buenas noches! *(Sale.)*

MARCELO.—¡Hola, Bernardo!

BERNARDO.—¡Digo! ¿Está ahí Horacio?

HORACIO.—Un pedazo de él.

BERNARDO. — ¡Bien venido, Horacio! ¡Bien venido, querido Marcelo!

MARCELO.—Y qué, ¿se ha vuelto a aparecer eso esta noche?

BERNARDO.—Yo no he visto nada.

MARCELO.—Horacio dice que todo es pura ilusión nuestra, y no quiere creer lo referente a esa espantosa aparición que hemos visto ya en dos ocasiones. Le he rogado, por tanto, que venga con nosotros a velar toda la noche, para que, si vuelve a salir ese fantasma, pueda dar crédito a nuestros ojos y hablarle.

HORACIO.—¡Quita, quita! ¡Qué ha de salir!

BERNARDO.—Sentémonos un rato, y dejad que asaltemos nuevamente vuestros oídos, tan inexpugnables contra la narración del suceso que hemos presenciado ya dos noches.

HORACIO.—Vaya, pues sentémonos, y a ver qué nos cuenta de eso Bernardo.

BERNARDO.—La noche pasada, cuando esa misma estrella que se ve al occidente del polo había hecho su curso hasta iluminar la parte del cielo en que ahora brilla, Marcelo y yo, a tiempo que el reloj daba la una...

Entra la SOMBRA

MARCELO.—¡Silencio! ¡Detente! ¡Mírale por dónde viene otra vez!...

BERNARDO.—¡En la misma figura, semejante al rey difunto!

MARCELO. — ¡Háblale, Horacio, tú que eres hombre de letras!

BERNARDO.—¿No se parece en todo al rey? ¡Fíjate, Horacio!

HORACIO.—¡Exactamente! ¡Me estremece de asombro y de terror!

BERNARDO.—Querrá que le hablen.

MARCELO.—¡Pregúntale, Horacio!

HORACIO. — ¿Quién eres tú, que así usurpas esta hora a la noche, a la vez que esa noble y guerrera presencia con que en otro tiempo solía marchar al frente de los ejércitos la majestad del sepultado dinamarqués? ¡Por el Cielo te conjuro! ¡Habla!

MARCELO.—¡Está enojado!

BERNARDO.—¡Mira, se aleja altivo!

HORACIO.—¡Detente! ¡Habla! ¡Habla! ¡Te conjuro a que hables! *(Sale la* SOMBRA.)

MARCELO.—¡Se ha ido sin querer contestar!

BERNARDO.—¿Qué tal, Horacio? ¡Os veo temblar y palidecer! ¿Era esto algo más que fantasía? ¿Qué opináis de ello?

HORACIO.—¡Por Dios, que jamás lo hubiera creído, sin la sensible y patente demostración de mis propios ojos!

MARCELO.—¿Y no se parece al rey?

HORACIO.—¡Como tú a ti mismo! Tal era la armadura que llevaba cuando combatió con el ambicioso noruego, y así frunció el ceño cuando, en airada entrevista, derribó de su trineo al polaco, haciéndole rodar por la nieve. ¡Esto es maravilloso!

MARCELO.—Pues ya en dos ocasiones, y justamente a esta hora de silencio mortal, ha pasado con marcial continente por delante de nuestra guardia.

HORACIO.—No sé a punto fijo qué pensar acerca de ello; pero, en mi humilde y modesto parecer, esto augura alguna extraña conmoción en nuestro Estado.

MARCELO.—Pues bien: sentémonos, y que me diga quien lo sepa por qué fatigan de tal modo por las noches a los súbditos del país con estas guardias tan

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

extremadas y rigurosas, y por qué tanta fundición de cañones de bronce y este acopio extranjero de pertrechos de guerra; por qué esa leva de calafates, cuya penosa labor no distingue el domingo del resto de la semana; qué peligro se avecina para que esa jadeante actividad convierta la noche en compañera de trabajo del día; ¿quién podrá explicármelo?

HORACIO.—Yo puedo explicártelo, o, al menos, así se susurra. Nuestro último rey, cuya imagen acaba de aparecérsenos, fué, como ya sabéis, retado en singular combate por Fortinbrás de Noruega, a quien aguijoneaba la más celosa envidia. En aquel desafío, nuestro valeroso Hamlet (que tal timbre de gloria adquirió en esta parte del mundo que nos es conocida) dió muerte a Fortinbrás, quien, en virtud de un contrato sellado y plenamente ratificado, según la ley y el fuero de armas, al perder la vida cedía al vencedor todas aquellas tierras sobre las cuales se extendía su dominio. Nuestro rey, en cambio, se comprometió a entregarle una porción equivalente de territorio, que debía pasar a poder de Fortinbrás, caso de que éste saliera triunfante. Y sucedió que, por el expresado convenio y a tenor de los artículos estipulados, recayó todo en Hamlet. Ahora, señor, Fortinbrás el joven, henchido de un carácter indómito e inexperto, ha ido reclutando aquí y allá, en las fronteras de Noruega, una turba de desheredados, resueltos, por comida y dieta, a alguna empresa a prueba de resolución, y que no es otra (como ha entendido perfectamente nuestro Gobierno) sino venir a recobrar, con mano airada y términos conminatorios, las mencionadas tierras que de tal modo perdió su padre. Y éste es, en mi sentir, el motivo principal de nuestros preparativos, la causa de estas guardias que venimos haciendo y la razón capital de ese febril trajín y bullicioso trastorno en que se halla la nación.

BERNARDO.—Opino que no debe de ser más que eso, que bien pudiera explicar el por qué se aparece armada en medio de nuestra guardia esa visión portentosa tan semejante al rey que fué y es la causa de estas guerras.

HORACIO.—¡He aquí una motita para nublar los ojos del entendimiento! En la época más gloriosa y floreciente de Roma, poco antes de sucumbir el poderosísimo Julio, las tumbas quedaron vacías, y los difuntos, envueltos en sus mortajas, vagaban por las calles de Roma dando alaridos y confusas voces; viéronse también raros prodigios en el cielo, como estrellas de colas encendidas, lluvia de sangre y maleficio en el sol; y el húmedo planeta, a cuya influencia está sujeto el imperio de Neptuno, padeció eclipse, como si hubiera llegado el día del Juicio final. Y estos mismos pronósticos de espantables sucesos, a modo de nuncios que preceden siempre a los hados y prólogo de calamidades inmediatas, son los que, cielo y tierra juntos, se han manifestado a nuestros climas y compatriotas.

Vuelve a entrar la SOMBRA

Pero ¡silencio! ¡Mirad! ¡Ved dónde aparece de nuevo!... ¡He de salirle al encuentro, aunque me hechice! ¡Detente, fantasma! ¡Si puedes emitir sonidos o usar de la voz, háblame! ¡Si hay alguna buena obra que hacer, que te reporte a ti un alivio y a mí la gracia divina, háblame! ¡Si eres sabedor del destino que amenaza a tu país y que, previéndolo, felizmente pueda evitarse, ¡oh!, habla! O si en vida depositaste en las entrañas de la tierra tesoros mal adquiridos, por cuya causa, según se dice, vosotros, los espíritus, con frecuencia vagáis errantes después de la muerte, dímelo... ¡Detente y habla!... *(Canta el gallo.)* ¡Ciérrale el paso, Marcelo!

MARCELO.—¿Le doy con mi partesana?

HORACIO.—¡Dale, si no quiere detenerse!

BERNARDO.—¡Aquí está!

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

HORACIO.—¡Aquí! *(Sale la* SOMBRA.)

MARCELO.—¡Se ha ido!... ¡Mal hemos hecho, con toda su majestuosidad, en ofrecerle demostraciones de violencia, porque es invulnerable como el aire, y nuestros vanos golpes una burla cruel!

BERNARDO.—¡Estaba a punto de hablar cuando cantó el gallo!

HORACIO.—¡Y entonces se estremeció, como un delincuente bajo un terrible requerimiento! He oído contar que el gallo, trompeta de la mañana, despierta al dios del día con la alta y aguda voz de su garganta sonora y que a esta señal los espíritus que vagan errantes, ya se encuentren en el agua o en el fuego, en la tierra o en el aire, huyen presurosos a su región. Y de la verdad de esto es clara prueba lo que acabamos de ver.

MARCELO.—¡En efecto, desapareció al cantar el gallo! Dicen que, cada vez que se aproxima el tiempo en que se celebra el nacimiento de nuestro Salvador, el ave del alba pasa cantando la noche entera, y entonces, según aseguran, ningún espíritu se atreve a salir de su morada. Las noches son saludables. Ningún planeta ejerce entonces maleficio, ni ningún hada ni hechicera tiene poder para encantar. ¡Tan sagrado y lleno de gracia es aquel tiempo!

HORACIO.—Así lo tengo entendido, y en parte lo creo. Pero ¡ved cómo la aurora, envuelta en su manto de púrpura, viene pisando el rocío de aquella empinada colina que se ve hacia el Oriente! Rindamos nuestra guardia, y, siguiendo mi consejo, vayamos a comunicar al joven Hamlet lo que hemos visto esta noche, pues, por mi vida, ese espíritu, mudo para nosotros, pretende hablarle. ¿Os parece bien que le informemos de ello, como exige nuestro afecto, cumpliendo nuestro deber?

MARCELO.—Hagámoslo, os suplico; que yo sé dónde podremos verle esta mañana con toda seguridad. *(Salen.)*

ESCENA II

Salón del trono en el castillo

Trompetería. Entran el REY, *la* REINA, HAMLET, POLONIO, LAERTES, VOLTIMAND, CORNELIO, *Señores y acompañamiento*

REY.—Aunque todavía permanezca vivo el recuerdo de la muerte de nuestro querido hermano Hamlet, y nos incumba mantener en duelo nuestro corazón y contraído a todo nuestro reino en un solo gesto de pesar, sin embargo, tanto y tanto ha combatido la discreción con la Naturaleza, que pensamos ya en él como un dolor más prudente y sin olvidarnos de nosotros mismos. A este fin hemos tomado por esposa a la que un tiempo fué nuestra hermana y es hoy nuestra reina, la consorte imperial de este belicoso Estado, si bien, por decirlo así, con una alegría malograda, con un ojo risueño y el otro vertiendo llanto con regocijo en los funerales y endechas en el himeneo, pesando en igual balanza el placer y la aflicción. No hemos dejado de seguir en esto vuestro acertado juicio, que libre y espontáneamente se mostró favorable al asunto. Por todo lo cual os damos las gracias. Pasando ahora a otra cuestión, ya sabéis que Fortinbrás el joven, formándose una idea mezquina de nuestro poder, o presumiendo que por la reciente muerte de nuestro querido hermano nuestra nación se halla desquiciada y desunida, apoyado en el sueño de una ocasión ventajosa, no ha cesado de importunarnos con mensajes, pidiéndonos la entrega de aquellos territorios perdidos por su padre y adquiridos por nuestro valeroso hermano con todas las formalidades de la ley. Esto, en cuanto a él atañe. Ahora, en cuanto a Nos y al objeto de nuestra reunión, he aquí de qué se trata. Hemos escrito este despacho al rey de Noruega, el tío del joven Fortinbrás (que, achacoso y postrado en cama, ape-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

nas tiene noticia de los proyectos de su sobrino), a fin de que le impida llevarlos adelante, ya que las levas, enganches y aprestos completos se efectúan todos en su jurisdicción. Y os despachamos a vos, buen Cornelio, y a vos, Voltimand, para que transmitáis nuestro saludo al anciano monarca noruego, sin revestiros de más facultad personal para las negociaciones con el rey sino la permitida dentro de los límites que estos artículos detallan. ¡Adiós, y que vuestra diligencia realce vuestros servicios!

CORNELIO y VOLTIMAND.—En esto, como en todo, cumpliremos nuestro deber.

REY.—No lo dudamos. ¡Nuestro cordial adiós! *(Salen* VOLTIMAND *y* CORNELIO.) Y ahora, Laertes, ¿qué se os ofrece? Me hablasteis de cierta petición. ¿Cuál es, Laertes? Ninguna cosa razonable podrás exponer al rey de Dinamarca y ser desatendido. ¿Qué solicitarías de mí, Laertes, que no se adelantara a tu demanda mi oferta? No es más afín la cabeza al corazón ni más servicial la mano al labio que la corona de Dinamarca a tu padre. ¿Qué desearías, Laertes?

LAERTES.—Mi respetable señor, vuestro permiso y beneplácito para volver a Francia, pues si bien vine de allí gustoso a Dinamarca para rendiros homenaje en vuestra coronación, debo confesaros que, cumplido este deber, mis pensamientos e inclinaciones se enderezan de nuevo a Francia y se someten humildemente a vuestra generosa venia y perdón.

REY.—¿Habéis obtenido ya licencia de vuestro padre? ¿Qué dice Polonio?

POLONIO.—La tiene, señor: a fuerza de tenacidad, consiguió mi tardío permiso, tras laboriosas peticiones, y al fin selló sus deseos con mi arduo consentimiento. Os suplico, pues, que le otorguéis licencia para partir.

REY.—Escoge la mejor hora, Laertes; tuyo es el tiempo, e inviértanlo tus excelentes dotes con la medida de tu gusto... Y ahora, Hamlet, primado de mi trono, mi hijo...

HAMLET. — *(Aparte.)* Un poco menos que primado y un poco más que primo

REY.—¿Por qué te envuelven todavía esas nubes de tristeza?

HAMLET.—Nada de eso, señor mío; me da demasiado el sol.

REINA. — Querido Hamlet, arroja ese traje de luto, y miren tus ojos como a un amigo al rey de Dinamarca. No estéis continuamente con los párpados abatidos, buscando en el polvo a tu noble padre. Ya sabes que ésta es la suerte común; todo cuanto vive debe morir, cruzando por la vida hacia la eternidad.

HAMLET.—Sí, señora; es la suerte común.

REINA.—Pues si lo es, ¿por qué parece que te afecta de un modo tan particular?

HAMLET.—¡«Parece», señora! ¡No; es! ¡Yo no sé parecer! ¡No es sólo mi negro manto, buena madre, ni el obligado traje de riguroso luto, ni los vaporosos suspiros de un aliento ahogado; no el raudal desbordante de los ojos, ni la expresión abatida del semblante, junto con todas las formas, modos y exteriorizaciones de dolor, lo que pueda indicar mi estado de ánimo! ¡Todo esto es realmente apariencia, pues son cosas que el hombre puede fingir; pero lo que dentro de mí siento sobrepuja a todas las exterioridades, que no vienen a ser sino atavíos y galas del dolor!

REY. — Es una hermosa acción que enaltece vuestros sentimientos, Hamlet, el rendir a vuestro padre ese fúnebre tributo; mas no debéis ignorar que vuestro padre perdió a su padre; que éste perdió también al suyo, y que el superviviente queda comprometido por cierto término a la obligación filial de consagrarle el correspondiente dolor; pero perseverar en obstinado desconsuelo es una conducta de impía terquedad; es un pesar indigno del hombre; muestra una voluntad rebelde al Cielo, un corazón débil, un alma sin resignación, una

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

inteligencia limitada e inculta. Pues si sabemos que esto ha de suceder necesariamente y que es tan común como la cosa más vulgar de cuantas se ofrecen a nuestros sentidos, ¿por qué, con terca oposición, hemos de tomarlo tan a pecho? Vaya, ése es un pecado contra el Cielo, una ofensa a los muertos, un delito contra la Naturaleza, el mayor absurdo a la razón, cuyo tema común es la muerte de los padres, y que desde el primer difunto hasta el que muere hoy no ha cesado de exclamar: «¡Así ha de ser!» Os rogamos, por tanto, que morderéis ese inútil desconsuelo y nos miréis como a un padre porque, sépalo todo el mundo, vos sois el más inmediato a nuestro trono, y no menos acendrado que el amor que el más tierno padre siente por su hijo es el que yo os profeso... En cuanto a vuestra intención de volver a la Universidad de Wittenberg, nada hay más opuesto a nuestros deseos, y os suplicamos que consintáis en permanecer aquí, bajo la alegría y deleite de nuestros ojos, como el primero de nuestros cortesanos, sobrino e hijo nuestro.

REINA.—No sean vanos los ruegos de tu madre, Hamlet. Te suplico permanezcas con nosotros; no vayas a Wittenberg.

HAMLET.—Haré cuanto esté de mi parte por obedeceros, señora.

REY. — ¡Bien, he ahí una respuesta amable y afectuosa! ¡Sed cual Nos mismo en Dinamarca! Señora, venid; esa noble y espontánea decisión de Hamlet se posa risueña en mi corazón; en gracia de lo cual, ningún alegre brindis habrá hoy en Dinamarca sin que lo anuncie a las nubes el potente cañón, y sin que a cada libación del rey retumben estrepitosamente los cielos, repitiendo el trueno de la Tierra. ¡Vamos allá! *(Trompetería. Salen todos, menos* HAMLET.)

HAMLET.—¡Oh!... ¡Que esta sólida, excesivamente sólida, carne pudiera derretirse, deshacerse y disolverse en rocío!... ¡O que no hubiese fijado el Eterno su ley contra el suicidio!... ¡Oh Dios! ¡Dios!... ¡Qué fastidiosas, rancias, vanas e inútiles me parecen las prácticas todas de este mundo!... ¡Vergüenza de ello! ¡Ah! ¡Vergüenza! ¡Es un jardín de malas hierbas sin escardar, que crece para semilla; productos de naturaleza grosera y amarga lo ocupan únicamente!... ¡Que se haya llegado a esto!... ¡Sólo dos meses que murió!... ¡No, no tanto; ni dos! ¡Un rey tan excelente, que, comparado con éste, era lo que Hiperión a un sátiro! ¡Tan afectuoso para con mi madre, que no hubiera permitido que las auras celestes rozaran con demasiada violencia su rostro! ¡Cielos y tierra! ¿Habrá que recordarlo? ¡Cómo! ¡Ella, que se colgaba de él, como si su ansia de apetitos acrecentara lo que los nutría! Y, sin embargo, al cabo de un mes... (¡no quiero pensar en ello! ¡Fragilidad, tu nombre es mujer!...). ¡Un mes apenas, antes de estropearse los zapatos con que siguiera el cuerpo de mi pobre padre, como Níobe arrasada en lágrimas...; ella, sí, ella misma... (¡oh Dios!, una bestia incapaz de raciocinio hubiera sentido un dolor más duradero), casada con mi tío, con el hermano de mi padre, aunque no más parecido de mi padre que yo a Hércules!... ¡Al cabo de un mes!... ¡Aun antes que la sal de sus pérfidas lágrimas abandonara el flujo de sus irritados ojos, desposada! ¡Oh ligereza más que infame, correr con tal premura al tálamo incestuoso! ¡Esto no es bueno, ni puede acabar bien! Pero ¡rómpete, corazón, pues debo refrenar la lengua!

Entran HORACIO, MARCELO *y* BERNARDO

HORACIO.—¡Salud a Vuestra Alteza!

HAMLET.—Me alegro hallaros bien.. Sois Horacio..., o me he olvidado de mi propia persona.

HORACIO.—El mismo, señor, y siempre vuestro humilde criado.

HAMLET. — ¡Señor, mi buen amigo! Quiero cambiar contigo este nombre. Y ¿qué te trae a Wittenberg, Horacio? ¡Marcelo!

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

MARCELO.—¡Mi querido señor!

HAMLET.—Me alegro mucho de veros. (*A* BERNARDO.) ¡Buenas tardes, señor! Pero, de verdad, Horacio, ¿qué te ha traído a Wittenberg?

HORACIO.—La inclinación a la vagancia, querido señor.

HAMLET.—No quisiera oír eso a un enemigo tuyo, ni obligarás a mis oídos a que disculpen una confesión propia que te ofende. Sé que no eres dado a la vagancia. Conque, ¿cuál es tu objeto en Elsinor? ¡Te enseñaremos a empinar el codo antes que partas!

HORACIO.—Señor, he venido a asistir a los funerales de vuestro padre.

HAMLET.—Por favor, no te burles de mí, condiscípulo. Yo creo que ha sido a las bodas de mi madre.

HORACIO.—Verdaderamente, señor, que han venido poco tiempo después.

HAMLET.—¡Economía, Horacio, economía! Los manjares cocidos para el banquete de duelo sirvieron de fiambres en la mesa nupcial. ¡Quisiera haberme hallado en el cielo con mi más entrañable enemigo antes que haber presenciado semejante día, Horacio! ¡Mi padre!... ¡Me parece que veo a mi padre!

HORACIO.—¡Oh! ¿Dónde, señor?

HAMLET.—¡En los ojos de mi alma, Horacio!

HORACIO.—Yo le vi una vez. ¡Era un gran rey!

HAMLET.—¡Era un hombre, en todo y por todo, como no espero hallar otro semejante!

HORACIO.—Señor, creo haberle visto anoche.

HAMLET.—¿Visto? ¿A quién?

HORACIO.—Al rey, vuestro padre, señor.

HAMLET.—¡Al rey, mi padre!

HORACIO.—Contened un instante vuestro asombro y prestadme oído atento, mientras, con el testimonio de estos caballeros, os relato el prodigio.

HAMLET.—¡Por amor de Dios, que te oiga!

HORACIO.—Dos noches seguidas, hallándose de guardia estos caballeros, Marcelo y Bernardo, en la quietud sepulcral de la medianoche, tuvieron este encuentro. Una figura idéntica a vuestro padre, perfectamente armada de punta en blanco, se les puso delante, y con andar solemne pasó con lentitud y majestuosidad por su lado. Tres veces la han visto desfilar ante sus ojos, atónitos y sobrecogidos de terror, a la distancia del bastón de mando que empuñaba, mientras ellos, reducidos casi a gelatina por la acción del miedo, permanecieron mudos y no se atrevieron a hablarle. Esto es lo que con medroso misterio me comunicaron, y a la tercera noche hice con ellos la guardia; allí, justamente a la misma hora y en la misma forma que me lo indicaron, presentóse la aparición, resultando ciertas y exactas sus palabras ¡Yo conocí a vuestro padre! ¡No son más semejantes estas manos!

HAMLET.—Pero ¿en dónde fué eso?

MARCELO.—Señor, en la explanada donde hacíamos la guardia.

HAMLET.—¿Y no le hablaste?

HORACIO.—Sí, señor; pero no me dió respuesta alguna. Sin embargo, me pareció una vez que alzaba la cabeza y hacía un ademán como si fuese a hablarme; pero en aquel preciso momento lanzó el gallo matutino su voz aguda, y, a su canto, la sombra, estremecida, huyó precipitadamente y se desvaneció ante nuestra vista.

HAMLET.—¡Es muy extraño!

HORACIO.—¡Tan cierto como vivo, mi honorable señor, que ésta es la pura verdad, y hemos creído de imprescindible deber el instruiros de ello!

HAMLET.—En verdad, en verdad, señores, que esto me inquieta... ¿Estáis esta noche de guardia?

MARCELO y BERNARDO.—Estamos, señor.

HAMLET.—¿Que iba armado, decís?

MARCELO y BERNARDO.—Armado, señor.

HAMLET.—¿De punta en blanco?

MARCELO y BERNARDO.—De pies a cabeza, señor.

HAMLET.—Luego no le veríais el rostro.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

HORACIO.—¡Oh, sí, señor! Traía alzada la visera.

HAMLET.—Que, ¿miraba ceñudamente?

HORACIO.—Su aspecto era más bien de tristeza que de enojo.

HAMLET.—¿Pálido o encendido?

HORACIO.—No, sumamente pálido.

HAMLET.—¿Y clavó en ti los ojos?

HORACIO.—Con mucha insistencia.

HAMLET.—¡Hubiera querido estar allí!

HORACIO. — ¡Os habría pasmado de asombro!

HAMLET. — Muy probable, muy probable... ¿Permaneció mucho tiempo?

HORACIO.—Mientras se cuenta sin gran prisa hasta ciento.

MARCELO y BERNARDO.—¡Más, más!

HORACIO.—No estuvo más cuando yo le vi.

HAMLET.—Su barba era entre cana, ¿no?

HORACIO.—Sí, señor, como yo se la vi en vida, de un gris plateado.

HAMLET. — Haré guardia esta noche; quizá se aparezca de nuevo.

HORACIO.—De seguro.

HAMLET.—¡Si adopta la figura de mi noble padre, le hablaré, aunque el infierno abra rugiendo su boca y me mande callar! Os ruego a todos que si hasta ahora habéis ocultado esta visión, sigáis teniéndola en el mayor secreto, y cualquier cosa que esta noche ocurra, lo confiéis al pensamiento, pero no a la lengua. Yo sabré corresponder a vuestro afecto. Conque adiós. Entre once y doce iré a veros a la explanada.

TODOS. — Nuestros respetos a Vuestra Alteza.

HAMLET. — Vuestra amistad, como la mía a vosotros. ¡Adiós! *(Salen todos, menos* HAMLET.) El espíritu de mi padre en armas!... ¡Esto no va bien!... ¡Sospecho alguna mala pasada!... ¡Quisiera que hubiese llegado ya la noche!... ¡Hasta entonces, silencio, alma mía! ¡Los actos criminales surgirán a la vista de los hombres, aunque los sepulte toda la tierra! *(Sale.)*

ESCENA III

Sala en casa de Polonio

Entran LAERTES *y* OFELIA

LAERTES.—Mi equipaje está ya a bordo. Adiós, hermana, y siempre que el viento sea favorable y haya medio de comunicación, no te duermas, sino hazme saber de ti.

OFELIA.—¿Lo dudas?

LAERTES.—En cuanto a Hamlet y sus frívolos obsequios, tómalo como una fantasía y capricho ardoroso, una violeta de la florida primavera de la juventud, precoz, pero no permanente; suave, mas no duradera; perfume y deleite de un minuto; nada más.

OFELIA.—¿Nada más que eso?

LAERTES.—No pienses de ello más, pues la Naturaleza al hacernos crecer, no sólo nos favorece en fuerzas y volumen, sino que a medida que va ensanchando el templo, dilata con él, a la par, el espacio interno de inteligencia y alma. Quizá ahora te ame, y que al presente ninguna mancha ni doblez empañe la pureza de sus intenciones. Pero debes temer, al considerar su alta alcurnia, que el príncipe no tiene voluntad propia, pues se halla sujeto a su nacimiento, y no le es permitido como a las personas de humilde categoría, pretender por sí propio, pues de su elección dependen la salud y prosperidad de todo el reino, y por tanto, su elevación es preciso que se circunscriba a la voz y asentimiento de aquel cuerpo de que es cabeza. Así, pues, si dice que te ama, será prudencia en ti no darle crédito sino hasta donde él pueda, dentro de su linaje y función, cumplir lo que promete; es decir, no más allá de lo que otorgue el voto general de Dinamarca. Por consiguiente, medita qué pérdida padecería tu honor si, con demasiada credulidad dieras oídos a sus canciones, enajenando tu corazón o abriendo el tesoro de

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

tu castidad a sus desenfrenadas impertinencias. Guárdate de ello, Ofelia; guárdate de ello, querida hermana, y mantente a la zaga de tu inclinación, fuera del alcance y peligro del deseo. La más recatada doncella resulta demasiado pródiga si descubre sus hechizos a la luna. La virtud misma no escapa a los golpes de la calumnia. El gusano roe con sabrosa frecuencia las hojas de la primavera, aun antes de entreabrirse sus capullos, y en la aurora y en el fresco rocío de la juventud es cuando más amenazan los hábitos pestilentes. Sé, pues, precavida; la mejor seguridad estriba en el temor. La juventud se rebela contra sí misma, aun cuando nadie se acerque a hostigarla.

OFELIA. — Conservaré, como salvaguardia de mi corazón, el recuerdo de esas saludables máximas. Pero, mi buen hermano, no hagas como algunos predicadores inexorables, que enseñan el áspero y espinoso camino del cielo, mientras ellos, como jactanciosos y procaces libertinos, pisan la senda florida de los placeres y no se preocupan de su propia doctrina.

LAERTES.—¡Oh! No temas por mí. Me detengo demasiado. Mas aquí viene mi padre.

Entra POLONIO

Una doble bendición es una doble merced. Suerte es poder despedirse dos veces.

POLONIO.—¡Todavía aquí, Laertes! ¡A bordo, a bordo! ¡Qué vergüenza! El viento sopla en la popa de tu nave, y sólo aguardan tu llegada. Acércate. ¡Que mi bendición sea contigo! Y procura imprimir en la memoria estos pocos preceptos: No propales tus pensamientos ni ejecutes nada inconveniente. Sé sencillo, pero en modo alguno vulgar. Los amigos que escojas y cuya adopción hayas puesto a prueba, sujétalos a tu alma con garfios de acero, pero no encallezcas tu mano con agasajos a todo camarada recién salido sin plumas del cascarón. Guárdate de entrar en pendencia; pero, una vez en ella, obra de modo que sea el contrario quien se guarde de ti. Presta a todos tu oído, pero a pocos tu voz. Oye las censuras de los demás, pero reserva tu juicio. Que tu vestido sea tan costoso como tu bolsa lo permita, pero sin afectación a la hechura; rico, mas no extravagante, porque el traje revela al sujeto, y en Francia las personas de más alta alcurnia y posición son en esto modelo de finura y esplendidez. No pidas ni des prestado a nadie, pues el prestar hace perder a un tiempo el dinero y al amigo, y el tomar prestado embota el filo de la economía. Y, sobre todo, esto: sé sincero contigo mismo, y de ello se seguirá, como la noche al día, que no puedes ser falso con nadie. ¡Adiós! Que mi bendición haga fructificar en ti todo esto.

LAERTES. — Humildemente me despido, señor.

POLONIO.—El tiempo te insta. Márchate. Tus criados te esperan.

LAERTES.—¡Adiós, Ofelia, y recuerda bien lo que te he dicho!

OFELIA.—Queda encerrado en mi memoria, tú mismo guardarás la llave.

LAERTES.—¡Adiós! *(Sale.)*

POLONIO.—¿Qué te decía, Ofelia?

OFELIA.—Si gustáis saberlo, cosas referentes al príncipe Hamlet.

POLONIO. — ¡Bien pensado a fe! Me han dicho que muy a menudo y de poco tiempo a esta parte te ha dedicado algunos ratos privadamente, y que tú le has admitido con mucha complacencia y liberalidad. Si esto es así (como por vía de aviso me han asegurado), debo advertirte que no tienes de ti un concepto tan limpio como conviene a una hija mía y a tu decoro. ¿Qué hay entre vosotros? Confiésame la verdad.

OFELIA.—Desde hace algún tiempo, señor, me ha hecho mil protestas de su afección por mí.

POLONIO. — ¡Afección! ¡Bah! Hablas como una muchacha en cierne, que no ha pasado por el tamiz de tan peligrosas

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

circunstancias. Y ¿crees tú en sus protestas, como tú las llamas?

OFELIA.—No sé qué debo pensar, señor.

POLONIO.—¡Pardiez! Pues voy a decírtelo. Pienso que eres una chiquilla que ha tomado esas «protestas» como verdadero salario, que debió «protestarse». Hazte a ti misma «protestas» de mayor estimación o (para no hacer estallar a la pobre frase, acosándola de tal modo) «protestaré» de que me tengas por un necio.

OFELIA.—Señor, me ha requerido de amores con aire afectuoso.

POLONIO.—¡Sí, bien puedes llamarle aire a eso! ¡Quita, quita allá!

OFELIA.—Y autorizó sus palabras, señor, con los más sagrados juramentos del Cielo.

POLONIO.—¡Sí, lazos para coger chochas! Demasiado sé yo con qué prodigalidades presta el alma juramentos a la lengua cuando hierve la sangre. No tomes, hija mía, como fuego esas ráfagas que dan más luz que calor y que se extinguen por completo en el instante mismo en que más prometen. De hoy en adelante procura ser más avara de tu presencia virginal. Pon tu coloquio a precio más alto que el que implica una insinuación. En cuanto al príncipe Hamlet, solamente creas de él que es joven y que tiene más rienda suelta para andar que la que a ti te es concedida. En una palabra: Ofelia, no des crédito alguno a sus juramentos, pues son mediadores, no de aquel tinte que muestra su ropaje, sino simples encubridores de galanteos pecaminosos que afectan aires de piadosas y beatas alcahuetas para embaucar mejor. De ahora para siempre: no quiero, hablando en términos claros, que derroches un solo momento de ocio hablando o conversando con el príncipe Hamlet. Atiende a ello; te lo encargo. Anda a tus ocupaciones.

OFELIA.—Os obedeceré, señor. *(Salen.)*

ESCENA IV

La explanada

Entran HAMLET, HORACIO *y* MARCELO

HAMLET.—¡El aire muerde furiosamente! ¡Hace mucho frío!

HORACIO.—¡Es un aire sutil y penetrante!

HAMLET.—¿Qué hora es?

HORACIO.—Debe de faltar poco para las doce.

MARCELO.—No, las han dado ya.

HORACIO.—¿De veras? No las he oído. Pues, entonces, se acerca el momento en que suele pasearse el fantasma. *(Lejano toque festivo de trompetas y una salva de artillería.)* ¿Qué significa esto, señor?

HAMLET.—El rey, que vela esta noche y, llena su copa, celebra la orgía, y el fanfarrón se tambalea en una danza salvaje; y como apura sus tragos del Rin, el timbal y la trompeta rebuznan el triunfo de su brindis.

HORACIO.—¿Es costumbre eso?

HAMLET.—Sí, a fe, se acostumbra. Pero, aunque soy de aquí y estoy hecho a tales usanzas, me parece que sería más decoroso quebrantar esa costumbre que seguirla. Esas torpes bacanales son causa de que, de Oriente hasta Occidente, nos denigren e insulten las naciones, nos traten de beodos y manchen nuestra reputación con puercas frases. Y en verdad, esto quita de nuestras hazañas, por brillantes que sean, la flor y nata de su gloria. Así suele acontecer a los individuos que tienen algún vicioso estigma natural, ya sea por nacimiento (en lo que no son culpables, pues la Naturaleza les impide escoger su origen), ya a causa del predominio de algún instinto que a menudo echa por tierra los parapetos y valladares de la razón, o bien por un hábito que recarga de levadura el molde de las buenas costumbres, que estas personas, digo (llevando el sello de un solo

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

defecto, ya sea debido a la librea de la Naturaleza, o a la rueda de la Fortuna), todas sus virtudes (aunque sean tan puras como la gracia de Dios y tan infinitas como pueda caber en el hombre) se verán menoscabadas en el común sentir por aquella falta particular. Un átomo de impureza corrompe la más noble sustancia, rebajándola al nivel de su propia degradación.

Entra la SOMBRA

HORACIO.—¡Mirad, señor, ya se aparece!

HAMLET.—¡Angeles y ministros de piedad, amparadnos! ¡Ya seas un espíritu bienhechor o un genio maldito; ya te circunden auras celestes o ráfagas infernales; sea tu intención benéfica o malvada, te presentas en forma tan sugestiva, que quiero hablarte!... ¡Yo te invoco, Hamlet, rey, padre, soberano de Dinamarca!... ¡Oh!... ¡Respondedme! ¡No me atormentes con la duda!... Antes, di: ¿por qué tus huesos benditos, sepultados en muerte, han rasgado su mortaja? ¿Por qué tu sepulcro, en el que te vimos quietamente depositado, ha abierto sus pesadas mandíbulas marmóreas para arrojarte otra vez? ¿Qué puede significar el que tú, cuerpo difunto, *nuevamente* revestido de acero, vuelvas a visitar los pálidos fulgores de la luna, llenando la noche de pavor? Y nosotros, pobres juguetes de la Naturaleza, ¿hemos de contemplar tan horriblemente agitado nuestro ser con pensamientos más allá del alcance de nuestras almas? Dime: ¿por qué todo esto? ¿A qué obedece? ¿Qué debemos hacer? *(La* SOMBRA *hace señas a* HAMLET.)

HORACIO.—¡Os hace señas de que le acompañéis, como si deseara comunicaros algo a solas!

MARCELO.—¡Ved con qué cortés ademán os invita a un sitio más apartado! ¡Pero no le *sigáis*!

HORACIO.—¡No, de ninguna manera!

HAMLET.—¡Me quiere hablar! ¡Debo, por tanto, acompañarle!

HORACIO.—¡No lo hagáis, señor!

HAMLET.—Pues ¿qué habré de temer? Yo no aprecio mi vida en lo que vale un alfiler, y en cuanto a mi alma, ¿qué podrá hacerle, siendo, como él mismo, una cosa inmortal?... ¡Otra vez me hace señas! ¡Le sigo!

HORACIO.—Señor, ¿y si os atrae hacia las olas, o hacia la espantosa cumbre de esa roca escarpada, que avanza mar adentro, y asume allí alguna otra forma horrible, que pueda privaros del imperio de la razón y arrastraros a la locura? ¡Pensadlo bien! ¡El solo sitio, sin mediar ninguna otra causa, inspira ideas de desesperación al cerebro de quien mire la enorme distancia de aquella cumbre al mar y sienta bajo él su ronco bramido!

HAMLET.—¡Todavía me llama!... ¡Vaya, te sigo!

MARCELO.—¡No iréis, señor!

HAMLET.—¡Suelta esas manos!

HORACIO.—¡Sed cuerdo! ¡No vayáis!

HAMLET.—¡Mi destino me llama a voces y vuelve la fibra más tierna de mi cuerpo tan robusta, como los nervios del león de Nemea!... ¡Me llama todavía!... ¡Soltadme, señores!... ¡Vive Dios que he de hacer otro espíritu del que me detenga!... ¡Atrás, digo!... ¡Adelante! ¡Te acompaño! *(Salen la* SOMBRA *y* HAMLET.)

HORACIO.—¡Su imaginación le exalta!

MARCELO.—¡Sigámosle! ¡En esto no debemos obedecerle!

HORACIO.—¡Vayamos tras él!... ¿En qué parará todo esto?

MARCELO.—Algo hay torcido en el Estado de Dinamarca.

HORACIO.—¡Que el Cielo lo enderece!

MARCELO.—¡No, sigámosle! *(Salen.)*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ESCENA V

Otra parte de la explanada

Entran la SOMBRA *y* HAMLET

HAMLET.—¿Dónde me llevas? ¡Haola! ¡No voy más lejos!

SOMBRA.—¡Escúchame!

HAMLET.—¡Te escucho!

SOMBRA.—¡Está próxima la hora en que debo restituirme a las sulfúreas y torturantes llamas!

HAMLET.—¡Ay pobre espectro!

SOMBRA.—¡No me compadezcas! Presta sólo profunda atención a lo que voy a revelarte.

HAMLET.—Habla; estoy obligado a oírte.

SOMBRA.—Así lo estarás a vengarme, cuando sepas...

HAMLET.—¿Qué?

SOMBRA.—Yo soy el alma de tu padre, condenada por cierto tiempo a andar errante de noche y a alimentar el fuego durante el día, hasta que estén extinguidos y purgados los torpes crímenes que en vida cometí. De no estarme prohibido descubrir los secretos de mi prisión, podría hacerte un relato cuya más insignificante palabra horrorizaría tu alma, helaría tu sangre joven, haría como estrellas saltar tus ojos de sus órbitas, y separaría tus compactos y enroscados bucles, poniendo de punta cada uno de tus cabellos como las púas del irritado puerco espín. Pero estos misterios de la eternidad no son para oídos de carne y sangre... ¡Atiende! ¡Atiende! ¡Oh, atiende! ¡Si tuviste alguna vez amor a tu querido padre...!

HAMLET.—¡Oh Dios!...

SOMBRA.—¡Véngale de su infame y monstruoso asesinato!

HAMLET.—¡Asesinato!

SOMBRA.—¡Asesinato infame, como es siempre el asesinato; pero éste es el más infame, horrendo y monstruoso!

HAMLET.—¡Que lo sepa en seguida, para que, con alas tan veloces como la fantasía o los pensamientos amorosos, vuele a la venganza!

SOMBRA.—¡Ya veo que estás pronto, y serías más insensible que la grosera hierba que arraiga por sí sola tranquilamente a orillas del Leteo, si no te conmovieras por lo que voy a decirte! ¡Así pues, oye, Hamlet! Ha corrido la voz de que, estando en mi jardín dormido, me mordió una serpiente: de tal modo han sido burdamente engañados los oídos de Dinamarca con este fabuloso relato de mi fallecimiento. Pero sabe tú, noble joven, que la serpiente que quitó a tu padre la vida ciñe hoy su corona.

HAMLET.—¡Oh alma mía profética!... ¡Mi tío!

SOMBRA.—¡Sí, ese incestuoso, esa adúltera bestia, con el hechizo de su ingenio, con sus pérfidas mañas (¡oh maldito ingenio y mañas malditas, que tienen tal poder de seducir!), rindió a su vergonzosa lasicivia la voluntad de la que parecía mi muy casta reina!... ¡Oh Hamlet, qué caída la suya! ¡De mí, cuyo amor fué aquella excelsitud que enlazaba para siempre las manos con los juramentos que le hice en el desposorio! ¡Y rebajarse hasta un canalla, cuyas prendas naturales eran tan inferiores comparadas con las mías! Pero así como la virtud será siempre incorruptible, aunque la tiene la lujuria bajo una forma celestial, así también la incontinencia, aunque está enlazada a un radiante serafín, se hastiará en un tálamo divino e irá a cebarse en la basura... Pero ¡basta! Me parece sentir el aura matutina. Permíteme ser breve. Durmiendo, pues, en mi jardín, según mi costumbre, después del mediodía, en esta hora de quietud, entró tu tío furtivamente, con un pomo de maldito zumo de beleño (1) y

(1) *Hebenon*, en los dos Folios, y ***hebona*** en la lección de los Quartos. No se sabe a punto fijo a qué clase de veneno alude Shakespeare. Hemos vertido beleño por parecernos que *hebenon* o *hebona* pudiera ser errata por *henbame;* mas no quedamos convencidos, entre otras razones porque el beleño carece de las terribles propiedades que aquí asigna

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

en el hueco de mi oído vertió la leprífica destilación, cuyo efecto es tan contrario a la sangre humana, que rápido como el azogue, corre por las vías naturales y conductos del cuerpo, y con repentino vigor cuaja y corta, como gotas ácidas vertidas en la leche, la sangre sana y flúida. Tal aconteció con la mía, y he aquí que, de improviso, una lepra vil invadía mi carne delicada, cubriéndola por completo de una infecta costra. Así fué como, estando durmiendo, perdí a la vez, a manos de mi hermano, mi vida, mi esposa y mi corona; segado en plena flor de mis pecados, sin viático, óleos ni preparación, mis cuentas por hacer y enviado a juicio con todas mis imperfecciones sobre mi cabeza. ¡Oh, horrible! ¡Oh, horrible, demasiado horrible! ¡Si tienes corazón, no lo soportes! ¡No consientas que el tálamo real de Dinamarca sea un lecho de lujuria y criminal incesto! Pero de cualquier modo que realices la empresa, no contamines tu espíritu ni dejes que tu alma intente daño alguno contra tu madre. Abandónala al Cielo y a aquellas espinas que anidan en su pecho para herirla y punzarla. ¡Adiós de una vez! Ya la luciérnaga anuncia la proximidad del alba y comienza a palidecer su indeciso fulgor. ¡Adiós, adiós, adiós! ¡Acuérdate de mí! *(Sale la* SOMBRA.)

HAMLET.—¡Oh vosotras todas, legiones celestiales!... ¡Oh tierra! Y ¿qué más?, ¿añadiré infierno?... ¡Oh infamia! ¡Tente, tente, corazón mío! ¡Y vosotros, nervios, no caduquéis de pronto, y mantenedme enhiesto!... ¡Que me acuerde de ti!... ¡Sí, Sombra desventurada, mientras la memoria tenga asiento en este desquiciado globo!... ¡Que me acuerde de ti!... Sí, borraré de las tabletas de mi memoria todo recuerdo trivial y vano, todas las sentencias de los libros, todas las ideas, todas las impresiones pasadas, que copiaron allí la juventud y la observación! Y sólo tu mandato vivirá en el libro y volumen de mi cerebro, sin mezcla de materia vil. ¡Sí, por los cielos!... ¡Oh la más inicua de las mujeres! ¡Oh infame, infame; risueño y maldito infame!... ¡Mis tabletas!... ¡Bueno será apuntar que puede uno sonreír y sonreír, y ser un bellaco! A lo menos, estoy orgulloso de que ello puede suceder en Dinamarca... *(Escribiendo.)* ¡Conque, tío, ya estás aquí! Ahora, a mi consigna, que es: «¡Adiós, adiós, acuérdate de mí!» ¡Lo he jurado!

HORACIO y MARCELO.—*(Dentro.)* ¡Señor, señor!

Entran HORACIO *y* MARCELO

MARCELO.—¡Príncipe Hamlet!

HORACIO.—¡Los cielos le asistan!

MARCELO.—¡Así sea!

HORACIO.—¡Ahó, ohé, ohé, señor!

HAMLET.—¡Húchoho, ohé ohé, chiquirritín! ¡Ven, pajarito, ven!

MARCELO.—¿Qué ha sucedido, noble señor?

HORACIO.—¿Qué noticias nos dais, señor?

HAMLET.—¡Oh, asombrosas!

HORACIO.—Decidlas, querido señor.

HAMLET.—¡No, las revelaríais!

HORACIO.—¡Jamás yo, señor! ¡Por el Cielo!

MARCELO.—¡Ni yo, señor!

HAMLET.—¿Qué os parece?... ¿Hubiera cabido nunca en pecho humano? Pero ¿guardaréis el secreto?

HORACIO y MARCELO.—¡Sí, por el Cielo, señor!

---

el dramaturgo al veneno vertido en el oído del rey Hamlet. Se ha supuesto también que *hebenon* podría ser igualmente yerro por *ebony* («ébano»), sin razones suficientes. Mas algunos comentaristas, seguidos por Onions, creen que se trata del tejo, a que antaño se atribuían propiedades venenosas. A este respecto cítase una frase parecida del acto tercero de *El judío de Malta*, de Marlowe: *iouyce of Hebon* («jugo de hebon»), que deja las mismas dudas sobre que sea *hebon*. En fin, la *Modern Language Review* (julio de 1920) identifica el *hebenon* o *hebona* con el guayaco o *lignum vitae*. Confesamos sinceramente que no nos satisface ninguna de las interpretaciones dadas. Esperemos que nuevos documentos arrojen más luz sobre el verdadero tósigo

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

HAMLET.—¡No habita en toda Dinamarca un infame... que no sea un bribón rematado!

HORACIO.—Para decir eso, no hace falta, señor, que espectro alguna salga de su tumba.

HAMLET.—Sí, cierto...; estás en lo cierto... Y, por tanto, sin más ceremonias, creo conveniente que nos demos la mano y nos marchemos; vosotros, a donde os llamen vuestros asuntos e inclinaciones..., pues todo el mundo tiene asuntos e inclinaciones..., sean cuales fueran; y yo, pobre de mí, miradlo, a rezar.

HORACIO.—Esas no son más que unas palabras absurdas y sin sentido, señor.

HAMLET.—Siento cordialmente que os ofendan. Sí, a fe, cordialmente.

HORACIO.—No hay ofensa alguna, señor.

HAMLET.—¡Sí, por San Patricio; la hay, Horacio, y demasiado grande!... Respecto de esa aparición, es un espíritu venerable, permitid que os lo diga. En cuanto a vuestro deseo por conocer lo que ha pasado entre los dos, reprimidlo como podáis. Y ahora, buenos amigos, como amigos que sois, condiscípulos y compañeros de armas, hacedme un pequeño favor.

HORACIO.—¿Cuál es, señor? Lo haremos.

HAMLET.—No revelar nunca lo que habéis visto esta noche.

HORACIO y MARCELO.—No lo revelaremos, señor.

HAMLET.—Bien; pero juradlo.

HORACIO.—Por mi honor, señor, que nada diré.

MARCELO.—Ni yo, señor; os lo prometo.

HAMLET.—¡Sobre mi espada!

HORACIO.—¡Señor, lo hemos jurado ya!

HAMLET.—¡Venga, sobre mi espada, venga!

SOMBRA.—*(Bajo tierra.)* ¡Jurad!

HAMLET.—¡Hola, hola, amiguito! ¿Eres tú quien lo dice? ¿Estás ahí, buena pieza?... Vamos, ya oís al camarada en el subterráneo. ¡Consentid en jurar!

HORACIO.—Proponed la fórmula, señor.

HAMLET.—¡No hablar nunca de lo que habéis visto! ¡Juradlo por mi espada!

SOMBRA.—*(Bajo tierra.)* ¡Jurad!

HAMLET.—*Hic et ubique?* Pues mudemos de sitio... ¡Acercaos aquí, caballeros, y poned nuevamente las manos sobre mi espada!... ¡No hablar nunca de lo que habéis oído! ¡Juradlo por mi espada!

SOMBRA.—*(Bajo tierra.)* ¡Jurad!

HAMLET.—¡Bien dicho, topo viejo!... ¿Puedes excavar la tierra tan aprisa? ¡Excelente zapador!... ¡Trasladémonos otra vez, buenos amigos!

HORACIO.—¡Oh luz y tinieblas!... ¡Pero esto es prodigiosamente extraño!

HAMLET.—¡Pues dale, por lo mismo, como a un extraño buen recibimiento! ¡Hay algo más en el cielo y en la tierra, Horacio, de lo que ha soñado tu filosofía! Pero venid, jurad, como antes, y así el cielo os ayude, que por muy rara y extravagante que sea mi conducta, puesto que quizá en lo sucesivo juzgue oportuno afectar unas maneras estrafalarias, jurad, digo, que, al verme en semejantes casos, nunca daréis a entender, cruzando así los brazos, haciendo este movimiento con la cabeza o profiriendo alguna frase enigmática como: «Sí, sí, sabemos... Si quisiéramos, podríamos nosotros... Si nos gustara hablar... Hay quien, si pudiese...», u otras cualesquiera ambigüedades; nunca, pues, daréis a entender que sabéis algo de mí. ¡Juradlo, y que la gracia y misericordia de Dios os asistan en vuestras tribulaciones! ¡Jurad!

SOMBRA.—*(Bajo tierra.)* ¡Jurad!

HAMLET.—¡Cálmate, cálmate, ánima en pena! *(Juran.)* ¡Así, caballeros, en vosotros confía mi cariño! ¡Y cuanto pueda hacer un pobre hombre como Hamlet para daros pruebas de su amistad y estimulación, no ha de faltaros, Dios mediante! Retirémonos juntos y tened siempre, os ruego, el dedo en los labios... ¡El mundo está fuera de quicio!... ¡Oh suerte maldita!... ¡Que haya nacido yo para ponerlo en orden!... ¡Ea, venid, vámonos juntos! *(Salen.)*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Sala en la casa de Polonio

Entran POLONIO *y* REINALDO

POLONIO.—Le daréis este dinero y estas cartas, Reinaldo.

REINALDO.—Así lo haré, señor.

POLONIO. — Obraríais con admirable prudencia, buen Reinaldo, si antes de verle os informarais de su conducta

REINALDO.—Tal era mi intención, señor.

POLONIO. — Bien dicho, ¡pardiez, muy bien dicho! Atended, señor. Lo primero que habéis de averiguar es qué daneses hay en París, quiénes son, cómo y dón de viven, con qué medios cuentan, o con qué gente se tratan, qué gastos tienen; y descubriendo por tales rodeos y preguntas indirectas que conocen a mi hijo os acercáis a vuestro objeto mucho más de lo que lograríais con vuestras investigaciones particulares. Presentaos como si le conocierais de vista, diciendo, verbigracia: «Conozco a su padre y a unos amigos suyos, y un poco a él.» ¿Lo habéis entendido, Reinaldo?

REINALDO.—Sí, señor, perfectamente.

POLONIO. — «Y un poco a él, aunque (podéis añadir) no del todo.» «Pero si es quien yo me figuro, es un gran tronera, y muy dado a esto o a aquello...»; y en este punto le echáis encima cuantos infundios os plazcan... ¡Pardiez!, ¡nada tan ruin que pueda deshonrarte! Cuidado con eso, y no paséis de aquellas locuras, calaveradas y deslices comunes a todos, que se reconocen como inseparables compañeros de la juventud y de la libertad.

REINALDO.—Como el jugar, señor.

POLONIO. — Sí, o como el beber, batirse, jurar, pelearse, escandalizar; aquí podéis alargaros.

REINALDO. — Señor, eso podría infamarle.

POLONIO.—¡Quia! De ningún modo, si sabéis razonar vuestras acusaciones. No vayáis a achacarle otra clase de defectos, como el de que es dado a la disolución; no es eso lo que quiero decir, sino que tal arte pongáis en indicar sus faltas, que no parezcan más que descarríos de la libertad, relámpagos y explosiones de un fogoso espíritu, arrebatos de una sangre indómita, que a todos acometen.

REINALDO.—Pero, mi buen señor...

POLONIO.—¿Que por qué habéis de hacer esto?

REINALDO.—Sí, señor; desearía saberlo.

POLONIO.—¡Pardiez!, señor, pues ved mi plan, que, según creo, es una estratagema infalible. Imputando esas leves manchas a mi hijo, como si fuera un objeto ligeramente empañado por el uso (fijaos bien), si vuestro interlocutor, a quien tratéis de sondar, está persuadido de que el joven a que aludís es culpable de los vicios mencionados, tened por seguro que convendrá con vos en lo siguiente: «Señor mío», o cosa así; o «amigo», o bien «caballero», según sea el estilo o tratamiento de la persona y del país...

REINALDO.—Perfectamente, señor.

POLONIO.—Y entonces, señor, si hace eso..., hace... ¿Qué es lo que iba a decir? ¡Por la misa! Alguna cosa iba a decir yo... ¿En qué punto quedé?

REINALDO. — En «convendrá en lo siguiente»; y en «amigo mío» o «caballero», o cosa así.

POLONIO. — En «convendrá en lo siguiente»; sí, ¡pardiez!, convendrá con vos en esto; «conozco a ese caballero: le vi ayer o el otro día, o en tal o cual

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ocasión, con fulano o con mengano, y, como decís, estaba allí jugando, allá le sorprendí en sus libaciones, acullá disputando en el tenis»; o tal vez: «le vi entrar en tal casa de trato, *videlicet*, un burdel, o así por el estilo.» Vedlo ahora: con el anzuelo de vuestra mentira pescáis la carpa de la verdad. Y así es como nosotros, las personas de talento y alcance, con rodeos y embistiendo de soslayo, por medios indirectos, hallamos la dirección. De igual modo, vos, por mis prudentes consejos e instrucciones, hallaréis la de mi hijo. Me habéis entendido, ¿no?

REINALDO.—Quedo enterado, señor.

POLONIO.—Pues id con Dios, y feliz viaje.

REINALDO.—¡Mi buen señor!...

POLONIO.—Observad personalmente sus inclinaciones.

REINALDO.—Así lo haré, señor.

POLONIO.—Y que se expansione a sus anchas.

REINALDO.—Está bien, señor.

POLONIO.—¡Adiós! *(Sale* REINALDO.)

Entra OFELIA

¿Qué es eso, Ofelia? ¿Qué sucede?

OFELIA.—¡Ay señor, señor! ¡Cuánto me he asustado!

POLONIO.—¿De qué? Habla, por Dios.

OFELIA.—Señor, estaba cosiendo en mi aposento, cuando el príncipe Hamlet se presenta ante mí con el jubón todo desceñido, descubierta la cabeza, sucias las medias, sin ligas y cayendo sobre el tobillo a modo de grilletes; pálido como su camisa, chocando una con otra sus rodillas, y con tal doliente expresión en el semblante como si hubiera escapado del infierno para contar horrores.

POLONIO.—¿Estará loco de amor por ti?

OFELIA.—Lo ignoro, señor; pero, en verdad, lo temo.

POLONIO.—Y ¿qué te dijo?

OFELIA.—Me cogió de la muñeca, apretándome fuertemente; apartóse después a la distancia de su brazo; y con la otra mano puesta así sobre su frente, escudriñó con tanta atención mi rostro, como si quisiera retratarlo. Permaneció así largo tiempo, hasta que, sacudiéndome suavemente el brazo y moviendo así tres veces, de arriba abajo, la cabeza, exhaló un suspiro tan profundo y doloroso, que parecía deshacérsele en pedazos todo su ser y haber llegado al fin de su existencia. Hecho esto, me dejó; y con la cabeza vuelta atrás parecía hallar su camino sin valerse de los ojos, pues se alejó por la puerta sin servirse de ellos, y hasta el último instante tuvo su lumbre fija en mí.

POLONIO.—Vamos, ven conmigo; quiero ver al rey. Esto es el verdadero delirio de amor, cuya propia violencia lo aniquila, que arrastra a la voluntad a empresas temerarias, tan a menudo como cualquiera otra pasión de cuantas debajo del cielo agobian nuestra naturaleza. Lo siento. ¡Qué! ¿Le has dirigido últimamente alguna palabra dura?

OFELIA.—No, mi buen señor; pero, como me mandasteis, he rechazado sus cartas y no le he permitido su acceso a mí.

POLONIO.—Eso es lo que le ha vuelto loco. Me pesa no haberle observado con mayor atención y sensatez. Temí fuera sólo un artificio para intentar perderte; pero ¡mal hayan mis sospechas! Por el Cielo, que es tan propio en nuestra edad el excedernos en nuestros juicios como común en la juventud la falta de cordura. Ven, vamos a ver al rey. Es preciso que lo sepa, pues ese amor puede acarrear más pesares ocultándolo que rencores descubriéndolo. Vamos. *(Salen.)*

ESCENA II

Una sala del castillo

Trompetería. Entran el REY, *la* REINA, ROSENCRANTZ, GUILDENSTERN *y acompañamiento*

REY.—¡Bien venidos, amados Rosencrantz y Guildenstern! Aparte lo mucho que ansiábamos veros, la necesidad

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

que tenemos de vuestros servicios nos ha impulsado a llamaros precipitadamente. Ya habréis oído algo de la transformación operada en Hamlet; la llamo así, toda vez que ni en lo externo ni en lo interno se parece al que antes era. No imagino qué otra cosa puede ser más que la muerte de su padre lo que le ha conturbado de tal modo su propio entendimiento. Os ruego, pues, a entrambos, ya que os habéis criado con él desde la más tierna edad, y tan afines le sois por vuestra juventud y vuestros gustos, que os dignéis permanecer aquí, en la Corte, por breve tiempo, a fin de inducirle con vuestra compañía a los placeres y ver si, recogiendo todos los indicios que la ocasión os ofrezca, podéis esclarecer cuál es la causa, para nosotros desconocida, que así le aflige, a fin de que, una vez descubierta, podamos remediarla.

REINA.—Buenos caballeros, él ha hablado mucho de vosotros, y tengo la seguridad de que no existen dos hombres en el mundo a quienes más estime. Si, dando pruebas de vuestra fineza y buena voluntad, os fuera posible pasar algún tiempo con nosotros, para auxiliar y alentar nuestra esperanza, vuestra atención recibirá la gratitud que corresponde al reconocimiento de un rey.

ROSENCRANTZ. — Vuestras Majestades tienen soberana autoridad sobre nosotros para expresar sus respetables deseos más como mandato que como súplica.

GUILDENSTERN. — Con todo, obedeceremos ambos, y en este punto nos ofrecemos hasta donde alcancen nuestras fuerzas, poniendo incondicionalmente a vuestros pies nuestros servicios para lo que gustéis mandarnos.

REY. — Gracias, Rosencrantz y noble Guildenstern.

REINA.—Gracias, Guildenstern y noble Rosencrantz, y os suplico encarecidamente visitéis a mi hijo, ya tan cambiado... Id algunos de vosotros y acompañad a estos caballeros a donde se halle Hamlet.

GUILDENSTERN.—¡Hagan los cielos que nuestra presencia y nuestros actos le sean gratos y provechosos!

REINA.—Sí; ¡amén. *(Salen* ROSENCRANTZ *y* GUILDENSTERN *con algunas personas del séquito.)*

Entra POLONIO

POLONIO.—Mi querido señor, los embajadores de Noruega regresan muy complacidos.

REY.—Siempre fuiste padre de faustas nuevas.

POLONIO.—¿De veras, señor? Os aseguro, mi buen soberano, que todos mis servicios, como mi alma, los consagro a Dios y a mi amado rey, y, a menos que mi seso no acierte a seguir el rastro de una intriga con la misma seguridad que de costumbre, creo haber descubierto la verdadera causa de la locura de Hamlet.

REY. — ¡Oh! Habla; estoy impaciente por oírla.

POLONIO.—Servíos antes dar audiencia a los embajadores; mis nuevas serán los postres de este gran festín.

REY.—Hazles tú mismo los honores e introdúcelos. *(Sale* POLONIO.) Me decía, dulce soberana, que ha descubierto el origen y la causa de toda esa perturbación de vuestro hijo.

REINA.—Temo que la principal no sea otra que la muerte de su padre y nuestro precipitado enlace.

REY.—Bien; ya le sondaremos.

Vuelve a entrar POLONIO, *con* VOLTIMAND *y* CORNELIO

Bien venidos seáis, mis buenos amigos. Dime, Voltimand: ¿qué nuevas traes de nuestro hermano el rey noruego?

VOLTIMAND.—Os devuelve cordialmente los más amables votos y saludos. Por primera providencia, dió orden de suspender los armamentos de su sobrino, que juzgaba como preparativos contra

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

los polacos; pero que, tras maduro examen, echó de ver que realmente iban dirigidos contra Vuestra Alteza, por lo que, indignado al ver que se abusaba así de sus achaques, de su edad y su omnipotencia, manda arrestar a Fortinbrás, quien se somete sin tardanza, recibe una reprimenda del noruego y protesta ante su tío de nunca más intentar hechos de armas contra Vuestra Majestad. Con tal motivo, el viejo rey, poseído de júbilo, le ha hecho donación de tres mil coronas de censo anual, confiriéndole amplias facultades para emplear contra los polacos las tropas que de tal manera había reclutado. Al mismo tiempo os hace la petición que aquí se especifica. *(Entregándole un pliego.)* de que para tal empresa tengáis a bien concederle paso franco por vuestros dominios, bajo los requisitos de seguridad y garantía ahí mismo consignados.

REY.—Nos parece bien, y en hora más oportuna lo leeremos, respondiendo según nos aconseje el estudio del asunto. Entre tanto, os damos gracias por vuestra bien desempeñada gestión. Idos a descansar; esta noche nos acompañaréis en el banquete. ¡Feliz regreso! *(Salen* VOLTIMAND *y* CORNELIO.)

POLONIO. — Terminó satisfactoriamente el asunto, soberano mío, y vos, señora mía; discutir a fondo lo que debiera ser la Majestad, lo que es la sumisión, por qué el día es día, noche la noche y tiempo el tiempo, no sería más que perder la noche, el día y el tiempo. Así, pues, comoquiera que la brevedad es el alma del talento y la prolijidad sus miembros y atavíos exteriores, voy a ser breve. Vuestro noble hijo está loco, y le llamo loco porque, para definir la verdadera locura, ¿qué otra cosa en ella sino estar uno sencillamente loco? Pero dejemos eso.

REINA. — Más sustancia y menos retórica.

POLONIO.—Os juro, señora, que no uso retórica alguna. Que está loco, es cierto; es cierto que es una lástima, y es una lástima que sea cierto. He aquí una burda figura, pero adiós con ella, porque no quiero gastar retórica. Admitamos, pues, que está loco, y ahora queda por averiguar la causa de este efecto, o, mejor dicho, la causa de este defecto, toda vez que este defectuoso efecto proviene de una causa. De modo que resta considerar lo restante. Fijaos bien. Yo tengo una hija (y la tengo mientras fuere mía), la cual, cumpliendo con sus deberes de obediencia (poned atención), me ha entregado esto. Tomad ahora nota y recapacitad. *(Lee.)* «Al ídolo celestial de mi alma, a la archihermoseada Ofelia.» Esta es una mala frase, una vil frase; «hermoseada» es una vil frase; pero vais a oír. Continúo. *(Lee.)* «En su excelso y níveo seno, éstas...», etc.

REINA. — ¿Y recibió ella eso de Hamlet?

POLONIO.—Esperad un momento, buena señora; leeré fielmente. *(Lee.)*

> Duda que hay fuego en los astros,
> duda que se mueve el sol,
> duda que lo falso es cierto,
> mas no dudes de mi amor.

«¡Oh querida Ofelia! Mala maña me doy con estos versos; carezco de arte para medir mis gemidos; pero te amo en extremo. ¡Oh, hasta el último extremo, créelo! ¡Adiós! Tuyo por siempre, dueño adorado, en tanto esta máquina le pertenezca.—*Hamlet.*» He aquí lo que, en su obediencia, me ha mostrado mi hija, confiándome, por añadidura, las solicitaciones del príncipe, con todas las circunstancias de tiempo, lugar y modo.

REY. — Pero ¿cómo ha aceptado ella su amor?

POLONIO. — ¿En qué concepto me tenéis?

REY.—En el de un hombre leal y honrado.

POLONIO. — A probároslo aspiro. Mas ¿qué hubierais pensado de mí si, al ver tomar vuelo este ardiente amor (como lo advertí, fuerza es que os lo diga, an-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

tes que mi hija me hablara de ello); qué hubierais pensado de mí, vos, señor, o Vuestra Majestad, mi cara reina, aquí presente, si, limitándome al papel de pupitre, o memorándum, o cerrando, sordo y mudo, los ojos de mi corazón, hubiese hecho la vista gorda en semejante galanteo? No; yo fui en derechura al asunto y amonesté así a la niña: «Su Alteza Hamlet es un príncipe, y está fuera de tu estrella; eso no puede ser»; y acto seguido le di orden terminante de que se negara a sus visitas, no admitiera mensajes ni aceptara presente alguno. Lo cual ha cumplido, recogiendo así el fruto de mis consejos; y él, viéndose desdeñado (para abreviar la historia), cayó en la melancolía, luego en la inapetencia, de allí en el insomnio, de éste en el abatimiento, más tarde en el delirio y, por esta fatal pendiente, en la locura, que ahora le hace desvariar y que todos lamentamos.

REY.—¿Pensáis que sea eso?

REINA.—Puede ser, es muy probable.

POLONIO.—¿Ha sucedido alguna vez (me gustaría saberlo) que yo haya dicho positivamente: «Esto es esto», y que después resultara de otro modo?

REY.—Nunca, que yo sepa.

POLONIO.—Pues si esto es de otro modo, separad esto de esto (1). A poco que me ayuden las circunstancias, descubriré la verdad dondequiera que se oculte, así fuera en el centro del universo.

REY.—Y ¿cómo podríamos indagarlo a fondo?

POLONIO.—Ya sabéis que él acostumbra pasearse cuatro horas seguidas por la galería.

REINA.—En efecto.

POLONIO.—Pues en tal ocasión le suelto a mi hija; vos y yo, entonces, nos colocamos detrás de los tapices y observamos el encuentro. Si no la ama y no es ésta la causa de que haya perdido la razón, cese yo en todo oficio de gobierno y váyame a cuidar de una granja y de sus yuntas.

REY.—Haremos la prueba.

REINA.—Pero ved al pobre infeliz aproximarse, leyendo tristemente.

POLONIO.—Retiraos, por favor; retiraos los dos. Voy a abordarle ahora mismo. *(Salen el* REY *y la* REINA *con el séquito.)*

Entra HAMLET, *leyendo*

¡Oh, perdonadme! ¿Cómo está Vuestra Alteza?

HAMLET.—Bien, a Dios gracias.

POLONIO.—¿Me conocéis, señor?

HAMLET.—Perfectamente bien. Sois un pescadero.

POLONIO.—Nada de eso, señor.

HAMLET.—Pues ¡ojalá fueseis tan honrado!

POLONIO.—¡Honrado, señor!

HAMLET.—Sí, amigo; ser honrado, según anda hoy el mundo, equivale a ser escogido uno entre diez mil.

POLONIO.—Eso es muy cierto, señor.

HAMLET.—Porque si el sol engendra gusanos en un perro muerto, besando la carroña, siendo un dios... ¿No tenéis una hija?

POLONIO.—Sí, señor; una tengo.

HAMLET.—Pues no la dejéis pasear al sol: la concepción es una gracia; pero no de la manera como vuestra hija podría concebir... Mucho cuidado, amigo.

POLONIO.—¿Qué queréis decir con eso? *(Aparte.)* ¡Siempre dándole con mi hija! No obstante, al principio no me conoció; dijo que era un pescadero. ¡Está rematado, rematado! Y el caso es que yo también, en mis mocedades, sufrí muchos trastornos por causa del amor, y llegué muy cerca de este extremo. Voy a hablarle otra vez. ¿Qué estáis leyendo, señor?

HAMLET.—Palabras, palabras, palabras...

POLONIO.—¿Y de qué se trata, Alteza?

HAMLET.—¿Entre quiénes?

POLONIO.—Quiero decir: ¿de qué trata lo que estáis leyendo, señor?

(1) Quiere decir, con un ademán: «separad esta cabeza de mi cuerpo».

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

HAMLET. — ¡Calumnias, amigo mío! Porque el maldiciente satírico dice aquí que los viejos tienen la barba gris, que sus rostros están surcados de arrugas, sus ojos destilan espeso ámbar y goma de ciruelo y que adolecen de una cuantiosa falta de juicio, a la vez que de una gran flojera en las nalgas; todo lo cual, señor mío, aunque yo lo crea a pie juntillas, no encuentro, sin embargo, decente que lo pongan así en estos términos, porque vos mismo, amigo, seríais tan viejo como yo si pudiese andar hacia atrás como los cangrejos.

POLONIO. — *(Aparte.)* Aunque todo es puro delirio, no deja de haber cierta ilación en ello. ¿Queréis venir, señor, a donde no os dé el aire?

HAMLET.—¿A mi tumba?

POLONIO.—Verdaderamente, allí no da el aire. *(Aparte.)* ¡Qué ingeniosas son a veces sus respuestas! Ocurrencias felices que suele tener la locura, y que ni la más sana razón y lucidez podrían soltar con tanta suerte. Voy a dejarle y concertar en seguida los medios de hallarse con mi hija. *(A* HAMLET.) Mi respetable señor, humildemente tomo de vos licencia.

HAMLET.—No podéis, amigo, tomar de mí cosa alguna de que quiera yo con más gusto desprenderme; excepto mi vida, excepto mi vida, excepto mi vida.

POLONIO.—¡Adiós, señor! *(Yéndose.)*

HAMLET.—¡Viejos fastidiosos y mentecatos!

Entran ROSENCRANTZ *y* GUILDENSTERN

POLONIO.—¿Buscáis al príncipe Hamlet? Ahí está.

ROSENCRANTZ. — *(A* POLONIO.) Dios os guarde, señor! *(Sale* POLONIO.)

GUILDENSTERN.—¡Mi respetable señor!

ROSENCRANTZ. — ¡Mi queridísimo príncipe!

HAMLET.—¡Mis buenos, mis excelentes amigos! ¿Cómo te va, Guildenstern?.* ¡Hola, Rosencrantz! Bravos muchachos, ¿cómo estáis uno y otro?

ROSENCRANTZ.—Como la gente de poco más o menos de la tierra.

GUILDENSTERN.—Felices, por lo mismo que no somos demasiado felices. No ocupamos el florón del tocado de la Fortuna.

HAMLET.—¿Ni las suelas de sus zapatos?

ROSENCRANTZ.—Tampoco, señor.

HAMLET.—Entonces os halláis cerca de su cintura, o sea en el centro de sus favores.

GUILDENSTERN. — Luego somos sus favoritos.

HAMLET. — ¿De las partes secretas de la Fortuna? ¡Oh!, nada más cierto, es una ramera. ¿Qué noticias hay?

ROSENCRANTZ.—Ninguna señor, sino que el mundo se va volviendo honrado.

HAMLET. — Pues entonces se acerca el día del Juicio; pero esa noticia no es cierta. Dejadme interrogaros más al por menor. ¿Qué le habéis hecho a la Fortuna, mis buenos amigos, para merecer de ella que os mande a esta cárcel?

GUILDENSTERN.—¿A esta cárcel?

HAMLET.—Dinamarca es una cárcel.

ROSENCRATZ.—En tal caso, también lo será el mundo.

HAMLET. — Sí, una soberbia cárcel, en la que hay muchas celdas, calabozos y mazmorras, y Dinamarca es una de las peores.

ROSENCRANTZ. — No somos de esa opinión, señor.

HAMLET.—Pues entonces no lo será para vosotros, porque nada hay bueno ni malo si el pensamiento no lo hace tal. Para mí es una cárcel.

ROSENCRANTZ.—Pues entonces será que vuestra ambición os la presenta como una cárcel. Es demasiado reducida para vuestro espíritu.

HAMLET.—¡Dios mío! Podría estar yo encerrado en una cáscara de nuez, y me tendría por rey del espacio infinito, si no fuera por los malos sueños que tengo.

GUILDENSTERN.—Sueños que, en realidad, no son más que ambición, puesto

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

que el objeto mismo del ambicioso es puramente la sombra de un sueño.

HAMLET.—Un sueño no es en sí más que una sombra.

ROSENCRANTZ. — Cierto, y yo considero la ambición de tan aérea y ligera calidad, que no es más que la sombra de una sombra.

HAMLET.—De donde resulta que nuestros mendigos son cuerpos, y nuestros monarcas y finchados héroes, la sombra de los mendigos. ¿Vamos a la Corte? Porque, francamente, no está mi cabeza para cavilar.

ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN. — Nos tendréis a vuestras órdenes.

HAMLET.—De ningún modo. No quiero confundiros con el resto de mis criados, porque, a fe de hombre sincero, me sirven detestablemente. Pero, en el seno de la amistad, ¿a que venís a Elsinor?

ROSENCRANTZ. — A visitaros, señor, y nada más.

HAMLET.—Tan pobre soy, que hasta de gracias estoy escaso; pero os lo agradezco; y a buen seguro, mis caros amigos, que aun a medio penique resulta demasiado caro mi agradecimiento. ¿No os han mandado venir? ¿Es por vuestra propia voluntad? ¿Es una visita espontánea? A ver, a ver, explayaos conmigo. Vamos, vamos; hablad, pues.

GUILDENSTERN. — ¿Qué hemos de deciros, señor?

HAMLET.—Pues cualquier cosa, pero que venga a cuento. Vosotros habéis sido enviados. y hay una especie de confesión en vuestra mirada, que vuestra timidez no tiene maña bastante para encubrir. Sé que el buen rey y la buena reina os han mandado llamar.

ROSENCRANTZ.—¿A qué fin, señor?

HAMLET. — Eso es lo que vosotros debéis explicarme. Pero dejad que os conjure: por los derechos del compañerismo, por la concordia de la edad, por los deberes de nuestra nunca interrumpida afección y por todo cuanto aun de más querido un más diestro abogado pudiera encareceros, sed llanos y sinceros conmigo: ¿habéis sido enviados o no?

ROSENCRANTZ. — *(Aparte, a* GUILDENSTERN.) ¿Qué decís vos?

HAMLET. — *(Aparte.)* ¡Hola! ¡Entonces no os quitaré ojo! *(A* ROSENCRANTZ *y* GUILDENSTERN.) Si me estimáis, no me ocultéis nada.

GUILDENSTERN. — Señor, fuimos enviados.

HAMLET.—Voy a deciros por qué; y de este modo, anticipándome, evitaré vuestra confesión, con lo cual no perderá ni una sola pluma el secreto que al rey y a la reina prometisteis. De poco tiempo a esta parte (el porqué es lo que ignoro) he perdido completamente la alegría, he abandonado todas mis habituales ocupaciones, y, a la verdad, todo ello me pone de un humor tan sombrío, que esta admirable fábrica, la tierra, me parece un estéril promontorio; ese dosel magnífico de los cielos, la atmósfera, ese espléndido firmamento que allí veis suspendido, esa majestuosa bóveda tachonada de ascuas de oro, todo eso no me parece más que una hedionda y pestilente aglomeración de vapores. ¡Qué obra maestra es el hombre! ¡Cuán noble por su razón! ¡Cuán infinito en facultades! En su forma y movimientos, ¡cuán expresivo y maravilloso! En sus acciones ¡qué parecido a un ángel! En su inteligencia, ¡qué semejante a un Dios! ¡La maravilla del mundo! ¡El arquetipo de los seres! Y, sin embargo, ¿qué es para mí esa quinta esencia del polvo? No me deleita el hombre, no, ni la mujer tampoco, aunque con vuestra sonrisa deis vos a entender que sí.

ROSENCRANTZ.—Señor, nada de eso tenía en el pensamiento.

HAMLET.—Pues ¿de qué os reíais cuando he dicho «no me deleita el hombre»?

ROSENCRANTZ. — De pensar, señor, que si no halláis deleite en el hombre, vais a dar a los cómicos un recibimiento cuaresmal. Los hemos apalabrado en el camino y se dirigen aquí para ofreceros sus servicios.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

HAMLET.—El que haga de rey será bien venido; su majestad recibirá de mí el corespondiente tributo; el caballero andante lucirá su espada y su rodela; el galán no suspirará en balde; el gracioso terminará en paz su papel; el payaso hará reír a aquellos cuyos pulmones están que tiemblan en el disparador, y la dama nos dirá libremente lo que piensa, o cojeará el verso blanco, por tal motivo. ¿Qué cómicos son ésos?

ROSENCRANTZ. — Los mimos que tanto solían complaceros, los trágicos de la ciudad.

HAMLET.—Y ¿por qué andan errantes? Más ventajoso les fuera, tanto para su reputación como para su provecho, el tener residencia fija.

ROSENCRANTZ. — Creo que encuentran trabas, a consecuencia de la reciente innovación.

HAMLET.—¿Y gozan del mismo aprecio que cuando yo estuve en la ciudad? ¿Son aún tan solicitados?

ROSENCRANTZ.—No, verdaderamente no lo son.

HAMLET.—¿En qué consiste? ¿Se han echado a perder?

ROSENCRANTZ. — No, señor; tratan de agradar, como de costumbre; pero ha aparecido una nidada de chiquillos, polluelos en cascarón, que se desgañitan a más no poder, y son por ello rabiosamente aplaudidos. Ahora están de moda, y de tal suerte vociferan contra los teatros vulgares (como ellos los llaman), que mucha gente de espada al cinto ha cobrado miedo a la crítica de ciertas plumas de ganso y apenas se atreve a poner allí los pies.

HAMLET. — ¡Cómo! ¿Son niños? Y ¿quién los mantiene? ¿Qué sueldos les dan? ¿Seguirán en el oficio tan sólo mientras conservan la voz? Y, andando el tiempo, si llegan a ser comediantes ordinarios (como es muy probable, si no mejoran de fortuna), ¿no dirán que los que para ellos escriben les han hecho poco favor, impulsándolos a declamar contra su propio porvenir?

ROSENCRANTZ.—Lo cierto es que ha habido ya muchos disgustos por ambas partes, y el pueblo no ve pecado en azuzarlos a la pelea. Durante algún tiempo no se sacaba dinero de una pieza dramática, a no ser que el poeta y el cómico anduvieran a palos por la cuestión.

HAMLET.—¿Es posible?

GUILDENSTERN. — ¡Oh! Ya han salido muchos con el cráneo roto.

HAMLET.—¿Y son los muchachos quienes llevan la mejor parte?

ROSENCRANTZ.—Sí que se la llevan, señor; y a Hércules, con maza y todo.

HAMLET.—No es muy extraño; porque mi tío el rey de Dinamarca, y los que se hubieran mofado de él mientras vivía mi padre pagan veinte, cuarenta, cincuenta y hasta cien ducados por un retrato suyo en miniatura. ¡Sangre de Dios! Algo se vería aquí que pasa de natural, si la filosofía se metiera a dilucidarlo. *(Suenan trompetas dentro.)*

GUILDENSTERN.—¡Ya están ahí los cómicos!

HAMLET.—Caballeros, sed bien venidos a Elsinor. Vengan, pues, esas manos. Compañeras de una buena acogida son la cortesía y la etiqueta. Permitidme que cumpla con vosotros de esta forma, no sea que mis atenciones para con los cómicos (que, como os he dicho, revestirán desusada ostentación) parezcan sobrepujar a las que a vosotros os dispenso. Sed, pues, bien venidos; pero mi tío-padre y mi tía-madre se equivocan.

GUILDENSTERN.—¿En qué, mi querido señor?

HAMLET.—Yo sólo estoy loco con el Nornorueste; cuando el viento es del Mediodía, sé distinguir un halcón de una garza.

Vuelve a entrar POLONIO

POLONIO.—¡Dios os guarde, caballeros!

HAMLET. — Oíd, Guildenstern, y vos también, un oyente a cada oreja: ese niño grandullón que veis ahí no ha salido aún de mantillas.

ROSENCRANTZ. — O acaso ha vuelto a

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ellas, porque, según se dice, el viejo es dos veces niño.

HAMLET.—Os profetizo que viene a hablarme de los cómicos. Ahora veréis. *(Haciendo una seña a sus compañeros y cambiando de tono.)* Es verdad, amigo: fué el lunes por la mañana; no hay duda.

POLONIO.—Señor, tengo noticias que anunciaros.

HAMLET.—*(Imitando a* POLONIO.) Señor, tengo noticias que anunciaros. *(Declamando.)*

Cuando Roscio era actor en Roma...

POLONIO.—Han llegado los cómicos, señor.

HAMLET.—¡Bah! ¡Bah!

POLONIO.—Por mi honor...

HAMLET.—*(Siguiendo la declamación.)*

Cada actor llegó entonces
montado en su *borrico*...

POLONIO.—Son los mejores cómicos del mundo, tanto en lo trágico como en lo cómico; en lo histórico como en lo pastoral; en lo pastoral-cómico como en lo histórico-pastoral; en lo trágico-histórico como en lo trágico-cómico-histórico-pastoral, escena indivisible o poema ilimitado; para ellos, ni Séneca es demasiado profundo, ni Plauto demasiado ligero. Sea para recitar ateniéndose a las reglas del arte o para la libre improvisación, son los únicos del mundo.

HAMLET.—*(Declamando.)*

¡Oh Jefté, juez de Israel,
qué tesoro poseías!

POLONIO.—¿Qué tesoro poseía, señor?

HAMLET.—Pues

Tan sólo una bella hija,
a quien amaba en extremo.

POLONIO.—*(Aparte.)* ¡Siempre con mi hija!

HAMLET.—¿No tengo razón, viejo Jefté?

POLONIO.—Si os empeñáis en llamarme Jefté, señor, cierto que tengo una hija «a la que amo en extremo».

HAMLET.—No, no es eso lo que sigue.

POLONIO.—¿Qué sigue entonces, señor?

HAMLET.—Pues

Que, como, en mala hora,
Dios no ignora.

Y luego, ya sabéis,

Vino ello a suceder,
como era de temer...

La primera estrofa de esta piadosa canción os enseñará algo más, porque mirad, ahí vienen los encargados de hacerme breve. *(Entran cuatro o cinco cómicos.)* ¡Bien venidos, señores! ¡Bien venidos todos! *(A uno de ellos.)* Mucho me alegro de hallarte bien. *(A todos.)* ¡Bien venidos, buenos amigos! *(A otro.)* ¡Oh mi antiguo camarada! Tu rostro se ha franjeado de pelo desde la última vez que te vi. ¿Vienes a subírteme a las barbas en Dinamarca? *(A otro.)* ¡Hola, señorita y dueño mío! Por María santísima, que vuesa merced está más cerca del cielo que cuando os vi últimamente por todo lo alto del chapín. ¡Dios quiera que no vaya a cascarse vuestra voz como una pieza de oro fuera de curso por estar rajada hasta el centro del anillo! ¡Maeses, sed todos bien venidos! ¡Manos en seguida a la obra! Como los halconeros franceses, ¡a volar tras lo primero que se vea! ¡Venga al instante una tirada! Vaya, dadnos una muestra de vuestro arte, vamos, un trozo apasionado.

CÓMICO 1.º—¿Qué trozo queréis, señor?

HAMLET.—Te oí recitar en cierta ocasión un paso, que nunca ha sido puesto en escena, o, si lo fué, no ha debido de pasar de una vez, porque recuerdo que la pieza no gustó a la multitud: era caviar para el vulgo; pero en mi opinión y en la de otros, cuyo juicio en tales materias está muy encima del mío, era una obra excelente, bien trazada en sus

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

escenas y escrita con tanta sobriedad como ingenio. Se me hace a la memoria que alguien dijo que no había en los versos la sal necesaria para sazonar el asunto, ni enjundia en la frase que pudiera tildar de afectado al autor; pero reconocía hallarse compuesta siguiendo decoroso método, tan robusta como atildada, aunque mucho más linda que brillante. Hay en ella un trozo que me gustó sobre manera; es la relación que hace Eneas a Dido, y especialmente el pasaje en que aquél habla del asesinato de Priamo. Si está fresco en tu memoria, empieza por este verso. Espera, a ver; espera, a ver:

El feroz Pirro, como la fiera Hircania...

No, no es así; empieza con «Pirro». «El feroz Pirro, aquel cuyas sables armas, negras como su intento, semejaban la noche cuando yacía tendido en el fatal corcel, muestra ahora su horrenda y tenebrosa figura manchada de un blasón aún más fatídico. De pies a cabeza, todo él es gules; teñido horriblemente con sangre de padres, madres, hijas e hijos, tostada y endurecida por las hogueras de las calles incendiadas, que difunden una salvaje y diabólica luz a la matanza de su señor. Ardiendo en cólera y fuego y así embadurnado de sangre coagulada, con unos ojos como carbúnculos, el infernal Pirro corre en busca del anciano Priamo.» Sigue ahora tú.

POLONIO.—¡Voto a Dios, señor, bien declamado, con buen acento y excelente expresión!

CÓMICO 1.º—«Al instante le encuentra asestando a los griegos muy débiles golpes; su vieja espada, rebelde al brazo, queda inerte allí donde cae, desobediente al mandato. ¡En desigual contienda, arrójase Pirro sobre Príamo; ciego de rabia, hiere inútilmente; pero al solo zumbido de su cruel acero, cae redondo por tierra el enervado anciano! ¡Entonces, la insensible Ilión, como si le conmoviera este golpe, dobla sobre sus cimientos las llameantes almenas y techumbres, y se desploma con tan horrible estrépito, que embarga el oído de Pirro! ¡Porque, ¡ved!, su espada, que ya caía sobre la láctea cabeza del venerable Príamo, parece estar clavada en el aire! Así, como la imagen de un tirano, permanece Pirro, y cual si se hallara indiferente a su intención y a su tarea, se mantiene quieto. Pero de igual modo que vemos con frecuencia, antes de la tempestad que reina en el cielo, una calma silenciosa, las densas nubes permanecen inmóviles, los raudos aquilones sin voz, y abajo la tierra, muda como la muerte, cuando de pronto estalla el espantoso trueno rasgando la región del aire, así también, tras la pausa de Pirro, despierta en él de nuevo la venganza e impúlsale a la acción. ¡Y jamás cayeron más despiadadamente los martillos de los cíclopes sobre la armadura de Marte, forjada a prueba eterna, como la sangrienta espada de Pirro cae ahora sobre Príamo! ¡Aparta, aparta tú, Fortuna, meretriz! ¡Vosotros todos, dioses, en general cabildo congregados, arrebatadle su poder, romped todos los rayos y pinas de su rueda, y despeñad por la montaña del cielo el redondo cubo, para que vaya a hundirse en el abismo con los demonios!»

POLONIO.—Eso es demasiado largo.

HAMLET.—Ya irá a la barbería con vuestras barbas. Prosigue, te ruego. A éste sólo le gusta una giga o chascarrillo de lupanar; si no, se duerme. Continúa: vengamos a Hécuba.

CÓMICO 1.º—«Pero aquel que, ¡oh!, aquel que hubiera visto la reina arrebujada...»

HAMLET.—¡La reina arrebujada!

POLONIO.—Está bien: «Reina arrebujada»; está bien.

CÓMICO 1.º—«... corre a pie descalzo de un lado a otro, amenazando sofocar las llamas con su ciego llanto, cubierta con un trapo la cabeza donde antes brillaba la diadema, y por todo vestido en torno de sus flancos, lacios de tanta fe-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

cundidad, una manta arrebatada en el tumulto del terror: quien esto presenciara, con la lengua empapada de veneno hubiera clamado traición contra el poder de la Fortuna. Pero, de haberla visto entonces los mismos númenes, cuando ella contempló a Pirro gozándose cruelmente en triturar con su acero los miembros de su esposo, la repentina explosión de alaridos en que prorrumpió (a menos que las cosas terrenales no les afecten en absoluto) ¡hubiera enternecido a los dioses y arrancado lágrimas a los ardientes ojos del cielo!»

POLONIO.—¡Ved! ¿Pues no se ha demudado su color y no le apunta el llanto en los ojos? Por favor, basta ya.

HAMLET.—Está bien. Ya te haré recitar luego lo que resta. *(A* POLONIO.) Mi buen amigo, cuidaréis de que los cómicos estén bien atendidos. ¿Oís? Haced que los traten con esmero, porque ellos son el compendio y breve crónica de los tiempos. Más os valdría un mal epitafio para después de muerto que sus maliciosos epítetos durante vuestra vida.

POLONIO.—Señor, los trataré conforme a sus merecimientos.

HAMLET. — ¡Cuerpo de Dios! Mucho mejor, hombre. Dad a cada uno el trato que se merece, y ¿quién escapará de una paliza? Tratadlos según vuestro propio honor y dignidad; y así, cuanto menos lo merezcan, tanto mayor mérito habrá en vuestra largueza. Acompañadlos.

POLONIO.—¡Venid, señores!

HAMLET. — Seguidle, amigos. ¡Mañana tendremos función! *(Sale* POLONIO *con todos los Cómicos, excepto el primero. Al* CÓMICO 1.º) Oye, viejo amigo: ¿no podríais representar «El asesinato de Gonzago»?

CÓMICO 1.º—Sí, señor.

HAMLET.—Pues se representará mañana por la noche. ¿Y podríais, si menester fuera, estudiar un parlamento de unos doce a dieciséis versos que yo escribiría e intercalaría en la pieza, no es verdad?

CÓMICO 1.º—Sí, señor.

HAMLET.—Muy bien. Vete con aquel señor, y cuidado con burlarte de él. *(Sale el* CÓMICO 1.º *A* ROSENCRANTZ *y* GUILDENSTERN.) Mis buenos amigos, voy a dejaros hasta la noche. ¡Sed bien venidos a Elsinor!

ROSENCRANTZ.—*(Haciendo una reverencia.)* ¡Mi buen señor!

HAMLET.—Está bien, sí; quedad con Dios. *(Salen* ROSENCRANTZ *y* GUILDENSTERN.) Ya estoy solo. ¡Oh, qué miserable soy, qué parecido a un siervo de la gleba! (1). ¿No es tremendo que ese cómico, no más que en ficción pura, en sueño de pasión, pueda subyugar así su alma a su propio antojo, hasta el punto de que por la acción de ella palidezca su rostro, salten lágrimas de sus ojos, altere la angustia de su semblante, se le corte la voz, y su naturaleza entera se adapte en su exterior a su pensamiento?... ¡Y todo por nada! ¡Por Hécuba! ¿Y qué es Hécuba para él, o él para Hécuba, que así tenga que llorar sus infortunios? ¿Qué haría él si tuviese los motivos e impulsos de dolor que yo tengo? Inundaría de lágrimas el teatro, desgarrando los oídos del público con horribles imprecaciones; volvería loco al culpable y aterraría al inocente; confundiría al ignorante y asombraría, sin duda, las facultades mismas de nuestro

(1) *O, what a rogue and peasant slave am I!* Literalmente: «¡Qué miserable, qué abyecto esclavo soy!» Como se ve, la versión literal es bonísima, tal vez inmejorable, apoyada, además, por el significado constante de «vil» y «abyecto» que da Shakespeare a la voz *peasant* en todas sus obras. Sin embargo, la edición de Fourness anota al llegar este pasaje: «Furnivall show trat is possible for Shakespeare to have seen in the flesh some of the bondmen or *peasant slaves* of Enganld.» Sin duda, es muy sugestiva la conjetura del juicioso Dr. Furnivall. Los *peasant slaves* ingleses eran justamente nuestros «siervos de la gleba» o «payeses de remensa» catalanes, que engendraron la frase jurídica de «adictos de la gleba». Con todo, ¿no será demasiado sutil la conjetura de Furnivall? No obstante, la aceptamos por interesante e ingeniosa, aunque no sin llamar la atención del lector sobre la versión literal, a fin de que elija según su gusto.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ble y torpe, canalla, me quedo hecho un Juan Lanas, indiferente a mi propia causa, y no sé qué decir; no, ni aun en favor de un rey sobre cuyos bienes y ver y oír. Y, sin embargo, yo, insensivida apreciadísima cayó una destrucción criminal. ¿Seré un cobarde? ¿No habrá quien me tache de villano, rompa por medio mi cabeza, me arranque las barbas y me las sople al rostro, me agarre por la nariz y me arroje el mentís por el gaznate hasta los mismos pulmones? ¿No habrá quien lo haga? ¡Ah! ¡Vive Dios! ¡Tendré que soportarlo, porque, a menos de tener el hígado de paloma, sin una gota de hiel que me amargue, tiempo ha que hubiera cebado todos los milanos del cielo con las entrañas de ese miserable! ¡Sanguinario y lascivo granuja! ¡Inhumano, traidor, impúdico y desnaturalizado asesino! ¡Oh! ¡Venganza! Pero ¡qué bruto soy! He aquí lo más duro; que yo, hijo de un querido padre asesinado, incitado por el cielo y por la tierra a su venganza, deba, como una prostituta, desahogar con palabras mi corazón y desatarme en maldiciones como una mujerzuela, como una fregona. ¡Oh vergüenza! ¡Puaf! ¡Arriba, cerebro!... ¡Hum! He oído contar que personas delincuentes, asistiendo a un espectáculo teatral, se han sentido a veces tan profundamente impresionadas por el solo hechizo de la escena, que en el acto han revelado sus delitos; porque aunque el homicidio no tenga lengua, puede hablar por los medios más prodigiosos. Voy a hacer que esos cómicos representen delante de mi tío algo parecido al asesinato de mi padre. Observaré su semblante, le sondearé hasta la medula, y por poco que se altere, sé lo que me toca hacer. El espíritu que he visto bien podría ser el diablo, pues que al diablo le es dado presentarse en forma grata. Sí; y ¿quién sabe si, valiéndose de mi debilidad y mi melancolía, ya que él ejerce tanto poder sobre semejante estado de ánimo, me engaña para condenarme? Quiero tener pruebas más seguras. ¡El drama es el lazo en que cogeré la conciencia del rey! *(Sale.)*

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Sala en el castillo

Entran el REY, *la* REINA, POLONIO, OFELIA ROSENCRANTZ *y* GUILDENSTERN

REY. — *(A* ROSENCRANTZ *y* GUILDENSTERN.) ¿Y no podéis, mediante algún subterfugio, arrancarle el motivo de ese trastorno, que turba tan cruelmente la paz de su existencia con esa alborotada y peligrosa locura?

ROSENCRANTZ.—El mismo confiesa que se siente turbado; pero de ningún modo quiere hablar sobre la causa de ello.

GUILDENSTERN. — Tampoco le hallamos decidido a dejarse sondear, pues con hábiles salidas de tono se nos escapa, no bien pretendemos sacarle alguna confesión acerca de su verdadero estado.

REINA.—¿Y os recibió amablemente?

ROSENCRANTZ. — Como cumplido caballero.

GUILDENSTERN.—Pero violentando mucho su ánimo.

ROSENCRANTZ. — Avaro en preguntar, pero sumamente pródigo en responder a nuestras preguntas.

REINA.—¿Le tanteasteis invitándole a alguna diversión?

ROSENCRANTZ.—Señora, quiso el azar que nos topáramos en el camino a ciertos comediantes; le hablamos de ellos, y al oírlo pareció sentir una especie de alegría. Están aquí en la Corte y, según

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

creo, tienen ya orden de representar esta noche ante el príncipe.

POLONIO.—Efectivamente; y me ha pedido que invitara a Vuestras Majestades.

REY.—Con toda mi alma, y celebro mucho hallarle en tal disposición. Aguijoneadle de nuevo, amigos míos, e inclinad su ánimo a semejantes deleites.

ROSENCRANTZ.—Así lo haremos, señor. *(Salen* ROSENCRANTZ *y* GUILDENSTERN.)

REY.—Retiraos también vos, mi amada Gertrudis, porque hemos mandado llamar en secreto a Hamlet, a fin de que se encuentre aquí con Ofelia como por casualidad. Su padre y yo, representando el papel de leales espías, nos apostaremos de modo que, viendo sin ser vistos, podamos juzgar libremente del encuentro, y colegir por su conducta si es o no el sufrimiento de su amor lo que le aflige.

REINA.—Voy a obedeceros. *(A* OFELIA.) Y respecto a ti, Ofelia, celebro que tus encantos sean la causa feliz del trastorno de Hamlet, pues así podré esperar que tus virtudes le conduzcan de nuevo a su habitual camino, en bien de tu honor y del suyo.

OFELIA.—Así sea, señora. *(Sale la* REINA.)

POLONIO. — Paséate por aquí, Ofelia. *(Aparte, al* REY.) Si place a Vuestra Majestad, apostémonos aquí. *(A* OFELIA, *entregándole un libro.)* Haz como que lees en este libro para que la ocupación sirva de pretexto a tu soledad. *(Aparte, al* REY.) Materia es ésta en que a menudo nos hacemos dignos de censura, y es cosa más que probada que con el semblante de la devoción y la apariencia piadosa llegamos a almibarar al mismo diablo.

REY.—*(Aparte.)* ¡Oh, demasiado cierto! ¡Qué duro latigazo dan a mi conciencia estas palabras! No es más repugnante el rostro de una meretriz bajo el tinte seductor de los afeites que mi acción bajo mis pulcras frases. ¡Oh carga abrumadora!

POLONIO.—Oigo que viene. Retirémonos, señor. *(Salen el* REY *y* POLONIO.)

Entra HAMLET

HAMLET.—¡Ser o no ser: he aquí el problema! ¿Qué es más levantado para el espíritu: sufrir los golpes y dardos de la insultante Fortuna, o tomar las armas contra un piélago de calamidades y, haciéndoles frente, acabar con ellas? ¡Morir..., dormir; no más! ¡Y pensar que con un sueño damos fin al pesar del corazón y a los mil naturales conflictos que constituyen la herencia de la carne! ¡He aquí un término devotamente apetecible! ¡Morir..., dormir! ¡Dormir!... ¡Tal vez soñar! ¡Sí, ahí está el obstáculo! ¡Porque es forzoso que nos detenga el considerar qué sueños pueden sobrevenir en aquel sueño de la muerte, cuando nos hayamos librado del torbellino de la vida! ¡He aquí la reflexión que da existencia tan larga al infortunio! Porque ¿quién aguantaría los ultrajes y desdenes del mundo, la injuria del opresor, la afrenta del soberbio, las congojas del amor desairado, las tardanzas de la justicia, las insolencias del poder y las vejaciones que el paciente mérito recibe del hombre indigno, cuando uno mismo podría procurar su reposo con un simple estilete? ¿Quién querría llevar tan duras cargas, gemir y sudar bajo el peso de una vida afanosa, si no fuera por el temor de un algo, después de la muerte (esa ignorada región cuyos confines no vuelve a traspasar viajero alguno), temor que confunde nuestra voluntad y nos impulsa a soportar aquellos males que nos afligen, antes que lanzarnos a otros que desconocemos? Así la conciencia hace de todos nosotros unos cobardes; y así los primitivos matices de la resolución desmayan bajo los pálidos toques del pensamiento, y las empresas de mayores alientos e importancia, por esta consideración, tuercen su curso y dejan de tener nombre de acción... Pero ¡silencio!... ¡La hermosa Ofelia! Ninfa, en tus plegarias acuérdate de mis pecados.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

OFELIA.—Querido señor, ¿cómo le va a Vuestra Alteza después de tantos días?

HAMLET.—Mis más humildes gracias; bien, bien, bien.

OFELIA.—Señor, conservo de vos algunos recuerdos, que tiempo ha deseaba restituiros. Os ruego que los admitáis ahora.

HAMLET.—No; yo no; nunca te he dado cosa alguna.

OFELIA. — Mi respetable señor, sabéis muy bien que sí, y acompañando vuestras dádivas con frases de tan dulce aliento, que las hacían mucho más preciosas. Perdido su perfume, tomadlas de nuevo: porque para un corazón noble los más ricos dones tórnanse mezquinos cuando ya el donador no muestra afecto. ¡Ahí los tenéis, señor!

HAMLET.—*(Riendo.)* ¡Ja, ja! ¿Eres honesta?

OFELIA.—¡Señor!

HAMLET.—¿Eres hermosa?

OFELIA. — ¿Qué quiere decir Vuestra Señoría?

HAMLET.—Que si eres honesta y hermosa, tu honestidad no debiera admitir trato con tu hermosura.

OFELIA.—Señor, ¿podría tener la hermosura mejor comercio que con la honestidad?

HAMLET. — Evidentemente; porque el poder de la hermosura convertirá a la honestidad en una alcahueta mucho antes que la fuerza de la honestidad transforme la hermosura a su semejanza. En otro tiempo era esto una paradoja; pero en la edad presente es cosa probada. ¡Yo te amaba antes, Ofelia!

OFELIA.—En verdad, señor, así me lo hicisteis creer.

HAMLET. — Pues no debieras haberme creído; porque la virtud no puede injertarse en nuestro viejo tronco sin que nos quede de él algún mal resabio. ¡Yo no te amaba!

OFELIA.—Tanto mayor ha sido mi decepción.

HAMLET.—¡Vete a un convento! ¿Por qué habías de ser madre de pecadores? Yo soy medianamente bueno, y, con todo, de tales cosas podría acusarme, que más valiera que mi madre no me hubiese echado al mundo. Soy muy soberbio, ambicioso, vengativo, con más pecados sobre mi cabeza que pensamientos para concebirlos, fantasía para darles forma o tiempo para llevarlos a ejecución. ¿Por qué han de existir individuos como yo para arrastrarse entre los cielos y la tierra? Todos somos unos bribones rematados; no te fíes de ninguno de nosotros. ¡Vete, vete a un convento!... ¿Dónde está tu padre?

OFELIA.—En casa, señor.

HAMLET.—Pues que le cierren bien las puertas, para que no haga en ninguna parte el bobo sino en su propia casa. ¡Adiós! *(Aléjase unos pasos, y vuelve luego hacia* OFELIA.)

OFELIA.—¡Oh, ayudadle, cielos piadosos!

HAMLET.—Si te casas, quiero darte por dote este torcedor: así seas tan casta como el hielo y tan pura como la nieve, no te librarás de la calumnia. ¡Vete a un convento, vete! ¡Adiós! Y si es que te empeñas en casarte, cásate con un tonto; porque los hombres avisados saben muy bien qué clase de monstruos hacéis de ellos. ¡A un convento, vete, y listo! ¡Adiós! *(Aléjase y vuelve, como antes.)*

OFELIA.—¡Oh poderes celestiales, restituidle la razón!

HAMLET.—También he oído hablar, y mucho, de vuestros afeites. La Naturaleza os dió una cara, y vosotras os fabricáis otra distinta. Andáis dando saltitos, os contoneáis, habláis ceceando, y motejáis a todo ser viviente, haciendo pasar vuestra liviandad por candidez. ¡Vete, ya estoy harto de eso; eso es lo que me ha vuelto loco! Te lo digo, se acabaron los casamientos. Aquellos que ya están casados, vivirán todos, menos uno. Los demás quedarán como ahora. ¡Al convento, vete! *(Sale.)*

OFELIA. — ¡Oh, qué noble inteligencia trastornada! ¡La penetración del corte-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

sano, la lengua del letrado, la espada del guerrero, la flor y la esperanza de este hermoso país; el espejo de la moda, el molde de la elegancia, el blanco de todas las miradas, ¡perdido, totalmente perdido! Y yo, la más desventurada e infeliz de las mujeres que gustó la miel de sus dulces promesas, tener que contemplar ahora aquel noble y soberano entendimiento, como armoniosas campanas hendidas, en discordia y estridor, y aquellas incomparables formas y facciones de florida juventud, marchitas por el delirio. ¡Oh desdichada de mí! ¡Haber visto lo que vi y ver ahora lo que veo!

Vuelven a entrar el REY *y* POLONIO

REY. — ¡Amor!... Las afecciones de Hamlet no van por ese camino; ni en lo que ha hablado, a pesar de su falta de ilación, hay nada que parezca locura. Algo anida en su alma que está incubando su melancolía, y recelo que, al romperse el cascarón, va a surgir algún peligro. En previsión de lo cual, tomando una súbita determinación, he aquí lo que he resuelto: que salga sin demora para Inglaterra, a reclamar nuestros atrasados tributos. Tal vez los diferentes mares y países, con su variedad de objetos, expulsen ese no sé qué tan tenazmente arraigado en su corazón, contra el cual choca de continuo su cerebro, poniéndole fuera de sí. ¿Qué te parece?

POLONIO.—Que está bien; aunque yo creo, no obstante, que el origen y principio de su aflicción provienen de un amor desairado. *(Reparando en* OFELIA.) ¡Hola, Ofelia! No necesitas contarnos lo que ha dicho el príncipe Hamlet: todo lo hemos oído. *(Al* REY.) Señor, obrad como os plazca; pero si lo creéis oportuno, haced que después de la representación la reina su madre le llame a solas y le inste a descubrir sus penas. Que le hable claro; y yo, si me lo permitís, me pondré al acecho donde pueda escuchar toda la conversación. Si su madre no logra arrancarle el secreto, mandadle a Inglaterra o recluidle donde vuestra prudencia juzgue más conveniente.

REY.—Así se hará. La locura en los grandes no debe quedar sin vigilancia. *(Salen.)*

ESCENA II

Un salón en el castillo

Entra HAMLET, *con algunos Cómicos*

HAMLET.—Te ruego que recites el pasaje tal como lo he declamado yo, con soltura y naturalidad, pues si lo haces a voz en grito, como acostumbran muchos de vuestros actores, valdría más que diera mis versos a que los vocease el pregonero. Guárdate también de aserrar demasiado el aire, así, con la mano. Moderación en todo, pues hasta en medio del mismo torrente, tempestad y aun podría decir torbellino de tu pasión, debes tener y mostrar aquella templanza que hace suave y elegante la expresión. ¡Oh!, me hiere el alma oír a un robusto jayán con su enorme peluca desgarrar una pasión hasta convertirla en jirones y verdaderos guiñapos, hendiendo los oídos de los «mosqueteros», que, por lo general, son incapaces de apreciar otra cosa que incomprensibles pantomimas y barullo. De buena gana mandaría azotar a ese energúmeno por exagerar el tipo de Termagante. ¡Esto es ser más herodista que Herodes! ¡Evítalo tú, por favor!

CÓMICO 1.º—Lo prometo a Vuestra Alteza.

HAMLET.—No seas tampoco demasiado tímido; en esto tu propia discreción debe guiarte. Que la acción responda a la palabra y la palabra a la acción, poniendo un especial cuidado en no traspasar los límites de la sencillez de la Naturaleza, porque todo lo que a ella se opone se aparta igualmente del propio fin del arte dramático, cuyo objeto, tanto en su origen como en los tiempos que corren, ha sido y es presentar, por de-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

cirlo así, un espejo a la Humanidad; mostrar a la virtud sus propios rasgos, al vicio su verdadera imagen, y a cada edad y generación su fisonomía y sello característico. De donde resulta que si se recarga la expresión o si ésta languidece, por más que ello haga reír a los ignorantes, no podrá menos de disgustar a los discretos, cuyo dictamen, aunque se trate de un solo hombre, debe pesar más en vuestra estima que el de todo un público compuesto de los otros. ¡Oh!, cómicos hay a quienes he visto representar y a los que he oído elogiar, y en alto grado, que, por no decirlo en malos términos, no teniendo ni acento ni traza de cristianos, de gentiles, ni tan siquiera de hombres, se pavoneaban y vociferaban de tal modo, que llegué a pensar si proponiéndose algún mal artífice de la Naturaleza formar tal casta de hombres, le resultaron unos engendros: ¡tan abominablemente imitaban la Humanidad!

CÓMICO 1.º—Creo que en nuestra compañía se ha corregido bastante ese defecto.

HAMLET.—¡Oh, corregidlo del todo! Y no permitáis que los que hacen de graciosos ejecuten más de lo que les esté indicado, porque algunos de ellos empiezan a dar risotadas para hacer reír a unos cuantos espectadores imbéciles, aun cuando en aquel preciso momento algún punto esencial de la pieza reclame la atención. Esto es indigno, y revela en los insensatos que lo practican la más estúpida pretensión. Id a preparaos. *(Salen los Cómicos.)*

Entran POLONIO, ROSENCRANTZ *y* GUILDENSTERN

(A POLONIO.) ¿Qué tal, señor? ¿Gustará el rey de oír esta obra maestra?

POLONIO.—Sí, señor, al instante, y la reina también.

HAMLET.—Pues encargad a los cómicos que se den prisa. *(Sale* POLONIO. *A* ROSENCRANTZ *y* GUILDENSTERN.) ¿Queréis ir vosotros a ayudarlos para que terminen pronto?

ROSENCRANTZ *y* GUILDENSTERN.—Con mucho gusto, señor. *(Salen* ROSENCRANTZ *y* GUILDENSTERN.)

Entra HORACIO

HAMLET.—¿Quién es? ¡Ah!, Horacio.

HORACIO.—Aquí me tenéis, amable señor, a vuestras órdenes.

HAMLET.—Horacio, eres precisamente el hombre más cabal de cuantos he tratado en mi vida.

HORACIO.—¡Oh querido príncipe!

HAMLET.—No, no creas que te adulo: pues ¿qué utilidad puedo esperar de ti, que para sustentarte y vestirte no tienes más rentas que tus buenas dotes? ¿A qué adular al pobre? No, deja que la melosa lengua lama la pompa estúpida, y que los goznes de la servil rodilla se doblen allí donde el lucro pueda seguir a la lisonja. ¿Me oyes? Desde que mi querida alma fué dueña de escoger y supo distinguir entre los hombres, te marcó a ti con el sello de su elección, porque siempre, desgraciado o feliz, has recibido con igual semblante los favores y reveses de la Fortuna. ¡Dichosos aquellos cuyo temperamento y juicio se hallan tan bien equilibrados, que no son entre los dedos de la Fortuna como un caramillo que suena por el punto que a ésta se le antoja! ¡Dadme un hombre que no sea esclavo de sus pasiones, y yo le colocaré en el centro de mi corazón: sí, en el corazón de mi corazón; como te guardo a ti! Pero no hablemos más de esto. Esta noche se representará un drama ante el rey, y en él hay una escena de cierto parecido con las circunstancias que te conté de la muerte de mi padre. Te suplico que cuando llegue dicho paso observes a mi tío con toda la penetración de tu alma. Si su oculto crimen no aparece al descubierto en determinado pasaje de la pieza, es que era un espíritu infernal lo que vimos, y todas mis cavilaciones más negras que la

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

fragua de Vulcano. Fíjate en él con la mayor atención. Por mi parte, mis ojos estarán clavados en su cara, y después uniremos nuestras observaciones para juzgar lo que su exterior nos anuncie.

HORACIO.—Está bien, señor. Si durante la representación se sustrae algo a mi perspicacia, yo pago el hurto.

HAMLET.—Ya vienen a la función. Vuelvo a hacerme el loco. Vete a tomar asiento.

Marcha danesa. Suenan las trompetas. Entran el REY, *la* REINA, POLONIO, OFELIA, ROSENCRANTZ, GUILDENSTERN *y otros Señores del séquito, acompañados por Guardias con antorchas*

REY.—¿Cómo os va, sobrino Hamlet?

HAMLET. — Perfectamente, señor. Me mantengo del aire, como el camaleón. Engordo de esperanzas. No podréis vos cebar así vuestros faisanes.

REY.—Nada tengo que ver con esa respuesta, Hamlet; no son mías esas palabras.

HAMLET.—No, ni mías ya. *(A* POLONIO.) ¿Es verdad, amigo, que una vez representasteis en la Universidad, según decís?

POLONIO.—Sí, Alteza, y tenía fama de buen actor.

HAMLET. — Y ¿qué papel representasteis?

POLONIO.—El de Julio César. Bruto me asesinaba en el Capitolio.

HAMLET.—¡Valiente brutalidad matar a tan distinguido compañero! *(A* ROSENCRANTZ.) ¿Están listos los cómicos?

ROSENCRANTZ. — Sí, señor; aguardan tan sólo vuestras órdenes.

REINA. — Ven acá, querido Hamlet; siéntate a mi lado.

HAMLET.—No, buena madre. *(Señalando a* OFELIA.) He aquí un imán más atractivo.

POLONIO.—*(Al* REY.) ¡Oh, oh! ¿Habéis notado eso?

HAMLET.—*(A* OFELIA.) Señora, ¿me permitís reposar en vuestra falda? *(Sentándose en el suelo a los pies de* OFELIA.)

OFELIA.—No, señor.

HAMLET.—Quiero decir reposar la cabeza en vuestra falda.

OFELIA.—Sí, señor.

HAMLET.—¿Pensáis que quería decir alguna cosa fea?

OFELIA.—No pienso nada, señor.

HAMLET.—¡Linda idea la de reposar entre las piernas de una doncella!

OFELIA.—¿Qué decís, señor?

HAMLET.—Nada.

OFELIA.—Estáis alegre, señor.

HAMLET.—¿Quién, yo?

OFELIA.—Sí, señor.

HAMLET.—¡Oh cielos! ¡Sólo para vos soy el bufón! ¿Qué ha de hacer uno sino estar alegre? Y si no, mirad qué aire más risueño tiene mi madre, y mi padre hace dos horas que murió.

OFELIA.—¡Cómo! Dos veces dos meses, señor.

HAMLET.—¿Tanto tiempo? ¡Pues, entonces, vístase de luto el diablo, que yo quiero un traje de piel de marta!... ¡Oh cielos! ¡Dos meses ha que murió y no lo han olvidado todavía! De esa manera, bien puede esperarse que la memoria de un gran hombre le sobreviva medio año. Pero, ¡Virgen santa!, fuerza será que funde iglesias; de lo contrario, tendrá que resignarse al olvido, como el caballito de palo cuyo epitafio dice: «Pues, ¡ay!, pues, ¡ay!, se murió el caballito de palo y nadie le mienta así que murió.»

Música de oboes. Empieza la pantomima. Entran un REY *y una* REINA *con aire muy amoroso. Se abrazan. Ella se arrodilla y hace ademán de protestarle amor. El la levanta y reclina la cabeza en su seno; luego se tiende sobre un lecho de flores; ella, viéndole dormido, se retira. Aparece en seguida otro* CABALLERO, *el cual le quita la corona al* REY, *le besa, vierte veneno en el oído del Monarca y desaparece. Vuelve la* REINA, *encuentra muerto a su esposo y hace gestos de desesperación. El envenenador, acompañado de uno, dos o tres personajes mudos, entra de nuevo, aparentando lamentarse con ella. El cadáver es conducido fuera del escenario. El envenenador corteja a la* REINA, *obsequián-*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

dola con presentes; ella se resiste un poco y le rechaza; pero al fin acepta su amor. Salen.

OFELIA.—¿Qué significa esto, señor?

HAMLET.—¡Bah! Una leve fechoría; lo que en términos vulgares se llama un crimen.

OFELIA.—Quizá encierre la pantomima el argumento del drama.

Entra el PRÓLOGO

HAMLET.—Lo sabremos por ese compañero. Los cómicos no pueden guardar secretos. Todo lo han de decir.

OFELIA.—¿Y nos dirá lo que significa ese espectáculo?

HAMLET.—Sí, como cualquier otro que queráis exhibirle. Como vos no os avergoncéis de exhibir, lo que es él no se avergonzará de deciros lo que significa.

OFELIA.—¡Qué malo sois, qué malo!... Dejadme oir la obra.

PRÓLOGO.

> os pedimos que, pacientes,
> escuchéis nuestra tragedia,
> sometiéndonos humildes
> a vuestro fallo y clemencia.
>
> *(Sale.)*

HAMLET.—¿Esto es prólogo, o mote de sortija?

OFELIA.—¡Qué breve ha sido!

HAMLET.—Como amor de mujer.

Entran dos Actores, que hacen de rey (GONZAGO), *y de reina* (BAUTISTA)

ACTOR REY.—Treinta vueltas completas ha dado el carro de Apolo a las salobres ondas de Neptuno y a la región esférica de Tellos y treinta docenas de lunas, con fulgor prestado, dieron doce treintenas de veces la vuelta al mundo, desde que Amor e Himeneo, aquél los corazones y éste las manos, nos unieron mutuamente en lazos sacratísimos.

ACTOR REINA.—Y otras tantas jornadas nos dejan contar el sol y la luna antes que nuestro amor se extinga. Pero ¡ay de mí! De algún tiempo a esta parte tan doliente os veo, tan lejos de la alegría de vuestro antiguo estado, que siento gran zozobra por vos. Mas, por grande que ésta sea, no debe en modo alguno pertubaros, pues sabéis, dueño mío, que en la mujer el recelo y el cariño corren entre sí parejas: o nulos ambos, o ambos en extremo. Pues bien: lo que es mi amor las pruebas os lo han dicho, y tan grande como mi amor es mi recelo. Donde es grande el amor, la más leve aprensión temor se vuelve; y donde crecen los temores, allí vencen los amores.

ACTOR REY.—En verdad, amor mío, he de dejarte, y he de dejarte en breve. Mis potencias activas dejan ya de ejercer sus funciones, y tú me sobrevivirás en este hermoso mundo, respetada, querida, y acaso no faltará quien sea bastante tierno para esposo, y tú...

ACTOR REINA.—¡Calla, por Dios! Semejante amor sería en mi pecho traición probada. ¡En un segundo esposo sea yo maldita! Nadie se casa con el segundo que no haya muerto al primero.

HAMLET.—*(Aparte.)* ¡Ajenjo, ajenjo!

ACTOR REINA.—Los móviles que incitan a un segundo matrimonio son viles razones de lucro, jamás de amor. Por segunda vez mato a mi difunto, si el segundo esposo me besa en el tálamo.

ACTOR REY.—Opino que pensáis tal cual decís; pero quebrantamos a menudo nuestras resoluciones. El propósito no es más que el esclavo de la memoria: muy brusco, en su nacimiento, pero de escasa validez. Ahora está adherido al árbol, como acerbo fruto; mas cae por sí solo no bien se halla en sazón. Es absolutamente inevitable que olvidemos pagarnos lo que nos debemos a nosotros mismos. Lo que nos proponemos en el calor de la pasión, calmada la pasión, lo abandonamos. La violencia misma del dolor o del placer destruye juntamente con ellos sus propias acciones. Donde más se huelga el gozo, más se lamenta el dolor; la alegría se aflige y la aflicción se alegra al más ligero accidente.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

No siempre es perdurable nuestro mundo, y así, no es extraño que hasta nuestro amor cambie con nuestra fortuna; que es cuestión aún por resolver si el amor gobierna a la fortuna o la fortuna al amor. Cae el potentado, y veis a sus favoritos huir de él; encúmbrase el miserable, y de sus enemigos hace amigos. Y hasta tal punto es el amor esclavo de la fortuna, que a aquel que no lo necesita jamás le faltará un amigo, y aquel que en la penuria prueba a un aparente amigo, conviértele al momento en su enemigo. Mas, para terminar debidamente lo que había empezado, nuestras voluntades y nuestros destino corren por tan opuestas sendas, que siempre quedan derrumbados nuestros planes. Somos dueños de nuestros pensamientos; su ejecución, sin embargo, no es ajena. Así, imaginas que nunca has de tomar segundo esposo; pero morirá tu pensamiento en cuanto muera tu señor.

ACTOR REINA.—¡Niégueme el sustento la tierra y la luz el cielo! ¡Rehúsenme sus placeres y reposo el día y la noche! ¡Cámbiense en desesperación mi fe y mi esperanza! ¡Sea toda la aspiración de mi vida la austera reclusión de un ermitaño! ¡Que todas las contrariedades que hacen palidecer el semblante de la alegría salgan al paso de mis ilusiones y las destruyan! ¡Que así en este mundo como en el otro una eterna adversidad me persiga si, una vez viuda, vuelvo a ser esposa!

HAMLET.—¿Y si ahora quebrantara ella el voto?

ACTOR REY.—¡Solemne juramento ha sido! Déjame aquí un instante, amada mía. Languidecen mis fuerzas, y quisiera burlar el tedio del día con el sueño. *(Se duerme.)*

ACTOR REINA.—¡Arrulle el sueño tu mente, y que nunca entre nosotros se interponga la desgracia! *(Sale.)*

HAMLET.—¿Qué tal os va pareciendo la pieza, señora?

REINA.—Me parece que la dama promete demasiado.

HAMLET.—¡Oh! Pero cumplirá su palabra.

REY.—¿Te has enterado bien del argumento? No hay en él nada ofensivo.

HAMLET.—No, no. Todo es pura broma; veneno de broma. Pero absolutamente nada ofensivo.

REY.—¿Cómo se titula la obra?

HAMLET.—*La Ratonera.* ¿Qué cómo se entiende eso? Pues en sentido figurado. Este drama representa un asesinato cometido en Viena. El duque se llama Gonzago, y su mujer, Bautista. Ahora lo veréis. ¡Es un enredo diabólico! Pero ¿qué importa? A Vuestra Majestad y a nosotros, que tenemos inocente el alma, no puede afectarnos. Cocee el rocín lleno de mataduras. Nosotros no tenemos desollado el lomo.

Entra LUCIANO

Este es un tal Luciano, sobrino del rey.

OFELIA.—Representáis perfectamente el papel de coro, señor.

HAMLET.—Podría hacer de intérprete entre vos y vuestro amante con sólo que os viera retozar en la escena como títeres.

OFELIA.—¡Qué agudo sois, señor, qué agudo!

HAMLET.—Con un suspiro embotaréis mi punta.

OFELIA.—¡Siempre de mal en peor!

HAMLET.—Así soléis proceder en la elección de vuestros maridos. *(A* LUCIANO.) ¡Vamos, empieza, asesino! ¡Mala peste! ¡Deja esas muecas de condenado y principia de una vez! Venga: «El cuervo graznador grita venganza!» (1).

LUCIANO.—¡Negro el designio, pronta la mano, dispuesto el tósigo, propicia la hora, cómplice la ocasión, y sin testigos! ¡Violenta mixtura de venenosas plantas, cogidas a medianoche, tres veces infecta, tres veces empozoñada con

(1) Esta es, sin duda, la frase convenida con el actor para que recite la interpolación escrita por Hamlet.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

la maldición de Hécate; que tus naturales virtudes mágicas y deletéreas le arranquen instantáneamente la vida en plena salud! *(Vierte el veneno en el oído del* REY *durmiente.)*

HAMLET.—*(Mirando al* REY *con fijeza.)* ¡Le envenena en el jardín para usurparle la corona! ¡Y se llama Gonzago! ¡La historia es verdadera y corre escrita en selecto italiano! ¡Ahora veréis cómo la esposa de Gonzago se enamora del asesino! *(El* REY, *visiblemente turbado, se levanta, disponiéndose a salir del salón.)*

OFELIA.—El rey se levanta.

HAMLET.—¡Qué! ¿Le asusta el fuego fatuo?

REINA.—*(Al* REY.) ¿Cómo os sentís, señor?

POLONIO.—*(A los Actores.)* ¡Suspended la representación!

REY.—¡Traed luz! ¡Salgamos!

TODOS.—¡Luces, luces, luces! *(Salen todos, menos* HAMLET *y* HORACIO.)

HAMLET.—*(Cantando.)*

Dejad que huya gimiendo el ciervo herido
y el corzo ileso siga retozando.
Cuando uno vela, el otro está dormido,
y de este modo el mundo va marchando.

¿No te parece, amigo, que con esto, un bosque de plumas y un par de rosas de Provenza en mis zapatos acuchillados, si en lo venidero la suerte me tratara a la baqueta, podría procurarme un puesto en una compañía de cómicos?

HORACIO.—A media ración.

HAMLET.—¡Qué! ¡A ración entera!

Pues bien lo sabes tú, Damón querido;
este reino que miras destruído
tuvo por rey a Jove; mas discurro
que ahora gobierna aquí un solemne... pavo

HORACIO.—Podías haber rimado...

HAMLET.—¡Ah mi buen Horacio! ¡Mil libras apuesto ahora por la palabra del espectro! ¿Advertiste...?

HORACIO.—Perfectamente, señor.

HAMLET.—¿Al tratarse del envenenamiento?

HORACIO.—Muy bien que lo noté.

HAMLET.—¡Ah, ja! ¡Venga un poco de música! ¡Vengan los caramillos!

Que si al rey la comedia no le gusta...
será, supongo yo, que le disgusta.

¡Vamos, un poco de música!

Entran ROSENCRANTZ *y* GUILDENSTERN

GUILDENSTERN.—Amable señor, ¿me permitís que os diga una palabra?

HAMLET.—Y toda una historia, caballero.

GUILDENSTERN.—El rey, señor...

HAMLET.—Muy bien; ¿qué le sucede?

GUILDENSTERN.—Se ha retirado a su aposento muy destemplado.

HAMLET.—¿Por la bebida?

GUILDENSTERN.—No, señor; por la cólera.

HAMLET.—Hubierais dado muestras de mayor sensatez yendo a contárselo a su médico, pues si yo me encargara de su purga, pudiera acrecentársele la cólera.

GUILDENSTERN.—Señor, dad a vuestro discurso algún sentido, y no os desentendáis tan bruscamente de la cuestión.

HAMLET.—Vamos, ya estamos en sosiego. Hablad, amigo.

GUILDENSTERN.—La reina, vuestra madre, sumida en la mayor aflicción de espíritu, me envía a buscaros.

HAMLET.—Muy bien venido.

GUILDENSTERN.—No, querido señor; esa cortesía no es sincera. Si tenéis a bien darme una contestación sensata, cumpliré el mandato de vuestra madre; si no, con pediros perdón y volverme, termina mi misión.

HAMLET.—Pues, señor, no puedo...

GUILDENSTERN.—¿Cómo?

HAMLET.—... daros una contestación sensata. Mi razón está enferma; pero, señor, tal como pueda dárosla, disponed de ella, o más bien, según decís mi madre. De consiguiente, basta de rodeos y vamos al grano. Mi madre, decís...

ROSENCRANTZ.—Pues he aquí lo que di-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ce: que vuestra conducta la ha sobrecogido de asombro y estupor.

HAMLET.—¡Oh hijo portentoso, que así puede asombrar a una madre! Pero ¿no trae cola este asombro de una madre? Vamos, decid.

ROSENCRANTZ.—Desea hablar con vos en su gabinete antes que os vayáis a la cama.

HAMLET.—Obedeceremos, así fuera diez veces nuestra madre. ¿Tenéis algún otro asunto que tratar conmigo?

ROSENCRANTZ.—Señor, en otro tiempo me estimabais.

HAMLET.—Y os estimo todavía; lo juro por estas manos pecadoras.

ROSENCRANTZ.—Querido príncipe, ¿cuál es la causa de vuestra perturbación? Indudablemente, cerráis la puerta a vuestro desahogo, al no querer comunicar con vuestros amigos los pesares que sentís.

HAMLET.—Necesito medrar.

ROSENCRANTZ.—¿Cómo es posible, cuando contáis con el voto del mismo rey para sucederle en el trono de Dinamarca?

HAMLET.—Sí, amigo; pero «mientras crece la hierba...» Algo rancio es el proverbio.

Entran algunos Cómicos con caramillos

¡Oh, los caramillos! Dejadme uno. *(Toma un caramillo. A* GUILDENSTERN.) Y ahora, para *inter nos*, decid: ¿por qué acecháis, tratando de ganarme el viento, como si pretendierais cogerme en algún lazo?

GUILDENSTERN.—¡Oh querido príncipe! Si mi celo es temerario, mi afección peca de torpe.

HAMLET.—No entiendo bien eso. ¿Queréis tocar este caramillo?

GUILDENSTERN.—Señor, no sé.

HAMLET.—Os lo ruego.

GUILDENSTERN.—Creedme, no sé.

HAMLET.—Os lo suplico.

GUILDENSTERN.—Señor, desconozco del todo su manejo.

HAMLET.—Es tan fácil como el mentir; pulsad estos agujeros con los dedos; dadle aire con los labios, y el instrumento exhalará la más elocuente música. Mirad: éstos son los registros.

GUILDENSTERN.—Bien; pero no sé hacerles expresar ninguna melodía. Carezco de habilidad.

HAMLET.—Pues ¡ved ahora qué indigna criatura hacéis de mí! Queréis tañerme; tratáis de aparentar que conocéis mis registros; intentáis arrancarme lo más íntimo de mis secretos; pretendéis sondearme, haciendo que emita desde la nota más grave hasta la más aguda de mi diapasón; y habiendo tanta abundancia de música y tan excelente voz en este pequeño órgano, vosotros, sin embargo, no podéis hacerle hablar. ¡Vive Dios! ¿Pensáis que soy más fácil de pulsar que un caramillo? Tomadme por el instrumento que mejor os plazca, y por mucho que me trasteéis, os aseguro que no conseguiréis sacar de mí sonido alguno.

Entra POLONIO

(A POLONIO.) Dios os bendiga, amigo.

POLONIO.—Señor, la reina quisiera hablaros inmediatamente.

HAMLET.—¿Veis aquella nube cuya forma es muy semejante a un camello?

POLONIO.—Por la misa, y que parece un camello realmente.

HAMLET.—Yo creo que parece una comadreja.

POLONIO.—Tiene el dorso de una comadreja.

HAMLET.—O de una ballena.

POLONIO.—Exacto; de una ballena.

HAMLET.—Pues voy al punto a ver a mi madre. *(Aparte.)* ¡Me van a volver loco de veras, y hasta el extremo de estallar! *(Alto.)* Iré al instante.

POLONIO.—Así voy a decírselo. *(Sale* POLONIO.)

HAMLET.—«Al instante» es cosa que se dice pronto. Dejadme solo, amigos. *(Salen todos, menos* HAMLET.) ¡He aquí la

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

hora de los hechizos nocturnos, cuando bostezan las tumbas, y el mismo infierno exhala su soplo pestilente sobre el mundo! ¡Ahora podría yo sorber sangre caliente y ejecutar tales horrores, que el día se estremeciera al contemplarlos! ¡Calma!... Vamos a mi madre. ¡Oh corazón mío, no pierdas tu sensibilidad! ¡Que el alma de Nerón no halle cabida en este firme pecho! ¡Sea yo cruel, mas no inhumano! ¡No usaré del puñal, aunque puñales serán para ella mis palabras! ¡Que mi lengua, como mi alma, sean en esto hipócritas, y por mucho que la amenace y la zahiera con mis execraciones, no consientas, alma mía, en sellarlas con la acción! *(Sale.)*

ESCENA III

Una estancia en el castillo

Entran el REY, ROSENCRANTZ *y* GUILDENSTERN

REY.—No me agrada, ni es seguro para nosotros, dar rienda suelta a su locura. Por consiguiente, preparaos; despacharé sin demora vuestra comisión y partirá con vosotros a Inglaterra. Las circunstancias de nuestro Estado no permiten consentir peligros tan inminentes como los que a cada instante originan los accesos de demencia.

GUILDENSTERN.—Dispondremos nuestra marcha. Muy justo y sagrado celo es velar por la seguridad de tantos y tantos seres cuya vida y sustento dependen de Vuestra Majestad.

ROSENCRANTZ.—Si un simple particular está obligado a defender su vida con toda la fuerza y vigor de su talento, mucho más lo estará aquel en cuyo bienestar estriba y descansa la existencia de multitudes. Cuando sucumbe el monarca, la majestad real no muere sola, sino que, como un vórtice, arrastra consigo cuanto le rodea; es como una formidable rueda fija en la cumbre de una altísima motaña, y a cuyos enormes rayos están sujetas y adheridas diez mil piezas menores, que, al derrumbarse, arrastra consigo todos estos débiles adminículos que, como séquito mezquino, la acompañan en su impetuosa ruina. Nunca exhaló el rey a solas un suspiro sin que gima con él la nación entera (1).

REY.—Por favor, aprestaos para este precipitado viaje, pues queremos sujetar este peligro que ahora anda demasiado suelto.

ROSENCRANTZ.—Nos daremos prisa. *(Salen* ROSENCRANTZ *y* GUILDENSTERN.)

Entra POLONIO

POLONIO.—Señor, ya se dirige al cuarto de su madre. Voy a esconderme detrás de los tapices para enterarme de lo que ocurra. Os aseguro que ella le va a reñir de firme; pero, como dijisteis, y muy discretamente dicho, bueno será que algún otro oyente, además de su madre (ya que la natural ternura las hace a éstas parciales), escuche en condiciones ventajosas la conversación. Pasadlo bien, soberano mío. Iré a veros antes de acostaros, y os diré lo que averigüe.

REY.—Gracias, querido amigo. *(Sale* POLONIO.) ¡Oh, atroz es mi delito! ¡Su corrompido hedor llega hasta el cielo! ¡Sobre él pesa la más antigua de las maldiciones: la del fratricidio! No puedo orar, aunque la inclinación sea en mí tan fuerte como la voluntad. La fuerza de mi propósito cede a la mayor fuerza del crimen, y como un hombre ligado a dos tareas, quedóme perplejo sin saber por dónde empezar, y a entrambas desatiendo. Pero aunque esta maldita mano se hubiera encallecido con sangre fraternal, ¿no habría bastante lluvia en el clemente cielo para lavarla hasta dejarla limpia como la nieve? ¿Para qué sirve la misericordia si no es para afrontar el rostro del crimen? Y ¿qué hay en la oración si no es la doble virtud de precavernos para no caer y de

(1) Porque, como escribe nuestro gran Quevedo, con inimitable expresión: «Cuando los súbditos se quejan, el rey les duele.»

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

hacernos perdonar cuando caemos? Alcemos, pues, la vista al cielo; mi crimen se ha consumado ya. Pero, ¡ay!, ¿qué forma de oración podrá valerme en este trance? «¡Perdóname el horrendo asesinato que cometí!» «No, no puede ser, puesto que sigo aún en posesión de todo aquello por lo cual cometí el crimen: la corona, objeto de mi ambición, y mi esposa, la reina. ¿Puede uno lograr perdón reteniendo los frutos del delito? En las corrompidas corrientes de este mundo, la dorada mano del crimen puede torcer la ley, y a menudo se ha visto al mismo lucro infame sobornar la justicia. Mas no sucede así allá arriba. Allí no valen subterfugios; allí la acción se muestra tal cual es, y nosotros mismos nos vemos obligados a reconocer sin rebozo nuestras culpas, precisamente cara a cara de ellas. ¿Qué hacer, pues? ¿Qué recurso me queda? Probemos lo que puede el arrepentimiento. ¿Qué no podrá? Y, sin embargo, ¿qué podrá cuando uno no puede arrepentirse? ¡Oh miserable condición la mía! ¡Oh corazón negro como la muerte! ¡Oh alma mía, cogida como un pájaro en la liga, que cuanto más pugnas por librarte, más te prendes! ¡Oh ángeles del cielo, socorredme! ¡Oh rígidas rodillas, doblegaos! Y tú, corazón duro, ablanda tus fibras de acero como los nervios de un recién nacido! *(Retrocede y se arrodilla.)*

Entra HAMLET

HAMLET.—¡Ahora podría hacerlo, ahora que reza; y ahora lo haré! *(Desenvaina la espada, avanza unos pasos y se detiene.)* Pero así va al cielo, y de tal modo quedo vengado... Hay que reflexionar... Un infame asesina a mi padre y yo, su hijo, aseguro al malhechor la gloria. ¡Cómo! Eso fuera premio y remuneración, que no venganza. ¡El sorprendió a mi padre en la grosera hartura del hinchado de pan; con todas sus culpas en plena flor, tan lozanas como una planta en mayo! Y ¿quién, salvo Dios, sabe cómo saldó su cuenta? Aunque todos los indicios me inclinan a pensar cuán dura es su desgracia. Y ¿queda cumplida la venganza hirendo al delincuente mientras purifica su espíritu, cuando se halla dispuesto y preparado para fatal trance? ¡No, vuelve a tu sitio, espada *(Envaina.)*, y elige otra ocasión, más azarosa! Cuando duerma en la embriaguez, o se halle encolerizado; en el deleite incestuoso de su lecho; jugando, blasfemando, o en acto tal que no tenga esperanza de salvación. ¡Precipítale entonces de tal modo, que sus talones tiren coces al cielo y sea su alma tan negra y condenada como el infierno adonde se desploma! Mi madre me aguarda. *(Al* REY.) ¡Esta droga no hará más que prolongar tus moribundos días! *(Sale.)*

REY.—*(Levantándose.)* Mis palabras vuelan a lo alto; mis pensamientos quedan en tierra; palabras sin pensamientos no van al cielo. *(Sale.)*

ESCENA IV

Gabinete de la reina

Entran la REINA *y* POLONIO

POLONIO.—Vendrá ahora mismo. Acometedlo a fondo; decidle que sus locuras han sido demasiado atrevidas para que puedan tolerarse, y que Vuestra Gracia le ha amparado, interponiéndose entre él y la ardiente cólera que suscitara... Yo voy a esconderme aquí mismo. ¡Os ruego que le habléis claro!

HAMLET.—*(Dentro.)* ¡Madre, madre, madre!...

REINA.—Os lo aseguro; no temáis, por mí. Retiraos; oigo que viene. *(Se sienta.* POLONIO *se oculta detrás de un tapiz.)*

Entra HAMLET

HAMLET.—¡Hola, madre! ¿Qué hay?

REINA.—Hamlet, tienes muy ofendido a tu padre.

HAMLET.—Madre, tenéis muy ofendido a mi padre.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

REINA.—Vaya, vaya, estás respondiendo con lengua insensata.

HAMLET.—Toma, toma, estás preguntando con lengua procaz.

REINA.—¡Cómo! ¿Qué es eso, Hamlet?

HAMLET.—Pues ¿qué pasa?

REINA.—¿Has olvidado quién soy?

HAMLET.—¡No, por la cruz bendita!... Sois la reina, la esposa del hermano de vuestro anterior marido, y (¡ojalá no fuera así!) sois mi madre.

REINA.—*(Levantándose.)* Pues bien: voy a mandarte algunos que sepan entenderse contigo.

HAMLET.—*(Cogiendo a la* REINA *por el brazo y obligándola a sentarse.)* ¡Vamos, vamos! ¡Sentaos; no os moveréis de aquí, ni saldréis hasta que os haya puesto ante un espejo donde veáis lo más íntimo de vuestro ser!

REINA.—¿Qué intentas? ¿Quieres matarme? ¡Oh! ¡Socorro, socorro!

POLONIO.—*(Detrás del tapiz.)* ¿Qué pasa? ¡Oh! ¡Socorro, socorro!

HAMLET.—*(Desenvainando.)* ¿Qué es eso? ¿Un ratón? *(Tira una estocada a través del tapiz.)* ¡Muerto! ¡Un ducado a que está muerto!

POLONIO.—*(Detrás del tapiz.)* ¡Oh! ¡Me han matado!

REINA.—¡Ay de mí! ¿Qué has hecho?

HAMLET.—Y ¿qué se yo? ¿Es el rey?

REINA.—¡Oh, qué acción más loca y criminal!

HAMLET.—¡Criminal! ¡Casi tan horrible, buena madre, como matar a un rey y casarse luego con su hermano!

REINA.—¡Matar a un rey!

HAMLET.—Sí, señora; ésas son mis palabras. *(Levanta el tapiz y descubre el cadáver de* POLONIO.) Y tú, miserable, temerario, entremetido bobo, ¡adiós! Te había tomado por alguien más elevado; sufre tu suerte. Ya ves cómo tiene sus riesgos el ser demasiado oficioso. *(Deja caer el tapiz. A la* REINA.) ¡Cesad, de retorceros las manos! ¡Calma, calma! ¡Sentaos, y dejad que yo os retuerza el corazón! ¡Que eso es lo que voy a hacer, si está hecho de sustancia penetrable, si el hábito del mal no lo ha acorazado de tal modo que se halle a prueba de sentimiento!

REINA.—Pero ¿qué he hecho yo para que así te atrevas a soltar la lengua y con tal aspereza me insultes?

HAMLET.—Una acción que empaña la gracia y el sonrojo del pudor; tacha de hipócrita a la virtud; arrebata su rosa a la tersa frente del amor puro, dejando allí una infame llaga; hace los votos conyugales tan falsos como juramentos de tahur; ¡oh!, una acción tal que del cuerpo del santo vínculo arranca su mismo espíritu y convierte la dulce religión en loca algarabía. ¡Inflama el rostro de los cielos, sí, y hasta esta sólida y compacta masa del mundo, con doliente aspecto, cual si se acercara el Juicio final, se siente acongojada por tal acto!

REINA.—¡Ay de mí! ¿Qué acción es ésa, cuyo solo anuncio retumba con tan fuertes rugidos?

HAMLET.—Mirad aquí este cuadro y este otro, representación en lienzo de dos hermanos. Ved cuánta gracia reside en este rostro: los rizos de Apolo, la frente del mismo Júpiter, los ojos como de Marte, por su imperio y su amenaza; un continente como el de Mercurio, el mensajero, cuando acaba de posarse en la cima de un monte que besa el cielo; un conjunto de perfecciones, ciertamente, donde no parece sino que todos los dioses quisieron poner su sello para ofrecer al mundo un prototipo de hombre. Este era vuestro esposo. Mirad ahora el que sigue. Ahí está vuestro marido, cual espiga atizonada, que agosta a su gallardo hermano. ¿Tenéis ojos? ¿Pudisteis dejar de pacer en esta hermosa colina, para bajar a cebaros en tan cenagoso pantano? ¡Ah! ¿Tenéis ojos? No me digáis que eso es amor, porque a vuestra edad aplaca la sangre sus ardores, volviéndose sumisa y obediente a la prudencia. Y ¿qué prudencia descendería de éste a este otro? Algún sentido tendréis, seguramente, pues de no ser así carecierais de afección; pero con segu-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ridad que ese sentido está en vos paralizado, pues ni la misma locura padecería tal yerro, ni el buen sentido se esclavizó nunca al delirio hasta un extremo que no conservase suficiente discernimiento para apreciar semejante distinción. ¿Qué demonio fué, pues, el que os burló en este juego de la gallina ciega? La vista sin tacto, el tacto sin vista, el oído sin manos o sin ojos, el olfato puro y simple, la más insignificante parte de un solo y sano sentido, hubiera bastado a impedir la estupidez. ¡Oh vergüenza! ¿Dónde está tu rubor? Si tú, rebelde infierno, puede amotinarte en los huesos de una matrona, deja que para la ardiente juventud sea la castidad como la cera y se derrita en su propio fuego. No clames oprobio cuando el imperioso ardor corre al asalto, puesto que el mismo hielo se enardece tan vivamente y la razón trafica con la carne.

REINA.—¡Oh Hamlet, no digas más! ¡Me haces volver los ojos alma dentro, y allí distingo tan negras y profundas manchas, que nunca podrán borrarse!

HAMLET.—¡Y todo no más que para vivir entre el hediondo sudor de un lecho infecto, encenagado en la corrupción, prodigando halagos y amorosos mimos en una inmunda sentina!

REINA.—¡Oh! ¡Basta, basta! ¡Esas palabras penetran como puñales en mis oídos! ¡No más, querido Hamlet!

HAMLET.—¡Un asesino y malvado, un miserable que no vale ni la centésima parte de vuestro primer esposo; un rey de farsa; un corta bolsas del reino y del poder, que hurtó de un anaquel la preciosa diadema y se la metió en el bolsillo!...

REINA.—¡Basta!

HAMLET.—...¡Un rey de parches y remiendos!...

Entra la SOMBRA

HAMLET.—*(Cayendo de rodillas.)* ¡Oh! ¡Salvadme y guarecedme con vuestras alas, celestes guardianes! *(Al Espectro.)* ¿Qué deseáis, sombra venerada?

REINA.—*(Aparte.)* ¡Ay, loco está!

HAMLET.—¿Venís acaso a reprender la negligencia de vuestro hijo, que, tardo en la oportunidad y vehemencia de la pasión, olvida el ineludible cumplimiento de vuestros respetables mandatos? ¡Oh hablad!

SOMBRA.—No lo olvides. Vengo a verte sólo para aguzar tu casi embotada resolución. Pero observa cómo el espanto se apodera de tu madre. Interponte en la lucha que sostiene con su alma, que en los cuerpos más débiles la fantasía obra con más fuerza. Háblale, Hamlet.

HAMLET.—*(A la* REINA.) ¿Cómo os sentís, señora?

REINA.—¡Ay! ¿Cómo te sientes tú, que fijas tus miradas en el vacío y mantienes conversación con el aire incorpóreo? ¡Por tus ojos asoman fieramente tus espíritus, y como soldados sorprendidos en el sueño por el toque de alarma, tus alisados cabellos, cual excrecencias vivas, se enderezan y ponen de punta! ¡Oh hijo de mi vida! ¡Vierte un rocío de fría templanza en el ardiente fuego de tu sobreexcitación! ¿Adónde miras?

HAMLET.—*(Señalando al Espectro.)* ¡A él, a él! ¡Ved cuán pálido deslumbra! ¡Su presencia y su causa unidas, predicando a las piedras, llegarían a ablandarlas! *(Al Espectro.)* ¡No me miréis así; no sea que ese ademán tan lastimero aplaque mis fieros propósitos! ¡Porque entonces perdería su verdadero matiz lo que debo realizar, corriendo lágrimas en vez de sangre!

REINA.—Pero ¿a quién dices eso?

HAMLET.—¿No veis nada allí?

REINA.—Nada absolutamente, y, sin embargo, veo cuanto hay a mi alrededor.

HAMLET.—¿No oísteis tampoco?

REINA.—No; vuestras voces tan sólo.

HAMLET.—¡Cómo! ¡Mirad allí! ¡Ved cómo se aleja a hurtadillas! ¡Mi padre, con el traje que usaba en vida! ¡Vedle en ese momento salir por el pórtico! *(Sale la* SOMBRA.)

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

REINA.—Eso no es más que invención de tu cerebro! ¡El delirio es muy diestro en esas quiméricas creaciones!

HAMLET.—¡El delirio! Mi pulso, como el vuestro, late acompasadamente y con igual saludable ritmo. No hay demencia en lo que acabo de proferir; ponedme a prueba, y os lo repetiré todo, palabra por palabra, de lo cual huiría a brincos la locura. Por la gracia de Dios, madre, no vertáis sobre vuestra alma la unción halagadora de creer que no es vuestro delito, sino mi locura, lo que os habla. Eso no haría más que cubrir y encallecer la úlcera, mientras la hedionda gangrena, minando el interior, lo infectaría todo solapadamente. Confesaos al Cielo; arrepentíos de lo pasado, evitad lo venidero, y no arrojéis estiércol a la cizaña para aumentar su lozanía. Perdonad este desahogo a mi virtud, porque, en la grosera sensualidad de nuestros tiempos, la virtud misma ha de pedir perdón al vicio, y aun debe a sus pies postrarse, implorando su gracia, para hacerle bien.

REINA.—¡Oh Hamlet, me has partido en dos el corazón!

HAMLET.—Pues arrojad de él la peor parte y vivid más pura con la otra ¡Buenas noches! Pero no volváis al lecho de mi tío; aparentad al menos cierta virtud, si es que la tenéis. La costumbre, ese monstruo que devora todo sentimiento, a pesar de ser un demonio en materia de hábitos, es un ángel, sin embargo, en cuanto que, para ejecutar bellas y nobles acciones, también nos proporciona un sayo o una librea de fácil quita y pon. Refrenaos esta noche; eso hará algo más fácil la próxima abstinencia, y aun más fácil la siguiente, puesto que la costumbre puede casi cambiar el sello de la Naturaleza y es capaz de domeñar al diablo o de arrojarlo con fuerza prodigiosa. ¡Buenas noches!, repito, y cuando aspiréis de veras a la gracia del Cielo, yo imploraré por vos la bendición. En cuanto a este señor *(Señalando a* POLONIO.*)*, me arrepiento; pero a Dios le plugo, para castigarme a mí con él y a él conmigo, que fuera yo el instrumento de su enojo. Voy a ocultarle convenientemente, y ya responderé a satisfacción de la muerte que le di. Conque de nuevo, ¡buenas noches! Debo ser cruel, pero no convertirme en desnaturalizado. Si tan malo es el principio, peor será lo que siga. Una palabra más, buena señora.

REINA.—¿Qué debo hacer?

HAMLET.—*(Con ironía.)* Nada, por supuesto, de lo que os he dicho. Dejar que el cebado rey os atraiga nuevamente al lecho, os pellizque lascivo las mejillas, os llame su pichona, y que con un par de inmundos besos, o sobándoos la garganta con sus dedos malditos, os haga desembuchar todo este asunto, de que yo realmente no estoy loco, sino loco sólo por astucia. Bueno fuera que se lo contarais. Porque ¿quién, como no sea una reina hermosa, modesta y prudente, podría ocultar a ese sapo, a ese murciélago, a ese viejo morrongo, tan preciosa confidencia? ¿Quién sería capaz de ello? No; a despecho del buen sentido y de la discreción, abrid la cesta en el tejado y dejad que los pájaros echen a volar; y luego, como el mono del cuento, colaos en la cesta para probar la experiencia y rompeos la nuca al caer.

REINA.—Ten la seguridad de que, si las palabras están hechas de aliento y el aliento es vida, no tengo yo vida ni aliento para contar a nadie lo que me has dicho.

HAMLET.—Tengo que partir para Inglaterra. ¿Lo sabéis?

REINA.—¡Ay de mí! Se me olvidaba; está resuelto.

HAMLET.—Hay pliegos sellados, y mis dos compañeros de estudios, de quienes me fío como de áspides con aguijón, son portadores de órdenes. Están encargados de barrerme el camino y conducirme a la perdición. Pero dejadlos, que será muy divertido hacer saltar al minador con su propio hornillo, y mal irán las cosas si yo no consigo excavar el suelo unos palmos más abajo de su mina y

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

hacerlos volar hasta la luna. ¡Oh!, nada hay tan delicioso como ver en una misma línea chocar un ardid contra otro ardid. *(Señalando el cadáver de* POLONIO.) Este hombre me obligará a liar los bártulos a toda prisa. Voy a arrastrar sus despojos hasta el cuarto vecino. *(A la* REINA.) ¡Buenas noches, madre! *(Aparte.)* Verdaderamente, este consejero está ahora muy quieto, muy callado y muy grave; él, que fué en vida un pícaro hablador impenitente. ¡Vamos, amigo, concluyamos con vos! *(A la* REINA.) ¡Buenas noches, madre! *(Salen en distintas direcciones, arrastrando* HAMLET *el cadáver de* POLONIO.)

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

Una sala en el castillo

Entran el REY, *la* REINA, ROSENCRANTZ *y* GUILDENSTERN

REY.—Alguna causa habrá en esos suspiros, en tan profundas congojas: debéis explicarla. Conviene que sepamos todo ello. ¿Dónde está vuestro hijo?

REINA.—Dejadnos solos un instante. *(Salen* ROSENCRANTZ *y* GUILDENSTERN.) ¡Ah mi querido señor, lo que he presenciado esta noche!

REY.—¿Qué ha sido, Gertrudis? ¿Cómo está Hamlet?

REINA.—Loco como el mar y el viento cuando disputan entre sí cuál es más fuerte. En el desenfreno de su acceso, oyendo agitarse algo detrás del tapiz, vedle que tira violentamente de la espada, gritando: «¡Un ratón, un ratón!» y en su arrebatado frenesí mata al buen anciano que se hallaba oculto.

REY.—¡Oh acción funesta! Igual hubiera acontecido conmigo, de haberme encontrado allí. Su libertad está llena de amenazas para todos; para vos misma, para mí, para cada uno en general. ¡Ay!... ¿Cómo disculparemos este acto sangriento? Me lo imputarán a mí, que con previsión debía haber metido en cintura y apartado del trato humano a ese joven loco. Pero tanto era mi cariño que no quise comprender cuál era la medida más conveniente, y obré como el que, padeciendo una enfermedad vergonzosa, para evitar su divulgación, deja que el mal le consuma hasta la misma medula. Y ¿adónde ha ido?

REINA.—A retirar el cuerpo a que ha dado muerte; acto del cual su demencia misma, como pepita de oro entre un filón de vil metal, muéstrase pura, pues llora lo sucedido.

REY.—¡Oh Gertrudis! ¡Vamos! Y apenas el sol toque las cumbres de las montañas, le haré embarcar y que salga de aquí. En cuanto a ese acto inicuo, preciso nos será poner en juego todo nuestro poder y habilidad para explicarlo y excusarlo. ¡Hola, Guildenstern!

Vuelven a entrar ROSENCRANTZ *y* GUILDENSTERN

Amigos míos, id y juntaos ambos con alguna gente que os ayude. Hamlet, en su delirio, ha dado muerte a Polonio y le ha sacado a rastras del gabinete de su madre. Id a buscarle; habladle con dulzura y conducid el cadáver a la capilla. Daos prisa en esto, os lo suplico. *(Salen* ROSENCRANTZ *y* GUILDENSTERN.) Vamos, Gertrudis; convocaremos a nuestros más prudentes amigos y daremosles cuenta de nuestros propósitos y de lo que en mala hora ha sucedido. De esta suerte, la calumnia (cuyo rumor tan certero como el cañón a su blanco, lanza de un polo a otro del mundo su envenenado tiro) podrá errar por lo que

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

respecta a nuestro nombre y herir tan sólo el aire invulnerable. ¡Oh vámonos de aquí! ¡Mi alma está llena de espanto y confusión! *(Salen.)*

ESCENA II

Otra sala en el castillo

Entra HAMLET

HAMLET.—Ya está en lugar seguro.

ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN. — *(Dentro.)* ¡Hamlet! ¡Príncipe Hamlet!

HAMLET.—Pero ¡silencio! ¿Qué ruido es ése? ¿Quién llama a Hamlet? ¡Oh! Aquí vienen.

Entran ROSENCRANTZ *y* GUILDENSTERN

ROSENCRANTZ.—Señor, ¿qué habéis hecho del cadáver?

HAMLET. — Lo mezclé con polvo, del cual es pariente.

ROSENCRANTZ. — Decidnos dónde está, para sacarlo de allí y conducirlo a la capilla.

HAMLET.—No lo creáis.

ROSENCRANTZ.—¿Qué?

HAMLET.—Que guarde yo vuestro secreto y no el mío. Y, además, ¡venirme a mí con preguntas una esponja! ¿Qué respuesta debiera dar el hijo de un rey?

ROSENCRANTZ.—¿Me tomáis por una esponja, príncipe?

HAMLET.—Sí, señor; que chupa los favores del rey, sus recompensas, sus atribuciones. Pero semejantes cortesanos es al final cuando prestan su mejor servicio al príncipe. Este los guarda, como el mono las nueces, en un hueco de sus fauces; allí se los introduce primero, para engullírselos más tarde, y cuando necesita lo que habéis cosechado, no tiene más que exprimiros, y, como esponjas que sois, quedaréis enjutos de nuevo.

ROSENCRANTZ.—No os entiendo, señor.

HAMLET.—Me alegro; las razones agudas no hacen mella en oídos tontos.

ROSENCRANTZ. — Señor, debéis decirnos dónde está el cuerpo, y venir con nosotros ante el rey.

HAMLET. — El cuerpo está con el rey, pero el rey no está con el cuerpo. El rey es una cosa...

GUILDENSTERN.—¿Una cosa, señor?

HAMLET.—Que no vale nada. Vamos a verle. «Escóndete, zorro, y todos detrás.» *(Salen.)*

ESCENA III

Otra estancia en el castillo

Entra el REY *con acompañamiento*

REY.—Le he mandado llamar y enviado a buscar el cadáver. ¡Qué peligroso es que ande este hombre suelto! Y, sin embargo, no conviene que le apliquemos todo el rigor de la ley. Es muy querido de la multitud fanática, que no opina con su juicio, sino con sus ojos; y cuando tal ocurre, se toma en cuenta el castigo del ofensor, pero jamás la ofensa. Para conducirlo todo con tiento y suavidad, es preciso que esta repentina marcha parezca obra de madura deliberación. Los males desesperados se alivian con remedios desesperados, o no tienen alivio.

Entra ROSENCRANTZ

(A ROSENCRANTZ.) ¿Qué hay? ¿Qué ha pasado?

ROSENCRANTZ.—Señor, no hemos podido lograr que nos diga dónde ha depositado el cadáver.

REY.—Pero ¿y él? ¿Dónde está?

ROSENCRANTZ.—Ahí fuera, señor, custodiado, en espera de vuestras órdenes.

REY.—Traedle a mi presencia.

ROSENCRANTZ.—¡Eh! Guildenstern, haced entrar al príncipe.

Entran HAMLET *y* GUILDENSTERN

REY.—A ver, Hamlet: ¿dónde está Polonio?

HAMLET.—De cena.

REY.—¡De cena! ¿Dónde?

HAMLET. — No donde come, sino donde

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

es comido. Cierta asamblea de gusanos políticos está ahora con él. El gusano es el único emperador de la dieta; nosotros cebamos a todos los demás animales para engordarnos, y nos engordamos a nosotros mismos para cebar a los gusanos. El rey gordo y el escuálido mendigo no son más que servicios ditintos, dos platos, pero de una misma mesa: he aquí el fin de todo.

REY.—¡Dios mío! ¡Dios mío!

HAMLET.—Un hombre puede pescar con el gusano que ha comido de un rey, y comerse luego el pez que se nutrió con aquel gusano.

REY.—Y ¿qué quieres decir con eso?

HAMLET.—Nada, sino mostraros cómo un rey puede hacer un viaje de gala por las tripas de un pordiosero.

REY.—¿Dónde está Polonio?

HAMLET.—En el Cielo; enviad allá a verle; y si vuestro mensajero no lo encuentra, id vos mismo a buscarle al otro reino. Pero, a decir verdad, si no dais con él en lo que resta de mes, le oleréis al subir los escalones de la galería.

REY.—*(A algunos del acompañamiento.)* Id allá a buscarle.

HAMLET.—¡Ya esperará hasta que lleguéis! *(Salen los del acompañamiento.)*

REY.—Hamlet, este suceso exige, para tu seguridad personal (por la que me preocupo, así como lamento profundamente lo que has cometido), que te alejes con febril rapidez. Por tanto, prepárate. La nave está prevenida, el viento es favorable, tus compañeros te aguardan y todo se halla dispuesto para tu viaje a Inglaterra.

HAMLET.—¿A Inglaterra?

REY.—Sí, Hamlet.

HAMLET.—Bueno.

REY.—Eso dirías si conocieras mis propósitos.

HAMLET.—¡Yo veo un querubín que los ve! Pero ¡adelante! ¡A Inglaterra! ¡Adiós, querida madre!

REY.—Y ¿tu amante padre, Hamlet?

HAMLET.—¡Madre mía! Padre y madre son marido y mujer; marido y mujer son una misma carne. Así, pues, ¡madre mía! ¡Vamos! ¡A Inglaterra! *(Sale.)*

REY.—Seguidle de cerca; instadle a embarcar pronto; no perdáis un momento; esta misma noche quiero tenerlo lejos de aquí. ¡Partid! Todos los pliegos están sellados ya, y queda terminado lo demás concerniente al asunto. Daos prisa, por favor. *(Salen* ROSENCRANTZ *y* GUILDENSTERN.) Y tú, Inglaterra, si en algo estimas mi amistad (ya que mi gran poderío puede darte a entender lo que vale, pues roja y viva está aún la cicatriz que te causó la espada danesa, y nos rinde homenaje todavía su natural temor), no acojas fríamente nuestro regio mandato, el cual implica de lleno, por letras al efecto pertinentes, la inmediata muerte de Hamlet. ¡Hazlo, Inglaterra, pues inflama mi sangre como fiebre devoradora, y tú debes curarme! Hasta que sepa que está hecho, sea cual fuere mi suerte, los goces para mí no han principiado. *(Sale.)*

ESCENA IV

Una llanura en Dinamarca

Entran FORTINBRÁS *y un* CAPITÁN *con Soldados en marcha*

FORTINBRÁS.—Id, capitán; saludad en mi nombre al monarca danés; decidle que, con su venia, Fortinbrás solicita su autorización para el prometido paso por su reino. Ya sabéis el punto de la cita. Caso de que Su Majestad desee comunicarme algo, iré a ofrecerle personalmente mis respetos. Decídselo así.

CAPITÁN.—Lo haré, señor.

FORTINBRÁS.—¡Paso lento! *(Salen* FORTINBRÁS *y los Soldados.)*

Entran HAMLET, ROSENCRANTZ, GUILDENSTERN *y otros*

HAMLET.—Buen caballero, ¿de quién son esas fuerzas?

CAPITÁN.—De Noruega, señor.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

HAMLET. — ¿Tendríais a bien decirme adónde se encaminan?

CAPITÁN. — Contra cierta parte de Polonia.

HAMLET.—¿Quién las acaudilla?

CAPITÁN.—Fortinbrás, caudillo del viejo rey de Noruega.

HAMLET. — ¿Y van contra el corazón mismo de Polonia, caballero, o sólo a alguna de sus fronteras.

CAPITÁN.—A deciros verdad, y sin la menor exageración, vamos a conquistar una reducida porción de tierra que no ofrece en sí más ventajas que su nombre. Ni por el precio de cinco ducados, cinco no más, la tomaría yo en arriendo, ni daría mayor beneficio al rey de Noruega o al de Polonia si la vendieran en pleno dominio.

HAMLET. — Pero, entonces, no querrán defenderla los polacos.

CAPITÁN.—Sí, ya está guarnecida.

HAMLET.—Dos mil almas y veinte mil ducados no bastarían a resolver esta cuestión de pura bagatela. Esto es un tumor causado por exceso de riqueza y de paz, que revienta en lo interior, sin manifestar fuera la causa de la muerte del paciente. Os doy rendidas gracias, caballero.

CAPITÁN.—Dios os guarde, señor. *(Sale.)*

ROSENCRANTZ. — ¿Queréis marchar, señor?

HAMLET.—Pronto os alcanzaré. Id un poco delante. *(Salen todos, menos* HAMLET.) ¡Cómo me acusan todos los sucesos y cómo aguijonean mi torpe venganza! ¿Qué es el hombre, si el principal bien y el interés de su vida consistieran tan sólo en dormir y comer? Una bestia, nada más. Seguramente. Aquel que nos ha creado con una inteligencia tan vasta que abarca lo pasado y el porvenir no nos dió tal facultad y la divina razón para que se enmoheciera en nosotros por falta de uso. Ahora, sea olvido bestial o algún tímido escrúpulo de reflexionar en las consecuencias con excesiva minucia (reflexión ésta que de cuatro partes tiene una sola de prudencia y siempre tres de cobardía), no comprendo por qué vivo aún para decir: «Eso está por hacer». puesto que tengo motivo, voluntad, fuerza y medios para llevarlo a cabo. Ni me faltan, para exhortarme, ejemplos tan patentes como la tierra; digalo, si no, esta hueste tan imponente, conducida por un príncipe joven y delicado, cuyo espíritu henchido de divina ambición le hace mohines al invisible éxito, aventurando lo que es mortal e incierto a todo cuanto puedan osar la fortuna, la muerte y el peligro, tan sólo por una cáscara de huevo. Verdaderamente, el ser grande no consiste en agitarse sin una razón poderosa; antes bien, en hallar noble querella por un quítame allá esas pajas cuando está en juego el honor. ¿Qué papel estoy, pues, haciendo yo que tengo un padre asesinado y una madre mancillada, fuertes acicates para mi razón y mi sangre, y dejo que todo duerma en paz? Mientras que, para vergüenza mía, estoy viendo la muerte inminente de estos veinte mil hombres, que por un capricho y una ilusión de gloria corren a sus tumbas cual si fueran lechos, y pelean por un trozo de tierra tan reducido que no ofrece espacio a los combatientes para sostener la lucha, ni siquiera es un osario bastante capaz para enterrar a los muertos. ¡Oh! ¡A partir de este instante, sean de sangre mis pensamientos, o no merezcan sino baldón! *(Sale.)*

ESCENA V

Sala en el castillo

Entran la REINA, HORACIO *y un* CABALLERO

REINA.—No quiero hablar con ella.

CABALLERO. — Insiste porfiadamente, y está en realidad perturbada. Su estado no puede menos que inspirar compasión.

REINA.—¿Qué es lo que pretende?

CABALLERO.—Habla mucho de su padre; cuenta que oye decir que en el

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

mundo hay muchas maldades, y gime, se da golpes en el pecho y se enfurece por la menor futilidad; dice cosas ambiguas y que sólo tienen sentido a medias; su lenguaje es insustancial; pero, a pesar de ello, sus mismos desatinos dan mucho que decir a cuantos la oyen, que forman conjeturas e hilvanan toscamente sus palabras, ajustándolas a sus propios pensamientos; y sus frases, acompañadas de guiños, cabeceos y gestos expresivos, verdaderamente darían que pensar en la existencia de un algo que, si bien incierto, se presta a muy torcidas interpretaciones, todas ellas desgraciadas.

HORACIO.—Bueno sería hablarle, porque puede sembrar peligrosos recelos en los espíritus malvados.

REINA.—Hacedla entrar. *(Sale el* CABALLERO.) A mi alma enferma (tal es la verdadera naturaleza de mi pecado) cualquier bagatela se le antoja preludio de algún desastre. Tan llena de torpe desconfianza está la culpa, que a sí misma se pierde por miedo de perderse.

Vuelve a entrar el CABALLERO, *acompañado de* OFELIA. *Esta aparece enloquecida, con el cabello suelto y tocando un laúd*

OFELIA.—¿Dónde está la hermosa majestad de Dinamarca?

REINA.—¿Qué tal, Ofelia?

OFELIA.—*(Cantando.)*

¿Cómo te conocería,
dueño de mi corazón?
—Por el sombrero de conchas,
las sandalias y el bordón.

REINA.—¡Ay querida amiga! ¿A qué viene ese cántico?

OFELIA.—¿Qué decís? No; permitidme un momento; atended. *(Cantando.)*

Ya está muerto, señora;
nos ha dejado;
verde alfombra de césped
lo ha sepultado,
y a sus pies una losa
de mármol blanco.

¡Oh, oh!...

REINA.—¡Sí, pero Ofelia...!

OFELIA.—Os lo ruego, atended. *(Cantando.)*

Es tan blanca su mortaja
como la nieve del monte.

Entra el REY

REINA.—¡Oh desdicha! Mirad aquí, señor.

OFELIA.—*(Continuando su canto.)*

Y bajaron a su tumba,
adornándose con flores
humedecidas con lágrimas
de sus fieles amadores.

REY.—¿Cómo estás, linda doncella?

OFELIA.—Bien; Dios os lo pague... Cuenta que la lechuza era hija de un panadero. ¡Señor! Sabemos lo que somos, mas no sabemos lo que podemos ser. Dios bendiga vuestra mesa.

REY.—¡Desvaríos acerca de su padre!

OFELIA.—Por favor, ni una palabra de esto: mas si os preguntan lo que significa, decid lo siguiente. *(Cantando.)*

Mañana es la fiesta
de San Valentín;
al toque del alba
vendré por aquí.

Iré a tu ventana,
que soy doncellita
pronta a convertirme
en tu Valentina.

Entonces él se alza
y pónese aprisa ligero vestido;
y, abriendo la puerta,
entró la doncella,
que tal no ha salido.

REY.—¡Hermosa Ofelia!...

OFELIA.—Mirad, va de veras; sin grosería alguna, voy a terminar esta canción. *(Cantando.)*

—¡Por Jesús y la Santa Caridad!
¡Desdichada de mí! ¡Ay, que vergüenza!
—Hacen todos los jóvenes lo mismo
cuando este propio caso se les brinda.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

—Pues juro a Dios que es una acción villana —contestó la doncella—, porque antes de tenderme en el lecho, prometiste unirte en sacrosanto matrimonio.

Repuso él:

—Y tal hiciera, por la luz del sol, si no te anticiparas a mi tálamo.

REY.—¿Desde cuándo está aquí?

OFELIA.—Espero que todo irá bien. Hemos de tener paciencia. Pero no puedo menos de llorar pensando que le pondrán allí en la tierra fría. Mi hermano lo sabrá; y así, os agradezco vuestro consejo. ¡A ver, mi coche! ¡Adiós, señoras! ¡Buenas noches, amables señoras! ¡Buenas noches, adiós, adiós! *(Sale.)*

REY. — Seguidla de cerca; vigiladla atentamente. Os lo suplico. *(Sale* HORACIO.) ¡Ah!, esto es el veneno de un profundo pesar. Todo proviene de la muerte de su padre. ¡Oh Gertrudis, Gertrudis! Cuando vienen las desdichas, no vienen como exploradores aislados, sino en legiones. En primer lugar, su padre asesinado; luego, la ausencia de vuestro hijo, y él mismo, con sus violentos actos, el autor de su propio y justo destierro; el pueblo, agitado, turbulento y displicente, entregado a conjeturas y murmuraciones por la muerte del buen Polonio, a quien yo, obrando con precipitación, he mandado enterrar clandestinamente; la pobre Ofelia, fuera de sí y enajenada de su claro juicio, sin el cual no somos más que simulacros o simples brutos, y, finalmente, y tan preñado de consecuencias como todo esto, he aquí su hermano, que ha vuelto de Francia, y que, cebándose en su estupor, envuélvese en negras nubes, no faltando soplones que infestan sus oídos con pestilentes historias sobre la muerte de su padre, en que la necesidad de hablar, pobre de tema, no vacilará en intrigar contra nuestra persona, acusándola de oído en oído... ¡Oh, mi amada Gertrudis! Esto, como un tiro de metralla, me hiere en muchas partes, causándome mil muertes al tiempo. *(Tumulto dentro.)*

REINA.—¡Dios mío! ¿Qué ruido es ése?

REY.—¿Dónde están mis suizos? ¡Que guarden las puertas!

Entra un MENSAJERO

¿Qué ocurre?

MENSAJERO.—¡Salvaos, señor! El océano, saltando por encima de sus diques, no devora la tierra con más ímpetu que el que lleva el joven Laertes a la cabeza de una airada turba, arrollando a vuestras gentes. La chusma le aclama su señor, y cual si el mundo estuviese ahora en sus comienzos, olvidada la tradición, ignorada la costumbre, esa sanción y sostén de todo título, vedlos aquí que gritan: «¡Elijamos nosotros: Laertes será rey!», mientras gorros y manos y lenguas aplauden, clamando hasta las nubes: «¡Laertes será! ¡Viva Laertes!»

REINA.—¡Qué alegres ladran siguiendo la falsa pista! ¡Oh! ¡La errasteis, falsos perros daneses! *(Tumulto dentro.)*

REY.—¡Han roto las puertas!

Entra LAERTES, *armado y seguido del pueblo*

LAERTES.—¿Dónde está ese rey? Amigos, quedad fuera.

PLEBEYOS.—No, entremos.

LAERTES.—Os pido que me dejéis.

PLEBEYOS.—Bien, lo haremos. *(Retiranse detrás de la puerta.)*

LAERTES.—Gracias; custodiad la puerta. *(Al* REY.) ¡Oh tú, vil rey, dame mi padre!

REINA.—¡Calma, querido Laertes! *(Interponiéndose entre el* REY *y* LAERTES.)

LAERTES.—Si una simple gota de sangre tuviese en calma, me proclamaría bastardo, gritaría «cornudo» a mi padre, y grabaría el estigma de ramera en medio de la casta y tersa frente de mi virtuosa madre.

REY.—Pero ¿cuál es la causa, Laertes, de que tu rebelión tome unas apariencias tan gigantescas? Dejadle, Gertrudis,

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

no temáis por mi persona; hay una divinidad que protege como con una valla a los reyes, de tal modo, que la traición no puede sino aislar el objeto de sus designios, haciéndola impotente para ejecutarlos. Dime, Laertes: ¿por qué estás tan enfurecido? Dejadle, Gertrudis. Habla, hombre.

LAERTES.—¿Dónde está mi padre?

REY.—Ha muerto.

REINA.—Pero no a manos de él. *(Señalando al* REY.)

REY.—Déjale preguntar todo cuanto quiera.

LAERTES.—Y ¿cómo fué que murió? No quiero chanzas conmigo. ¡Al infierno con la lealtad! ¡Al más negro de los demonios con la fe jurada! ¡Caigan al más profundo abismo la conciencia y la piedad! ¡Desafío a la condenación! A tal extremo llegué, que nada me importa este mundo ni el otro, venga lo que viniere. Pero una cosa quiero y es tomar la más completa venganza por la muerte de mi padre.

REY.—Y ¿quién podrá impedírtelo?

LAERTES.—Mi voluntad, no el universo entero; y en cuanto a los medios de que dispongo, yo sabré dirigirlos con tal tino, que con poco irán muy adelante.

REY.—Querido Laertes, bien está que desees saber la verdad sobre la muerte de tu querido padre; pero ¿está escrito acaso en tu venganza que de un solo zarpazo destruyas así al amigo como al enemigo, tanto al que gana como al que pierde?

LAERTES.—A nadie más que a sus enemigos.

REY.—¿Quieres conocerlos, pues?

LAERTES.—A sus verdaderos amigos les abriré yo así los brazos; y aun a riesgo de mi vida, como el cariñoso pelícano, sabré nutrirlos con mi propia sangre.

REY.—¡Perfectamente! Ahora hablas como un buen hijo y un leal caballero. Que soy inocente de la muerte de tu padre, y que por ello siento el más vivo pesar, todo esto penetrará de un modo tan directo en tu juicio como en tus ojos la luz del día.

PLEBEYOS.—*(Dentro.)* ¡Dejad que entre!

LAERTES.—¿Qué sucede? ¿Qué estrépito es ése?

Vuelve a entrar OFELIA, *como antes, pero fantásticamente adornada con flores y hierbas silvestres*

¡Oh fiebre, seca mis sesos! ¡Lágrimas siete veces amargas, consumid la sensibilidad y potencia de mis ojos! ¡Juro por el Cielo que tu locura se pagará con creces, hasta que el castigo tuerza el fiel de la balanza! ¡Oh rosa de mayo, preciada niña, amorosa hermana, dulce Ofelia! ¡Oh cielos! ¿Es posible que el juicio de una tierna doncella sea tan frágil como la vida de un anciano? La Naturaleza es sutil en achaques de amor, y, sutil como es, plácele exhalar alguna preciosa prenda en pos del ser amado.

OFELIA.—*(Cantando.)*

Lleváronle en su ataúd
con la cara descubierta.
A la non, non, nominanón;
a la non, non, nominanón.
Y llovieron muchas lágrimas
sobre su tumba entreabierta.

¡Adiós, palomito mío!

LAERTES.—¡Si estuvieras en tu juicio y me inclinaras a la venganza, no me conmoverías tanto como el verte así!

OFELIA.—*(Cantando.)*

Cantad abajo, abajito,
y llamadle, que está abajo.

¡Oh! ¡Qué bien va con el tono ese estribillo! Fué el infiel mayordomo, que robó la hija de su señor.

LAERTES.—Esa nonada dice más que muchos discursos.

OFELIA.—*(A* LAERTES.) He aquí romero que es para la memoria; acuérdate, amor mío, te lo ruego; y aquí trinitarias, que son para los pensamientos.

LAERTES.—Una lección en la locura;

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

pensamientos y recuerdos, ¡todo bien acorde!

OFELIA.—*(Al* REY.*)* Aquí os traigo hinojo y aguileñas. *(A la* REINA.*)* Aquí, ruda para vos, y también algo de ella para mí; nosotros podemos llamarla hierba de la gracia de los domingos. ¡Ah!, mas vos habéis de llevar vuestra ruda de un modo distinto. Ahí va una margarita. *(A* HORACIO.*)* Bien quisiera ofreceros algunas violetas; pero se marchitaron todas cuando murió mi padre. Dicen que tuvo un buen fin. *(Cantando.)*

Porque mi buen Robín
es toda mi alegría.

LAERTES.—Reflexiones y congojas, delirios y el mismo infierno todo lo vuelve en gracia y lindeza.

OFELIA.—*(Cantando.)*

¿Y no volverá otra vez?
¿Y otra vez no volverá?
No, no, porque ya está muerto
en su sepulcro de piedra
y nunca más volverá.
Su barba era cual la nieve;
su cabello, como el lino.
Se ha marchado, se ha marchado;
son vanos nuestros suspiros.
¡Dios se apiade de su alma!

¡Y de todas las almas cristianas! Así lo pido a Dios. Sea El con vosotros. *(Sale.)*

LAERTES.—¿Veis esto, oh Dios?

REY.—Laertes, déjame tomar parte en tu dolor, pues, si no, me niegas un derecho. Oyeme aparte. Elige entre tus más prudentes amigos aquellos que te parezcan, y ellos nos oirán y juzgarán a entrambos. Si de modo directo o indirecto me hallan complicado, te abandonaré en justa satisfacción mi reino, mi corona, mi vida y todo cuanto me pertenece. De lo contrario, hazme gracia de un poco de paciencia, y yo te prometo colaborar con tus anhelos para dar a tu alma la debida reparación.

LAERTES.—Sea como decís. Las circunstancias de su muerte, su oscuro entierro, sin trofeos, armas ni escudos sobre sus restos, sin solemne ceremonia ni formal ostentación, todo eso está clamando del cielo a la tierra, exhortándome a un examen riguroso.

REY.—Lo obtendrás, y dondequiera esté la ofensa, allí caiga la terrible segur. Ven conmigo, te ruego. *(Salen.)*

ESCENA VI

Otra estancia en el castillo

Entran HORACIO *y un* CRIADO

HORACIO.—¿Quiénes son los que desean hablarme?

CRIADO.—Gentes de mar, señor; dicen que traen cartas para vos.

HORACIO.—Hazlos entrar. *(Sale el* CRIADO.*)* No sé de qué parte del mundo pueda nadie escribirme, como no sea el príncipe Hamlet.

Entran Marineros

MARINERO 1.º—Dios os guarde, señor

HORACIO.—Guárdete también a ti.

MARINERO 1.º—Así lo hará, señor, si es su voluntad. Aquí os traigo una carta; viene del embajador que fué enviado a Inglaterra; es para vos, si vuestro nombre es Horacio, según me han dicho

HORACIO. — *(Leyendo.)* «Horacio: En cuanto hayas leído estas líneas, procura a esos hombres algún medio de visitar al rey, pues llevan cartas para él. Apenas llevábamos dos días de navegación, cuando nos dió caza un corsario perfectamente armado. Siendo nosotros demasiado cortos de vela, nos revestimos de un valor forzado, llegando con él al abordaje; pero en el propio momento en que yo saltaba a la cubierta del corsario, desasióse éste de nuestro buque, de modo que yo solo quedé prisionero de los piratas. Me han tratado como ladrones de buen corazón, aunque sabían bien lo que

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

se hacían, y tengo que pagarles un buen servicio. Haz que lleguen a manos del rey los pliegos que le envío, y acude a mi lado con tanta prisa como si huyeras de la muerte. Tengo que decirte palabras al oído que te dejarán mudo de asombro, y cuenta que serán demasiado insuficientes para el calibre del asunto. Estas buenas gentes te conducirán al sitio en que me hallo. Rosencrantz y Guildenstern siguen su travesía hacia Inglaterra; mucho tengo acerca de ellos que contarte. ¡Adiós! Tuyo siempre, afectísimo.—*Hamlet.*» Vamos. Yo os introduciré para que presentéis esas cartas, y daos toda la prisa posible, a fin de que podáis luego conducirme a aquel de cuya parte las habéis traído. *(Salen.)*

ESCENA VII

Otra estancia en el castillo

Entran el REY *y* LAERTES

REY.—Ahora debe tu conciencia sellar el descargo de la mía, y ponerme en tu corazón como un amigo, pues ya has escuchado, y con inteligente oído, que aquel que mató a tu noble padre atentaba contra mi vida.

LAERTES.—Bien lo parece, mas decidme: ¿por qué no procedisteis en justicia contra estos actos de tan grave y criminal naturaleza, como vuestra seguridad, vuestra prudencia, consideraciones todas que debieron impulsaros a ello poderosamente?

REY.—¡Oh! Por dos razones especiales, que tal vez te parecerán muy débiles, pero que para mí son muy fuertes. La reina, su madre, apenas vive sino por sus ojos; y en cuanto a mí, sea esto por virtud o por desgracia mía, está tan íntimamente ligada con mi vida y con mi alma, que, de igual modo que el astro no puede moverse sino dentro de su órbita, nada puedo hacer si no es por ella. El otro motivo por que no puedo apelar al juicio público, es el grande amor que le profesa el pueblo, el cual, bañando todas las faltas del príncipe en el afecto que le tiene, a semejanza de aquella fuente que muda el leño en piedra, convertiría sus cadenas en reliquias santas; de suerte que mis flechas, demasiado frágiles para tan raudo viento, volverían a mi propio arco, lejos de dar en el punto a que fuesen dirigidas.

LAERTES.—Pero, en tanto, yo he perdido un noble padre y tengo una hermana en situación desesperada; ella, cuyos méritos (si es que los elogios pueden aplicarse a lo que fué) levantábanla en la suprema eminencia de este siglo por sus extraordinarias perfecciones. Mas ya llegará mi venganza.

REY.—No se turbe tu sueño por tal cosa. No pienses que esté yo hecho de una materia tan blanda y torpe que tolere se hagan temblar mis barbas con peligro y lo tome a diversión. Pronto sabré cosas mayores. Yo amaba a tu padre, y también nosotros mismos nos amamos; y esto confío te dará a entender...

Entra un MENSAJERO

¿Qué ocurre? ¿Qué nuevas hay?

MENSAJERO.—Señor, cartas de Hamlet; ésta es para Vuestra Majestad y ésta para la reina.

REY. — ¿De Hamlet? ¿Quién las ha traído?

MENSAJERO. — Señor, unos marineros, según dicen; yo no los he visto. A mí me las dió Claudio, el cual las recibió de quien las trajo.

REY.—Laertes, vas a oír lo que dicen. *(Al* MENSAJERO.*)* Puedes retirarte. *(Sale el* MENSAJERO.*) (Lee.)* «Alto y poderoso señor: Sabréis que me han plantado desnudo en vuestro reino. Mañana solicitaré permiso para visitar a vuestra real persona, y entonces, previa vuestra licencia para ello, os relataré el motivo de mi tan súbito y aún más extraño regreso.—*Hamlet.*» ¿Qué significa esto?

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

¿Habrán vuelto también todos los demás, o es que todo ello es una farsa y no hay nada de tal cosa?

LAERTES.—¿Conocéis la letra?

REY.—La letra es de Hamlet... «¡Desnudo!...» Y aquí en una posdata, añade: «Solo.» ¿Puedes tú explicarme esto?

LAERTES.—Confuso estoy, señor. Mas dejad que venga. Inflámase mi corazón desfallecido al pensar que he de vivir para decirle ante su cara: «Eso fué lo que hiciste.»

REY.—Si ello es así, Laertes (aunque ¿cómo puede ser esto?, mas ¿cómo de otro modo?), ¿quieres dejarte conducir por mí?

LAERTES.—Ciertamente, señor, con tal que vuestras órdenes no me obliguen a la paz.

REY.—Es por tu propia paz. Si se halla ahora de vuelta, por haberse descarriado en su viaje, y desiste de emprenderlo nuevamente, le armaré una asechanza, madura ya en mi pensamiento, a la cual no podrá menos de sucumbir. Por su muerte no soplará él menor viento de censuras, y ni aun su propia madre sospechará el ardid, considerando la cosa como un simple accidente.

LAERTES.—Mi señor, me pongo a vuestras órdenes, y con tanto mejor grado si combinarais la trama de tal modo que fuera yo el instrumento.

REY.—Viene a propósito. Desde tu viaje se ha hablado mucho de ti, y delante de Hamlet, por cierto, con motivo de una habilidad en la cual, según voz pública, descuellas. Todas tus dotes reunidas no excitaron en él tanta envidia como aquella sola, que ocupa, en mi opinión, el más digno lugar.

LAERTES.—¿Qué dote es ésa, señor?

REY.—Un mero lazo del sombrero de la juventud; pero, no obstante, necesario, puesto que no sientan menos bien a la mocedad las frívolas y ligeras galas que se viste, que a la edad madura sus forros de pieles y sus oscuros ropajes, tan convenientes para la salud como para la gravedad. Hará unos dos meses estuvo aquí un caballero de Normandía. Yo conozco muy bien a los franceses; he militado contra ellos, y te aseguro que son hábiles jinetes; pero el galán de quien hablo era en esto un prodigio; afianzábase en la silla y hacía ejecutar a su corcel tan portentosas habilidades, como si realmente formara un solo cuerpo con el bravo animal y participara a medias de su naturaleza. Hasta tal punto excedió a mi pensamiento, que todo cuanto podía yo imaginar de evoluciones y artificio quedaba por debajo de lo que él hacía.

LAERTES.—¿Y era normando?

REY.—Normando.

LAERTES.—Por mi vida, Lamond.

REY.—El mismo.

LAERTES.—Le conozco bien. Es verdaderamente la joya y la perla de toda su nación.

REY.—Se espontaneó acerca de ti, haciendo tal relación de tu consumada maestría en el arte y ejercicio de la esgrima, y muy particularmente en el manejo del florete, que llegó a exclamar que sería en verdad un espectáculo si alguien pudiera medirse contigo. Los más diestros de su país (juraba él) no tenían golpe, parada ni ojo cuando tú les hacías frente. Amigo, esta relación atosigó de tal manera la envidia de Hamlet, que no hacía más que pedir y suspirar por tu propio regreso para lidiar contigo. Pues bien: con esta oportunidad...

LAERTES.—¿Qué oportunidad, señor?

REY.—Dime, Laertes: ¿querías a tu padre, o eres como la imagen de un dolor, un rostro sin corazón?

LAERTES.—¿Por qué me lo preguntáis?

REY.—No es que yo piense que no amabas a tu padre; pero si bien entiendo que el amor se sujeta al tiempo, veo que, al ponerse a prueba, también modera el tiempo la chispa y el fuego de su ardor. En la misma llama del amor vive una especie de pabilo o pavesa que acaba por debilitarla. Nada existe que se mantenga constantemente en el mismo

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

grado de bondad, pues ésta, creciendo hasta la plétora, muere en su propio exceso. Lo que quisiéramos hacer, deberíamos hacerlo en el acto de quererlo, porque ese «querer» cambia y sufre tantas menguas y aplazamientos cuantos son los labios, las manos y las circunstancias por que atraviesa, y entonces ese «deber» vuélvese una especie de suspiro disipador, que hace daño al exhalarlo. Pero a lo vivo de la llaga: Hamlet está de vuelta. ¿Qué estás dispuesto a hacer para mostrarte digno de tu padre, con actos más que con palabras?

LAERTES.—¡Cortarle el cuello dentro de la iglesia!

REY.—Ningún lugar debiera ser, en verdad, bastante santo para ofrecer refugio al asesino. La venganza no debía hallar obstáculos. Pero, querido Laertes, si estás dispuesto a hacer lo que voy a decirte, permanece encerrado en tu habitación. Cuando llegue Hamlet, se enterará de tu regreso; yo le mandaré quien le ponderе tus excelencias y añada nuevo lustre a la gran fama que te dió el francés; os pondremos, por fin, frente a frente, y apostaremos por uno y otro. Siendo él confiado, generoso en extremo y ajeno a todo ardid, no examinará las hojas, y así, con facilidad o con un poco de astucia, puedes elegir un arma sin botón, que se baste con un hábil golpe para tomar venganza por tu padre.

LAERTES.—Así lo haré, y a ese fin envenenaré mi espada. Compré a cierto curandero un ungüento tan mortífero, que, cuchillo con él untado, adondequiera saque sangre, ningún emplasto, por raro que sea, ya esté compuesto por todas las hierbas que tienen virtud bajo la luna, puede salvar de la muerte a quienquiera que por él sufre un simple rasguño. Bañaré con este tósigo la punta de mi acero, de suerte que con que levemente roce al príncipe, morirá.

REY.—Reflexionemos un poco más sobre esto, y consideremos qué coyunturas, así de tiempo como de medios, pueden convenirnos para nuestro plan. Si éste fallara, y por alguna torpeza en su ejecución se traslucieran nuestros designios, mejor fuera no haberlo intentado. Es preciso, pues, que esta trama tenga otra de reserva que asegure el golpe, dado el caso que la primera fracasara en la práctica. ¡Espera! ¡A ver!... Haremos una apuesta solemne sobre vuestra respectiva destreza... ¡Ah! Ya lo tengo. Cuando en la agitación del lance os halléis acalorados y sedientos (para lo cual cuidarás de dar la mayor violencia a tus ataques), en el momento en que él pida de beber, yo le tendré dispuesta una copa que con sólo un sorbo de ella, si por azar escapa a tu venenosa estocada, nuestro intento quede allí cumplido. Pero ¡silencio! ¿Qué rumor es ése?

Entra la REINA

¿Qué sucede, amada reina?

REINA.—Una desgracia va siempre pisando los talones de otra; tan cerca se suceden. Tu hermana se ha ahogado, Laertes.

LAERTES. — ¡Ahogada! ¡Oh! ¿Dónde?

REINA.—Inclinado a orillas de un arroyo, elévase un sauce, que refleja su plateado follaje en las ondas cristalinas. Allí se dirigió, adornada con caprichosas guirnaldas de ranúnculos, ortigas, velloritas y esas largas flores purpúreas a las cuales nuestros licenciosos pastores dan un nombre grosero, pero que nuestras castas doncellas llaman dedos de difunto (1). Allí trepaba por el pendiente ramaje para colgar su corona silvestre, cuando una pérfida rama se desgajó, y, junto con sus agrestes trofeos, vino a caer en el gimiente arroyo. A su

(1) *Dead men's fingers*, orquídeas, particularmente la orquídea masculina *(orchis mascula)*. El nombre grosero a que se refiere Shakespeare obedece a la forma de su raíz, compuesta de dos bulbos, y a sus virtudes afrodisíacas. Se la denominó «dedos de difunto» por las raíces pálidas, palmeadas, de algunas especies.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

alrededor se extendieron sus ropas, y, como una náyade, la sostuvieron a flote durante un breve rato. Mientras, cantaba estrofas de antiguas tonadas, como inconsciente de su propia desgracia, o como una criatura dotada por la Naturaleza para vivir en el propio elemento. Mas no podía esto prolongarse mucho, y los vestidos cargados con el peso de su bebida, arrastraron pronto a la infeliz a una muerte cenagosa, en medio de sus dulces cantos.

LAERTES.—¡Ay de mí! Luego ¿ha perecido ahogada?

REINA.—Ahogada, ahogada.

LAERTES.—Atajemos el llanto, que sobra de agua tienes tú, pobre Ofelia. *(Llora.)* Con todo, esto no es más que una costumbre. La Naturaleza se aferra a sus hábitos, por más que diga la vergüenza. Cuando este lloro cese, no quedará en mí rastro de mujer. ¡Adiós, señor! ¡Tengo palabras de fuego, que arderían de buen grado si no las sofocara esta debilidad! *(Sale.)*

REY.—Sigámosle, Gertrudis. ¡Cuánto me ha costado calmar su furor! Y mucho me temo que esta desgracia no le irrite de nuevo. Sigámosle, pues. *(Salen.)*

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

Un cementerio

Entran dos Clowns (sepultureros rústicos) con picos, azadones, etc., y pónense a cavar una fosa

CLOWN 1.º—¿Y ha de sepultarse en tierra sagrada a la que voluntariamente conspira contra su propia salvación?

CLOWN 2.º—Te digo que sí; y, por tanto, hay que hacerle en seguida la fosa. El comisario ha examinado ya el caso, y ha optado por la sepultura cristiana.

CLOWN 1.º—Pero ¿cómo puede ser eso, a menos que ella se haya ahogado en defensa propia?

CLOWN 2.º—Pues así lo han juzgado.

CLOWN 1.º—Debe de haber sido *se offendendo;* no puede ser de otro modo. Porque aquí está la cuestión: si yo me ahogo intencionadamente, esto denota un acto, y todo acto consta de tres partes, que son: hacer, obrar y ejecutar: *ergolis* ella se ahogó intencionadamente.

CLOWN 2.º—Pero oye, tú, compadre zapador...

CLOWN 1.º—Permíteme. Aquí está el agua: bien, y aquí está el hombre: bien. Si el hombre va hacia esta agua y se ahoga, quieras que no, el caso es que va, fíjate en eso. Pero si el agua viene hacia él y le ahoga, no se ahoga a sí propio; *ergolis* aquel que no es culpable de su propia muerte no acorta su propia vida.

CLOWN 2.º—¿Por eso es ley?

CLOWN 1.º—¡Vaya si lo es! Ley basada en el informe del comisario.

CLOWN 2.º—¿Quieres que te diga la verdad? Si la difunta no fuese una dama distinguida, no le hubieran dado sepultura cristiana.

CLOWN 1.º—¡Cabal! ¡Tú lo has dicho! Y lo más triste del caso es que los poderosos hayan de tener en este mundo más facultad que los demás cristianos tienen para ahogarse, o para ahorcarse a su capricho. Vamos allá con el azadón. *(Vuelven a cavar.)* Lo cierto es que no hay caballeros de más antigua prosapia que los hortelanos, los cavadores y los sepultureros, que son los que ejercen el oficio de Adán.

CLOWN 2.º—¿Era Adán caballero?

CLOWN 1.º—Fué el primero que usó armas.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

CLOWN 2.º—¿Qué estás diciendo, si nunca fué armado?

CLOWN 1.º—¡Cómo que no! ¿Serás hereje? ¿Cómo entiendes tú la Sagrada Escritura? La Sagrada Escritura dice: «Adán cavaba.» ¿Cómo podía cavar sin ir armado de brazos?... Voy a proponerte otro acertijo, y si no me respondes a cuento, confiesa que eres un...

CLOWN 2.º—Venga, pues.

CLOWN 1.º—¿Quién es el que construye más sólidamente que el albañil: el calafate o el carpintero?

CLOWN 2.º—El que hace las horcas, porque tal artefacto sobrevive a mil de sus inquilinos.

CLOWN 1.º—Me gusta tu caletre, a buena fe. Ya van bien las horcas; pero ¿cómo van bien? Van bien para aquellos que van mal; es así que tú vas mal diciendo que una horca está construída con más solidez que una iglesia: *ergolis* la horca te iría bien a ti. Venga otra vez, vamos.

CLOWN 2.º—¿Quién es el que construye más sólidamente que el albañil: el carpintero o el calafate?

CLOWN 1.º—Sí, dímelo y te desalbardas.

CLOWN 2.º—¡Pardiez! Ahora mismo te lo digo.

CLOWN 1.º—A ver.

CLOWN 2.º—¡Por la misa! No sé qué te diga.

Entran HAMLET *y* HORACIO, *manteniéndose a distancia*

CLOWN 1.º—No atormentes más tu sesera por ello, pues tu asno remolón no cambiará de paso a fuerza de palos. Pero si otra vez te hacen esta pregunta, di «el sepulturero», porque las casas que él construye duran hasta el día del Juicio... Anda, llégate a casa de Yaughan, y tráeme media azumbre (1) de licor.

(Sale el CLOWN 2.º *El* CLOWN 1.º *se pone a cavar y canta:)*

Cuando era joven y amaba, y amaba,
muy dulce todo me parecía
para matar el tiempo, ¡oh!, el tiempo que pasaba
aunque con él, ¡oh!, nada bueno me venía

HAMLET.—*¿No tendrá ese hombre* conciencia de su oficio, que canta mientras abre una fosa?

HORACIO.—La costumbre le ha familiarizado con la tarea.

HAMLET.—Así es, justamente; la mano que menos trabaja es la que tiene el tacto más suave.

CLOWN 1.º—*(Canta.)*

Pero la edad, con sus arteros pasos,
en su red me ha cogido,
hundiéndome en la tierra,
cuando de tierra fabricado he sido.

(Saca una calavera.)

HAMLET.—Esa calavera tenía lengua y podía en otro tiempo cantar. ¡Cómo la tira contra el suelo ese bribón, como si fuera la quijada con que Caín cometió el primer asesinato!... Y la que está manoseando ahora ese bruto acaso sea la cholla de un político, de un intrigante que pretendía engañar al mismo Dios. ¿No es posible?

HORACIO.—Bien podría ser, señor.

HAMLET.—O tal vez la de un cortesano que sabía decir: «¡Felices días, amable señor!» «¿Cómo estáis, mi querido señor?» Este podría ser el señor de Tal que hacía elogios del caballo del señor de Cual, para pedírselo prestado después. ¿No es verdad?

HORACIO.—Sí, señor.

HAMLET.—¡Vaya si lo es! Y ahora está en poder del señor Gusano, descarnada la boca y aporreados los cascos por el azadón de un sepulturero. ¡He aquí una linda mudanza, si tuviéramos penetración bastante para verla! ¿Tan poco costó la formación de estos huesos, que

(1) *Stoup, en el texto,* medida de líquidos contemporánea, que equivalía justamente a la nuestra de media azumbre o dos cuartillos.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

no sirven sino para jugar a los bolos? Los míos me duelen de sólo pensarlo.

CLOWN 1.º—*(Canta.)*

Un pico y un azadón,
un azadón y una sábana;
¡oh!, y un hoyo cavado en tierra
a tal huésped bien le cuadra.

(Saca otra calavera.)

HAMLET.—He aquí otra. ¿Por qué no podría ser la calavera de un abogado? ¿Dónde están ahora sus sutilezas y distingos, sus argucias, subterfugios y artimañas? ¿Cómo sufre ahora que ese grosero ganapán le dé con su pala inmunda en la mollera, sin atreverse a lanzar contra él una querella por lesiones? ¡Hum! Este sería en su tiempo un gran comprador de tierras, con sus hipotecas, sus resguardos, su fines, sus dobles garantías y sus cobranzas. ¿Será acaso el fin de sus fines y el cobro de sus cobranzas el tener su fino testuz relleno de lodo fino? ¿Por ventura todas sus garantías, por dobles que sean, le garantizarán de sus compras algo más que lo largo y lo ancho de un par de escrituras? Los solos títulos de propiedad de sus tierras cabrían apenas en esta caja; y el heredero mismo no debe tener más, ¿eh?

HORACIO.—Ni un ápice más, señor.

HAMLET.—¿No se hace de piel de carnero el pergamino?

HORACIO.—Ciertamente, señor; y también de piel de ternero.

HAMLET. — Pues solemnes carneros y terneros son los que fundan su felicidad en semejante cosa. Voy a hablar a ese individuo. *(Al* CLOWN.) ¿De quién es esa hoya, compadre?

CLOWN 1.º—Mía, señor. *(Canta.)*

¡Oh!, y un hoyo cavado en tierra
a tal huésped bien le cuadra.

HAMLET.—Sí; ya me figuro que es tuya, puesto que estás dentro de ella.

CLOWN 1.º—Vos estáis fuera de ella, señor, y, por consiguiente, no es vuestra. En cuanto a mí, no estoy tendido en ella, y, sin embargo, es mía.

HAMLET.—Mientes, por ello, al decir que esa fosa es tuya por estar en ella. Es para los muertos, no para los vivos; por tanto, mientes.

CLOWN 1.º—Como es mentira viviente, señor, os la devuelvo.

HAMLET.—¿Para qué hombre cavas esa fosa?

CLOWN 1.º—Para ningún hombre, señor.

HAMLET.—Bueno, ¿para qué mujer?

CLOWN 1.º—Para ninguna, tampoco.

HAMLET.—¿Pues quién ha de ser enterrado en ella?

CLOWN 1.º—Una que fué mujer, señor; pero que en paz descanse, pues ya ha muerto.

HAMLET.—*(A* HORACIO.) ¡Qué categórico es el truhán! Hay que hablarle con la carta en la mano; de lo contrario, os aplasta con un equívoco. ¡Por Dios! Horacio, de tres años acá lo he venido observando: nuestro siglo se refina de tal modo, que la punta del pie del rústico llega tan cerca del talón del cortesano, que le desuella los sabañones. *(Al* CLOWN.) ¿Cuánto tiempo ha que eres sepulturero?

CLOWN 1.º—De todos los días del año, entré en este oficio el día en que nuestro último rey Hamlet venció a Fortinbrás.

HAMLET.—¿Cuánto tiempo hará de eso?

CLOWN 1.º—¿No lo sabéis? ¡Si no hay patán que no lo sepa! Fué el día mismo que nació el joven Hamlet, el que está loco y le enviaron a Inglaterra.

HAMLET.—Sí, tienes razón. Y ¿por qué le enviaron a Inglaterra?

CLOWN 1.º—Pues porque estaba loco; allí recobrará el juicio, y si no lo recobra, no importará ello gran cosa en aquel país.

HAMLET.—¿Y eso?

CLOWN 1.º—Porque nadie lo notará; allí todos son tan locos como él.

HAMLET.—Y ¿cómo se volvió loco?

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

CLOWN 1.º—De un modo muy extraño, según dicen.

HAMLET.—¿De un modo muy extraño?

CLOWN 1.º—¡Toma! Perdiendo el seso.

HAMLET.—Pero ¿qué dió lugar?

CLOWN 1.º—¿Lugar? Aquí, en Dinamarca. Por cierto, que he sido enterrador aquí, de chico y grande, treinta años.

HAMLET. — ¿Cuánto tiempo puede estar un hombre enterrado sin descomponerse?

CLOWN 1.º—A decir verdad, si no está podrido antes de morir (puesto que hoy día nos vienen muchos cadáveres galicosos que no hay modo de cogerlos para enterrarlos), os vendrá a durar ocho o nueve años; un curtidor os durará nueve años.

HAMLET. — Y ¿por qué él más que el otro?

CLOWN 1.º—¡Toma!, porque su pellejo está tan curtido por razón de su oficio, que resiste mucho tiempo el agua; y el agua, señor mío, es un terrible destructor de todo hideputa cuerpo muerto. Aquí tenéis una calavera. *(Cogiéndola del suelo.)* Esta calavera ha estado metida en tierra veintirés años.

HAMLET.—¿De quién era?

CLOWN 1.º—De un mentecato hideputa. ¿De quién diríais?

HAMLET.—¡Qué sé yo!

CLOWN 1.º—¡Mala peste le confunda! ¡Loco tunante! Un día me tiró por la cabeza una botella de vino del Rin. Pues, señor, esta misma calavera que aquí veis es de Yorick, el bufón del rey.

HAMLET.—¿Esa?

CLOWN 1.º—Esta misma.

HAMLET.—Deja que la vea. *(Coge la calavera.)* ¡Ah pobre Yorick! Yo le conocí, Horacio; era un hombre de una gracia infinita y de una fantasía portentosa. Mil veces me llevó a cuestas, y ahora, ¡qué horror siento al recordarlo!, a su vista se me revuelve el estómago. Aquí pendían aquellos labios que yo he besado no sé cuántas veces. ¿Qué se hicieron de tus chanzas, tus piruetas, tus canciones, tus rasgos de buen humor, que hacían prorrumpir en una carcajada a toda la mesa? ¿Nada, ni solo un chiste siquiera para burlarte de tu propia mueca? ¿Qué haces ahí con la boca abierta? Vete ahora al tocador de mi alma, y dile que, aunque se ponga el grueso de un dedo de afeite, ha de venir forzosamente a esta linda figura. Prueba a hacerla reír con eso. *(A* HORACIO.) Dime una cosa, por favor, Horacio.

HORACIO.—¿Cuál es, señor?

HAMLET.—¿Crees tú que Alejandro tendría este aspecto bajo tierra?

HORACIO.—El mismo, justamente.

HAMLET. — ¿Y olería de este modo? ¡Puaf! *(Tira la calavera.)*

HORACIO.—Del mismo modo, señor.

HAMLET.—¡A qué viles usos podemos descender, Horacio! ¿Por qué no podría la imaginación seguir las nobles cenizas de Alejandro, hasta encontrarlas tapando la boca de un tonel?

HORACIO.—Sería considerarlo con excesiva minucia el considerarlo así.

HAMLET.—No, a fe; ni pizca. Basta seguirle hasta aquel punto, con toda moderación y verosimilitud en el proceso; es decir, de esta suerte: Alejandro murió, Alejandro fué sepultado. Alejandro hízose polvo; el polvo es tierra; de la tierra se hace barro, y ¿por qué con ese barro en que se convirtió no podría taparse un barril de cerveza?

El magno César, muerto y en barro convertido,
un agujero al viento taparle habrá podido.
¡Oh, que un barro que al orbe tuvo en temor eterno
resguardara los muros del cierzo del invierno!

Pero ¡silencio, silencio! Apartémonos; ahí llega el rey...

Entran en procesión Sacerdotes, etc., precediendo al cadáver de OFELIA, *y, siguiéndolos,* LAERTES *y los del duelo, el* REY *y la* REINA, *con sus respectivos séquitos*

(Continuando mientras desfila la procesión.) ... y la reina, y la Corte. ¿A quién

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

sigue este duelo? ¡Y con ceremonial tan deficiente! Esto es claro de que el difunto al cual siguen puso fin a su vida con mano desesperada. Y era persona de calidad. Agachémonos un rato y observemos. *(Retírase con* HORACIO.)

LAERTES.—*(Al* SACERDOTE 1.º) ¿Qué otra ceremonia falta?

HAMLET.—*(A* HORACIO.) Aquél es Laertes, un joven nobilísimo. Observemos.

LAERTES.—¿No hay otra ceremonia?

SACERDOTE 1.º—Sus exequias se han celebrado con toda la amplitud que el caso permitía. Su muerte fué sospechosa, y a no ser por aquella orden superior que juzga toda regla, hubiera sido depositada en tierra profana hasta la trompeta del Juicio Final, y en vez de piadosas preces, tan sólo escombros, piedras y guijarros se habrían arrojado sobre ella. No obstante, se le ha concedido un rocío de flores y sus coronas virginales, y el ser conducida a la última morada con servicio fúnebre y doble de campanas.

LAERTES. — ¿Nada más debe, pues, hacerse?

SACERDOTE 1.º — Nada más. Profanaríamos los ritos funerales si cantáramos para ella el descanso eterno, como se hace por las almas de los que mueren en el Señor.

LAERTES.—¡Colocadla en tierra, y que de su bella e inmaculada carne broten fragantes violetas! Y a ti, cura brutal, he de decirte que mi hermana será un ángel mediador en el Cielo mientras tú estés aullando en el abismo.

HAMLET. — ¡Cómo! ¡La hermosa Ofelia!

REINA. — *(Esparciendo flores sobre el cadáver.)* ¡Flores sobre la flor! ¡Adiós! Yo esperaba que fueras la esposa de mi Hamlet; con esas flores pensaba, dulce doncella, cubrir tu lecho nupcial y no esparcirlas sobre tu sepultura.

LAERTES.—¡Oh! ¡Que un triple desastre caiga diez veces triplicado sobre la maldita cabeza de aquel cuyo inicuo crimen te enajenó de tu privilegiado entendimiento! *(A los Clowns.)* No echéis tierra todavía; esperad que la estreche una vez más entre mis brazos. *(Salta dentro de la fosa.)* Amontonad ahora vuestro polvo sobre el vivo y la muerta, hasta convertir este llano en monte más alto que el Pelión o la celetse cumbre del Olimpo azul.

HAMLET. — *(Adelantándose.)* ¿Quién es ése, cuyo dolor se exhala con tal énfasis y cuyos acentos de aflicción conjuran a los errantes astros, haciéndoles detener su curso, como oyentes heridos de estupor? Aquí está Hamlet, el danés. *(Salta dentro de la fosa.)*

LAERTES. — ¡Que el demonio lleve tu alma! *(Asiéndole y braceando con él.)*

HAMLET.—Mal modo de rezar. Por favor, quita tus dedos de mi cuello, pues, aunque no soy irascible ni violento, hay en mí algo peligroso, que tu prudencia debe temer. Aparta esa mano.

REY.—Separadlos.

REINA.—¡Hamlet! ¡Hamlet!

TODOS.—¡Señores!

HORACIO. — Sosegaos, querido príncipe *(Algunos del séquito los separan, y salen fuera de la fosa.)*

HAMLET.—¡Cómo! Lucharé con él por esta causa hasta que mis ojos cesen de parpadear.

REINA.—¿Qué causa, hijo mío?

HAMLET.—Yo amaba a Ofelia; cuarenta mil hermanos que tuviera no podrían, con todo su amor junto, sobrepujar el mío. *(A* LAERTES.) ¿Qué estás dispuesto a hacer por ella?

REY.—¡Oh! Está loco, Laertes.

REINA.—¡Por amor de Dios, dejadle!

HAMLET.—¡Vive Dios! Dime qué quieres hacer. ¿Quieres llorar?, ¿quieres luchar?, ¿quieres ayunar?, ¿quieres desgarrarte?, ¿quieres tragar vinagre o comerte un cocodrilo? Pues todo esto haré yo. ¿Vienes aquí para lloriquear, o para provocarme saltando en la tumba de Ofelia? ¡Hazte sepultar vivo con ella, que esto quiero yo; y ya que hablas de montañas, deja que sobre nosotros echen fanegas a millones, hasta que nuestro

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

promontorio, chamuscándose la cresta en la zona ardiente, deje el monte Osa como una verruga! Y si te empeñas en gritar, rugiré tanto como tú.

REY.—Esto es un puro delirio, y por cierto tiempo obrará así en él; en seguida, manso como una paloma cuando han nacido sus dorados pichones, le veréis sumirse en el silencio.

HAMLET.—Oíd, caballeros: ¿por qué motivo me tratáis así? Siempre os he querido; pero no importa, pues por más que haga el mismo Hércules, el gato maullará y el perro ladrará, mal que le cuadre. *(Sale.)*

REY.—Horacio amigo, te ruego le acompañes. *(Sale* HORACIO. *A* LAERTES.) Fortalece tu paciencia con vuestra plática de la pasada noche. Vamos ahora a dar la última mano a nuestro asunto. Querida Gertrudis, haced que vigilen a vuestro hijo. Esa tumba va a tener un monumento viviente. Pronto va a llegarnos la hora del sosiego. Hasta entonces, la paciencia gobierne nuestros actos. *(Sale.)*

ESCENA II

Una sala en el castillo

Entran HAMLET *y* HORACIO

HAMLET.—Basta ya de esto, amigo mío. Ahora vas a ver lo otro. ¿Recuerdas todas las circunstancias?

HORACIO.—¡Recordadlo, mi señor!

HAMLET.—Pues, amigo, habíase encendido en mi corazón una especie de lucha que no me dejaba conciliar el sueño, y sentíame peor que los amotinados en los bilbaos (1). En un arranque de audacia, y que por ello sea bendita la audacia, pues bueno es saber que nuestra indiscreción nos presta a veces buen servicio, mientras fracasan nuestros proyectos más maduros, y esto debe enseñarnos que hay una divinidad que labra nuestros designios, por muy toscamente que los desbastemos...

HORACIO.—Nada más cierto.

HAMLET.—...salí de mi camarote, y, mal arrebujado en mi tabardo marino, y andando a tientas en la oscuridad hacia donde estaban, logré mi deseo, eché mano a su legajo, y por fin me retiré a mi cámara. Me enardezco en la porfía, llegando con mis temores a olvidar todo escrúpulo, y rompo el sello de su principal despacho. Allí encuentro, Horacio amigo, ¡oh regia truhanería!, una orden terminante, sazonada con muchas y diversas clases de razones, concernientes a la salud de Dinamarca y también de Inglaterra, y, ¡oh!, haciendo tales aspavientos y zozobras por mi vida que a la simple lectura por primera providencia y sin demora, sin entretenerse siquiera en afilar el hacha, debían degollarme.

HORACIO.—¿Es posible?

HAMLET.—*(Entregándole un pliego.)* Aquí está el despacho; léelo con más detención. Pero ¿quieres oír cómo me las compuse?

HORACIO.—Sí, os lo ruego.

HAMLET.—Viéndome así por todas partes acechado de perfidias (y habiendo dado principio a la función antes de componer el prólogo), sentéme, inventé un nuevo mandato, y lo escribí con toda pulcritud. En otro tiempo abrigaba yo la idea, tan común entre los estadistas, de que era cosa vil escribir con pulcritud, y me esforcé mucho por olvidar dicha destreza; pero, amigo mío, ¡qué excelente servicio me prestó en tal ocasión! ¿Quieres saber el tenor de lo que escribí?

HORACIO.—Sí, mi buen señor.

HAMLET.—Una instancia apremiante del rey, en la cual decía que, comoquiera que Inglaterra es su fiel tributaria;

(1) La palabra pertenece al tesoro castellano. *The bilboes* eran unos grillos especiales, destinados a los marineros que se amotinaban a bordo. Tanto esta voz como la de *bilbo*, bilba o espada bilbaína, que se lee en *Las alegres casadas de Windsor* (acto III, escena V, v. 115), deben su origen al hierro de Bilbao, de que se fabricaban aquellos instrumentos.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

comoquiera que el afecto entre ambas debe florecer cual las palmeras; comoquiera que la paz ha de llevar siempre su guirnalda de espigas y extenderse cual lazo de unión entre sus amistades, y no sé cuántos otros «comoquieras» de este peso, por si quiere «comérselos», no bien estuviera instruído de este despacho, sin más deliberación, grande o pequeña, hiciese dar muerte a los portadores, sin otorgarles tiempo ni para confesarse.

HORACIO.—¿Y cómo lo sellasteis?

HAMLET.—Pues aun en este punto me fué propicio el Cielo. Yo tenía en mi bolsa el timbre de mi padre, que es una copia del sello real de Dinamarca; doblé el pliego en igual forma que el otro, lo suscribí, lo sellé y lo volví a poner en su sitio, cuidando de que no se viera la suplantación. Ahora bien: al día siguiente ocurrió nuestro abordaje, y de lo que luego sucedió ya estás enterado.

HORACIO.—¿De modo que Guildenstern y Rosencrantz corren a su pérdida?

HAMLET.—¿Qué quieres, amigo mío? Ellos mismos solicitaron este cargo amorosamente. No pesan sobre mi conciencia; su perdición es efecto natural de sus mismas oficiosidades. Fuerte peligro es para un débil el introducirse entre las puntas de las espadas de dos fieros y potentes adversarios.

HORACIO.—¡Señor, qué rey ese!

HAMLET.—¿No te parece que ahora se me impone (pues que es él quien asesinó a mi padre y prostituyó a mi madre; quien de golpe y porrazo se interpuso entre el voto popular y mi esperanza, y quien le echó el anzuelo a mi propia vida, valiéndose de tales infamias); no es un perfecto caso de conciencia el darle su merecido con este brazo? ¿Y no sería criminal dejar que ese cáncer de nuesta naturaleza se cebe en ella con nuevas maldades?

HORACIO.—Pronto le harán saber de Inglaterra el éxito que ha corrido su empresa.

HAMLET.—Pronto será; pero el ínterin es mío, y la vida de un hombre se apaga con un soplo. Mas siento en el alma, amigo Horacio, el haberme propasado con Laertes, pues en la imagen de mi causa veo el retrato de la suya. Quiero solicitar su afecto, aunque, hablando con franqueza, las alharacas de su pesar me enfurecieron de un modo irresistible

HORACIO.—¡Silencio! ¿Quién viene aquí?

Entra OSRIC

OSRIC.—Sea felizmente bien venido vuestra señoría de retorno a Dinamarca.

HAMLET.—Os doy rendidas gracias, caballero. *(Aparte, a* HORACIO.) ¿Conoces a este zángano?

HORACIO.—No, mi buen señor.

HAMLET.—Pues te hallas en estado de gracia, porque es pecado conocerle. Posee muchas y fértiles tierras. Como un animal sea señor de animales, tendrá su pesebre en la mesa del rey. No es más que una cacatúa; pero, como te digo, cuantiosísimo en la posesión de estiércol.

OSRIC.—Amabilísimo señor, si Vuestra Alteza tuviera un momento disponible, le comunicaría una cosa de parte de Su Majestad.

HAMLET.—Yo la acogeré, caballero, con toda la solicitud de mi alma. Mas aplicad vuestro sombrero a su debido uso: es para la cabeza.

OSRIC.—Lo agradezco infinito a vuestra señoría; hace mucho calor.

HAMLET.—No tal; creedme, hace mucho frío; el viento es del Norte.

OSRIC.—En efecto, señor; hace frío algo regular.

HAMLET.—Sin embargo, me parece que hace verdadero calor, y bochornoso, o será tal vez mi complexión.

OSRIC.—Sofocante en extremo, señor; el tiempo es muy bochornoso, cual si dijéramos..., no sé cómo expresarlo. Pero, señor, Su Majestad me ha rogado significaros que ha hecho una importante apuesta en favor vuestro. He aquí, señor, de qué se trata...

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

HAMLET.—*(Instándole a cubrirse.)* Os suplico recordéis...

OSRIC.—No, mi buen señor; es por comodidad, a fe mía. Pues, señor, ahí está Laertes, recién llegado a la Corte; un cumplido caballero, podéis creerme, abundoso en las más eximias distinciones, de amabilísimo trato y de magnífica presencia. En verdad, hablando de él en términos adecuados, es el dechado y almanaque de la galantería, pues en él hallaréis el compendio de todas las dotes que pueda desear un caballero.

HAMLET.—Su definimiento, señor mío, no sufre menoscabo alguno en vuestros labios; aunque, bien lo sé, el dividirle por puntos a guisa de inventario aturdiría la aritmética de la memoria, que no haría sino dar bordadas, cediendo el paso a tal velera nave. Mas, dentro de la verdad del encomio, te considero un espíritu de grandes alcances, y sus infusas dotes son para mí de tan peregrina rareza, que, para hacer de él una certera calificación, no tiene semejante sino en su propio espejo, y quienquiera que pretenda imitarle será su sombra y nada más.

OSRIC.—Vuestra señoría habla de él de la manera más infalible.

HAMLET.—Pero veamos la concernencia, caballero. ¿A qué fin envolvemos a ese hidalgo con nuestro más que rudo aliento?

OSRIC.—¿Deciais, señor...?

HORACIO.—¿No sería posible entenderse en otro lenguaje? Por vuestra parte, señor, ciertamente que sí.

HAMLET.—¿Qué motiva la nominación de tal caballero?

OSRIC.—¿De Laertes?

HORACIO.—*(Aparte, a* HAMLET.) Su bolsa está ya vacía; se han agotado todas sus frases de relumbrón.

HAMLET.—Del mismo, señor mío.

OSRIC.—Creo que no sois ignorante...

HAMLET.—Holgárame que tal creyera, caballero; aunque, en verdad, si así fuese, no haría eso gran mella en mi reputación. Conque, señor...

OSRIC.—No ignoráis la excelencia de Laertes...

HAMLET.—No me atrevo a confesar tal cosa, por temor a compararme en excelencia con él, pues conocer bien a un hombre sería conocerse a sí mismo.

OSRIC.—Quiero decir, señor, su excelencia por lo que se refiere a las armas, pues, según la nombradía de que goza, no tiene rival en este mérito.

HAMLET.—Y ¿qué arma es la suya?

OSRIC.—Espada y daga.

HAMLET.—Eso son dos armas; pero adelante.

OSRIC.—El rey, señor, ha apostado con él seis caballos berberiscos, contra los cuales impone Laertes, según me dicen, seis espadas y dagas francesas, con sus correspondientes accesorios, como tahalíes, colgantes y demás. Tres de los soportes son, en verdad, del gusto más exquisito, y armonizan divinamente con la empuñadura; unos soportes primorosísimos y de una fantasía portentosa.

HAMLET.—Pero ¿a qué llamáis soportes?

HORACIO.—*(Aparte, a* HAMLET.) Bien sabía yo que tendríais que consultar las notas del margen antes de acabar.

OSRIC.—Los soportes, señor, son los colgantes.

HAMLET.—El nombre se hermanaría mejor con la cosa si lleváramos un cañón colgado al cinto. Pero mientras esto no suceda, yo me inclinaría más bien a llamarlos colgantes. Pero vamos al caso: seis caballos de Berbería contra seis espadas francesas con sus accesorios y tres soportes de fantasía portentosa; ésta es la apuesta francesa contra la danesa. ¿Y a qué fin se «impone», como vos decís, todo esto?

OSRIC.—El rey, señor, ha apostado que en una docena de golpes entre vos y vuestro adversario no os aventajaría en más de tres botonazos; él ha apostado por nueve entre doce, y se procedería a una prueba inmediata si vuestra señoría tuviera a bien otorgar la respuesta.

HAMLET.—¿Y si respondo que no?

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

OSRIC.—Me refiero, señor, a la presentación de vuestra persona como combatiente en la prueba.

HAMLET.—Señor mío, voy a pasearme por el salón; si a Su Majestad le place, ésta es para mí una hora de asueto. Que traigan los floretes, dado que el caballero consienta; y de persistir el rey en su propósito, yo le haré ganar la apuesta, si puedo; de lo contrario, nada ganaré sino mi humillación y los botonazos correspondientes.

OSRIC.—¿Es así como transmitiré vuestra respuesta?

HAMLET.—En este sentido, caballero; después podéis adornarla con todos los floreos que gustéis.

OSRIC.—Recomiendo mis respetos a vuestra señoría.

HAMLET.—Siempre vuestro, siempre vuestro. *(Sale* OSRIC.) Bien hace en recomendarme a sí mismo; no se hallaría otra lengua que lo hiciera por él.

HORACIO.—Es una ave fría que echa a volar del nido con la cabeza metida en el cascarón.

HAMLET.—Cumplimentaba ya a la teta antes de mamar. Como tantos otros de la misma pollada (por quienes, según veo, chochea este frívolo siglo), tan sólo ha logrado adquirir el tono de la época y las exterioridades del buen trato; especie de agregados de espuma que fluctúan a merced de las más caprichosas y zarandadas opiniones; pero no bien se sopla en ellos para probarlos, las burbujas se desvanecen al instante.

Entra un SEÑOR

SEÑOR.—Señor, Su Majetad os ha cumplimentado por conducto del joven Osric, quien, de vuelta, le ha participado que le estáis esperando en el salón. Ahora me envía a saber si seguís en vuestro deseo de lidiar con Laertes, o si queréis tomaros más tiempo.

HAMLET.—Soy constante en mis propósitos, los cuales se amoldan al gusto del rey. Si Laertes está pronto, dispuesto estoy yo; ahora mismo o cuando quiera, con tal que me sienta tan apto como ahora.

SEÑOR.—El rey y la reina bajan con toda la Corte.

HAMLET.—En hora feliz.

SEÑOR.—La reina desea que dispenséis un afectuoso acogimiento a Laertes antes de principiar el asalto.

HAMLET.—Me aconseja bien. *(Sale el* SEÑOR.)

HORACIO.—Vais a perder la apuesta señor.

HAMLET.—No lo creo. Desde que partió él para Francia he estado continuamente ejercitándome, y con la ventaja que se me otorga, creo ganar. Mas no puedes figurarte qué angustia siento aquí en el corazón. Pero no importa.

HORACIO.—En ese caso, mi buen señor...

HAMLET.—Nada, una tontería; pero es como un presentimiento fatal, que turbaría tal vez a una mujer.

HORACIO.—Si vuestro espíritu siente alguna aprensión, obedecedle. Yo impediré que vengan aquí, diciéndoles que os halláis indispuesto.

HAMLET.—Nada de eso; no creo en presagios; hasta en la caída de un gorrión interviene una providencia especial. Si es ésta la hora, no está por venir; si no está por venir, ésta es la hora; y si ésta es la hora, vendrá de todos modos. No hay más que hallarse prevenido. Pues si nadie es dueño de lo que ha de abandonar un día, ¿qué importa abandonarlo tarde o temprano? Sea lo que fuere.

Entran el REY, *la* REINA, LAERTES, *Señores* OSRIC *y séquito, con Pajes y Criados llevando flores y guantes de esgrima, una mesa jarros de vino, copas, etc.*

REY.—Ven, Hamlet, ven y recibe esta mano que te presento. *(Poniendo la mano de* LAERTES *en la de* HAMLET.)

HAMLET.—*(A* LAERTES.) Concededme, señor, vuestro perdón; os he agraviado, mas perdonadme, a fuer de caballero. Bien saben los aquí presentes, y vos mis-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

mo lo habréis oído, lo afligido que me hallo por una cruel demencia. Todo cuanto hice que rudamente pudiera lastimar vuestro temperamento, vuestra conciencia y vuestro pundonor, aquí mismo declaro que fué acto de locura. ¿Fué Hamlet quien ultrajó a Laertes? No. Hamlet, jamás. Pues que si Hamlet está fuera de sí y, no siendo él mismo, ofende a Laertes, no es Hamlet quien tal hace: Hamlet lo reprueba. ¿Quién lo hace, pues? Su demencia; y si ello es así, Hamlet pertenece a la parte ofendida siendo su locura el enemigo del pobre Hamlet. Señor, haced ante esta asamblea que mi protesta de toda mala intención me absuelva de tal modo en vuestro generosísimo espíritu, cual si, disparando mi flecha por encima de la casa, hubiera herido a mi propio hermano.

LAERTES.—Me doy por satisfecho en mi corazón, cuyo impulso, en este caso, es lo que más debiera excitarme a la venganza. Pero, en lo que a mi honor atañe, *manténgome en reserva*, y no acepto reconciliación hasta que de jueces ancianos y honorables obtenga un dictamen razonado en favor de la paz, a fin de que mi nombre quede sin mancilla. Mas, entre tanto, acepto como buena la amistad que me ofrecéis, y no faltaré a ella.

HAMLET.—La admito de buen grado, y quiero lidiar con leal franqueza en esta apuesta fraternal. Dadnos dos floretes. Vamos, pues.

LAERTES.—Vamos; uno para mí. *(Adelantándose un* PAJE *con los floretes.)*

HAMLET.—Laertes, voy a ser tu blanco con mi torpeza, o bien tu estuche donde cobrará tu aliento nuevo brillo, como un astro centelleando en la noche oscura.

LAERTES.—Os burláis de mí, señor.

HAMLET.—No tal, por esta mano.

REY.—Dadles los floretes, joven Osric. ¿Estáis ya enterados de la apuesta, deudo Hamlet?

HAMLET.—Perfectamente, señor. Vuestra Gracia ha apostado por la parte más débil.

REY.—No temo por ello. Os he visto tirar a uno y otro. Mas por la ventaja que él te lleva, tenemos diferencia suficiente.

LAERTES.—*(Examinando uno de los floretes que le presentan.)* Este es muy pesado. A ver otro. *(Coge uno.)*

HAMLET.—*(Tomando un florete al azar.)* Este me gusta. ¿Son del mismo largo esos floretes?

OSRIC.—Sí, mi buen señor. (HAMLET *y* LAERTES *se disponen para el asalto.*)

REY.—*(A los Pajes.)* Poned los jarros de vino sobre esta mesa. Si Hamlet da el primero o segundo golpe, o se desquita devolviéndolo en el tercer asalto, que todas las almenas disparen sus cañones; el rey beberá por la salud de Hamlet, para mejor alentarle, y echará en la copa como prenda de unión, una perla finísima y más preciosa que la que cuatro reyes sucesivos han llevado en la corona de Dinamarca. Vengan las copas, y que el timbal anuncie al clarín, el clarín al artillero lejano, el cañón a los cielos, y los cielos a la tierra: «Ahora brinda el rey a la salud de Hamlet.» *(A* HAMLET *y a* LAERTES.) Vamos, empezad. Y vosotros, jueces, observad atentos.

HAMLET.—Vamos.

LAERTES.—Vamos, señor. *(Esgrimen.)*

HAMLET.—¡Una!

LAERTES.—No.

HAMLET.—Que juzguen.

OSRIC.—Una estocada, una estocada bien patente.

LAERTES.—Bien; otra vez.

REY.—Esperad. *(A los Pajes.)* Traedme la bebida. Hamlet, esta perla es tuya. *(Echándola en la copa.)* ¡A tu salud! *(Suenan clarines; luego se oyen cañonazos a lejos. A los Pajes.)* Dadle la copa.

HAMLET.—Quiero antes terminar este asalto. *(A uno de los Pajes.)* Dejadla ahí cerca un momento. *(A* LAERTES.) Vamos *(Esgrimen.)* ¡Otro golpe! ¿Qué decís?

LAERTES.—Tocado, tocado; lo confieso.

REY.—*(A la* REINA.) Nuestro hijo ganará.

REINA.—Está grueso y se fatiga demasiado. Ven, Hamlet, toma mi pañuelo y

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

sécate la frente. La reina brinda por tu suerte, Hamlet. *(Toma una de las copas que le ofrece un Paje.)*

HAMLET.—Buena señora...

REY.—¡No bebas, Gertrudis!

REINA.—Beberé, señor; perdonad, os ruego. *(Bebe.)*

REY.—*(Aparte.)* ¡La copa envenenada! ¡Demasiado tarde! *(La* REINA *ofrece una de las copas a* HAMLET.)

HAMLET.—No me atrevo aún, señora; beberé en seguida.

REINA.—Ven, deja que te enjugue el rostro.

LAERTES.—*(Aparte, al* REY.) Ahora voy a darle, señor.

REY.—*(A* LAERTES.) No lo creo.

LAERTES.—*(Aparte.)* Y, sin embargo, es casi contra mi conciencia.

HAMLET.—Vamos a la tercera, Laertes. No haces más que retozar. Por favor, tira con toda tu alma; recelo que me tomas por un barbilindo.

LAERTES.—¿Eso decís? Vamos, pues. *(Esgrimen, y después de un golpe dudoso:)*

OSRIC.—Nada, de ninguna parte.

LAERTES.—¡Toma ésa ahora! (LAERTES *hiere a* HAMLET; *éste, en el ardor de la refriega, desarma a su rival, le acomete con su propia espada y le hiere.)*

REY.—¡Separadlos; están enfurecidos!

HAMLET.—No; vamos otra vez. *(La* REINA *cae.)*

OSRIC.—Atended a la reina. *(A los dos contendientes.)* ¡Alto! *(Todos acuden hacia ellos y los separan con dificultad.)*

HORACIO.—¡Sangran los dos! *(A* HAMLET.) ¿Cómo ha sido, señor?

OSRIC.—¿Qué es eso, Laertes?

LAERTES.—¡Pues cogido como una chocha en mis propios lazos, Osric! Me mata, con justicia, mi propia traición.

HAMLET.—¿Qué le pasa a la reina?

REY.—Se ha desmayado al veros verter sangre.

REINA.—¡No, no! ¡La bebida, la bebida!... ¡Oh mi querido Hamlet! ¡La bebida, la bebida!... ¡Estoy envenenada! *(Muere.)*

HAMLET.—Oh infamia!... ¡Hola! ¡Que cierren las puertas! ¡Traición! ¡A descubrirla!

LAERTES.—*(Cayendo.)* Hela aquí, Hamlet. Hamlet, has sido asesinado; no hay medicina en el mundo que pueda salvarte; no tienes ni media hora de vida. En tu mano está el arma traidora, sin botón y emponzoñada; la infame intriga se ha vuelto contra mí. Mírame aquí caído, para nunca más levantarme. Tu madre está envenenada... No puedo más... ¡Al rey, al rey la culpa!

HAMLET.—¡La punta envenenada también! ¡Entonces, veneno, a tu obra! *(Hiere al* REY.)

TODOS.—¡Traición, traición!

REY.—¡Oh! Defendedme aún, amigos; sólo estoy herido.

HAMLET.—*(Poniéndole en los labios la copa envenenada.)* ¡Toma tú, incestuoso criminal, maldito danés! Apura esta copa... ¿No está aquí tu perla, tu prenda de unión? ¡Sigue, pues, a mi madre! *(El* REY *muere.)*

LAERTES.—¡Ha recibido justo castigo! ¡Es una ponzoña por él mismo preparada!... ¡Perdonémonos mutuamente, noble Hamlet! ¡Que mi muerte y la de mi padre no caigan sobre ti, ni la tuya sobre mí!... *(Muere.)*

HAMLET.—¡De ello te absuelva el Cielo! Te sigo. Soy muerto, Horacio. Reina desventurada, ¡adiós!... Vosotros, que palidecéis y tembláis ante esta catástrofe, y no sois más que personajes mudos o simples espectadores de esta escena, si yo tuviera tiempo (ya que la muerte es un esbirro cruel e inexorable en su ejecución), ¡oh!, podría deciros..., pero resignación. Yo muero, Horacio; tú vives; explica mi conducta y justifícame a los ojos del que ignore...

HORACIO.—No lo creáis. Más tengo yo de antiguo romano que de danés; aquí quedan todavía unas gotas de licor. *(Cogiendo la copa envenenada.)*

HAMLET.—¡Si eres hombre, dame esa copa; suéltala, por Dios te lo pido! ¡Oh buen Horacio! ¡Qué nombre más exe-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

crable me sobrevivirá, de quedar así las cosas ignoradas! Si alguna vez me albergaste en tu corazón permanece ausente de esa bienaventuranza, y alienta por cierto tiempo en la fatigosa vida de este mundo de dolor para contar mi historia. *(Marcha militar a distancia; descargas y tumulto más cerca.)* ¿Qué bélico ruido es ése?

OSRIC.—El joven Fortinbrás, que llega victorioso de Polonia, saluda con esta salva marcial a los embajadores de Inglaterra.

HAMLET.—¡Oh! Me muero, Horacio. El activo veneno subyuga por completo mi espíritu. No puedo vivir lo bastante para saber nuevas de Inglaterra, pero auguro que la elección recaerá en Fortinbrás; tiene a su favor mi voz moribunda. Díselo así con todos los incidentes, grandes y pequeños, que me han impulsado... ¡Lo demás es silencio!... ¡Oh!, ¡oh!, ¡oh!, ¡oh!... *(Muere.)*

HORACIO.—¡Ahora estalla un noble corazón! ¡Feliz noche eterna, amado príncipe, y coros de ángeles arrullen tu sueño! *(Marcha militar cercana.)* ¿Por qué llegan hasta aquí estos tambores?

Entran FORTINBRÁS *y los Embajadores ingleses*

FORTINBRÁS.—¿Dónde está ese espectáculo?

HORACIO.—¿Qué deseáis ver? Si es algún cuadro de pasmo y de horrores, no busquéis más.

FORTINBRÁS.—Ese montón de cadáveres grita matanza. ¡Oh! Muerte soberbia, ¿qué festín se prepara en tu antro eternal para que así, de un golpe, hayas derribado tan ferozmente a tantos príncipes?

EMBAJADOR 1.º—Horrible es este cuadro y demasiado tarde traemos nuestra embajada de Inglaterra. Insensibles hallamos los oídos que debían recibir nuestro mensaje de que sus órdenes se han cumplido, y Rosencrantz y Guildenstern han muerto. ¿De quién debemos recibir las gracias?

HORACIO.—No será de su boca, aunque gozara de vida para agradecéroslo, pues jamás dió orden alguna para tal muerte. Mas, pues que justamente en tan siniestra ocasión habéis llegado, vos *(A* FORTINBRÁS.) de la guerra de Polonia, y vosotros *(A los Embajadores.)* de Inglaterra, ordenad que estos cuerpos sean expuestos sobre un túmulo a la vista del pueblo, y dejad que yo relate al mundo, que aún lo ignora, de qué modo han ocurrido estos sucesos. Así conoceréis de actos impúdicos, sangrientos y monstruosos; de muertes producidas por la astucia y la violencia, y, como remate, de maquinaciones fallidas cayendo por descuido sobre la cabeza de sus inventores: he aquí lo que fielmente he de contaros.

FORTINBRÁS.—Apresurémonos a oírlo, y convoquemos a los próceres a audiencia. En cuanto a mí, con dolor abrazo mi fortuna; tengo sobre este reino antiguos derechos, que lo propicio de la ocasión me incita a reclamar.

HORACIO.—También procuraré hablar de esto en nombre de una voz que arrastrará muchas consigo. Pero procedamos sin perder un instante, aun cuando los ánimos se encuentren perturbados, no sea que, por error o por intrigas, sobrevengan más desgracias.

FORTINBRÁS.—¡Que cuatro capitanes levanten sobre el pavés a Hamlet, como guerrero, pues si hubiese reinado, no cabe duda que hubiera sido un gran rey! ¡Que por su muerte hablen alto la música marcial y las honras guerreras! ¡Llevaos los cadáveres, que el espectáculo es más propio de un campo de batalla! ¡Id y mandad a los soldados que hagan fuego! *(Marcha fúnebre. Salen, llevándose los cadáveres. Después se oye una descarga de artillería.)*

FIN DE «HAMLET, PRÍNCIPE DE DINAMARCA»

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández